

Joselinda y Rosamundo

La novela de Chile para el siglo XXI

Miranda Gandi

© Miranda Gandi
Registro de Propiedad Intelectual N° A-289844 de 24.04.2018
ISBN N° 978-956-404-049-3 de 30.04.2021

Edición digital
Santiago (Chile), abril 2021

Digitación, composición y edición de textos: *Miranda Gandi*
cecilia1940@gmail.com
www.mirandagandi.cl

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| TÍTULO Y AUTOR, inscripciones | 1 |
| CONTENIDO | 2 |
| DEDICATORIA | 3 |
| EPÍGRAFE INICIAL, de Albert Camus “Prometeo en los Infiernos” | 4 |
| PRIMERA PARTE. ENCUENTRO | |
| Capítulo I | 5 |
| Capítulo II | 10 |
| Capítulo III | 21 |
| Capítulo IV | 29 |
| SEGUNDA PARTE. CONVIVENCIA | |
| Capítulo I | 34 |
| Capítulo II | 40 |
| Capítulo III | 46 |
| Capítulo IV | 55 |
| TERCERA PARTE. LA PANTOMIMA | |
| Capítulo I | 60 |
| Capítulo II | 67 |
| Capítulo III | 74 |
| Capítulo IV | 79 |
| CUARTA PARTE. LA ALIANZA | |
| Capítulo I | 89 |
| Capítulo II | 94 |
| Capítulo III | 98 |
| Capítulo IV | 106 |
| EPÍLOGO..... | 111 |
| EPÍGRAFE FINAL, de Violeta Parra “Volver a los diecisiete” | 113 |

DEDICATORIA

*A la memoria de Claudio, de Concepción
Y a todos aquellos que un día creyeron y tuvieron esperanzas*

En medio de tantas criaturas reunidas ya no queda lugar para los grillos. La historia es una tierra estéril en donde no crecen los brezos. Sin embargo el hombre actual eligió la historia, de modo que no podía ni debía apartarse de su camino. Mas en lugar de dominarla, cada día el hombre consiente en convertirse un poco más en esclavo de esa historia.

Y en esta actitud traiciona a Prometeo, esa criatura de “pensamientos audaces y de corazón ligero”. Aquí los hombres retornan a la miseria de los hombres de la que Prometeo quiso salvarlos. “Ellos miraban sin ver, escuchaban sin oír, semejantes a las formas de los sueños...”

Albert Camus
Prometeo en los Infiernos

Primera Parte. Encuentro

Capítulo I

Cuando Joselinda conoció a Rosamundo no tuvo razones para sospechar que había encontrado al último hombre de su vida. Y eventualmente, al Primer Hombre.

El joven aquel, era una llaga viviente por dentro y por fuera. Las llagas interiores se le salían por los ojos. Las exteriores se repartían en la delgadez de su cuerpo, en el desmadejamiento de miembros, el cabello que le colgaba en rizos castaños alrededor de la cara y que a veces sujetaba con un elástico de lana sobre la nuca; en el cansancio que cargaba sobre la espalda y los hombros; pero sobre todo en las marcas de su piel. No era un hombre feo. Con sus treinta y un años, Rosamundo es un muchacho buenmozo. *Pero, esas marcas en su piel...*

Vestía colores claros, casi siempre blanco en primavera y verano, como ahora. Durante el invierno, se echaba un abrigo de pelo de camello algo raído y largo hasta el tobillo que había pertenecido a su abuelo, y cubría su cabeza con un gastado sombrero de cuero café adquirido en una tienda de ropa usada en calle San Diego.

Rosamundo talla molinos de viento en miniatura. Una vez al mes se allega al vertedero en las afueras de la ciudad y vuelve cargado con patas de sillones antiguos, trozos de respaldares y una que otra pieza mayor. Fragmentos astillados que van a parar a la inseparable mochila negra que cuelga de su hombro. No se sabe si vive exclusivamente de sus trabajos de artesanía. Tampoco se le puede preguntar. Es mudo. O, no quería hablar.

Alguna vez lograba vender uno de sus molinillos a un turista despistado que no sabe que aquéllos, los molinos de viento –reales o imaginarios– no se dan en el sur del mundo, sino a orillas del Mar del Norte circundados por campos de tulípanes los primeros; por las llanuras mágicas de La Mancha, estos últimos. En realidad, el turista despistado lo es sólo en apariencia. Pues no solamente se trata de molinos tráfugas, sino que también poseen la cualidad de desmoronarse a corto plazo por las razones que Rosamundo se las arreglaba para explicarles y que iremos conociendo. A pesar de ello, los turistas los compraban igual, seducidos por alguna misteriosa atracción que ejercían aquellos objetos tan..., efímeros.

Vive Rosamundo en el desván de una casona antigua venida a menos sobre la vereda sur en calle Santa Victoria, cinco manzanas al oriente del parque Diego de Almagro. En las noches de plenilunio la luna pasa de un tragaluz al otro y al otro. Rosamundo se queda dormido de espaldas sobre la cama contemplando la luna y las estrellas en estos intervalos de transparencia, ebrio de visiones y fragancias. Un jazmín polyantha retrepado en la pared había alcanzado el primero de los tragaluces amenazando obstruir la visión luminiscente. Entre ésta y el aroma dulce y penetrante de las pequeñas flores estrelladas, Rosamundo no sabría cuál le causa mayor placer: si embriagarse en el perfume de las flores o en la visión de las estrellas, era una cuestión que su espíritu y su cuerpo no habían resuelto aún. Por lo que se aplica con igual ahínco al disfrute de ambos placeres.

Rosamundo no cocina. Se alimenta de fruta que recoge los martes y viernes en la feria de calle San Camilo otras cinco manzanas hacia el oriente, a las cuales recorta las partes en putrefacción incipiente; leche en polvo que compra en el almacén más cercano; y algunas semillas o frutos secos conseguidos a precio rebajado en la semillería en San Diego. De tanto en tanto, recoge los atados de hojas de remolacha desechados por los feriantes, compra una media docena de huevos, algo de zanahoria y perejil y comparte con su casera una apetitosa y vitamínica tortilla preparada por ella misma. Siendo así, el

cuarto de Rosamundo no huele a comida ni atesora trastos por lavar. Luce limpio y ordenado..., con excepción de las estalagmitas de aserrín.

A medida que Rosamundo talla nuevos molinos, los anteriores van siendo devorados por las termitas de las maderas recogidas en el vertedero. Rosamundo había instalado repisas a lo largo de las paredes del desván a fin de alojar los molinos que aguardaban su turno para ser vendidos. Desde estas cuatro repisas descienden hilillos de aserrín semejantes a estalactitas que a su vez forman estalagmitas conoidales sobre el piso, también de madera. Hasta que Rosamundo coge pala y escoba y hace desaparecer las evidencias de la desintegración cuando las estalagmitas comienzan a desmoronarse. Si la propietaria se hubiese enterado de este riesgo permanente de destrucción en la casona, cuyo deterioro vertiginoso ocultaba con celo bajo capas y capas de cal y pintura, hubiese despedido a Rosamundo con el dolor de su corazón. Pero eso jamás llegó a suceder en la corta vida de Rosamundo y su estancia en el desván, mientras duró, se vio rodeada por esta rara decoración de estalagmitas de aserrín.

Rosamundo ha visto a Joselinda. Desde el primer día, cuando comenzó a bajar al parque Almagro a poco de haber ingresado a la firma importadora, hastiada al parecer del cotilleo de comedor y el olor a cocinería.

Ella está siempre sola, observa Rosamundo. ¿Por qué? Una mujer chilena sola y silenciosa es ave rara, por lo general se las ve acompañadas por la amiga o la compañera de trabajo predilecta y no paran de hablar de sus cosas. Si al Banco a pagar una cuenta o tomar el aire en la hora de colación, allí está la amiga a su lado. Hasta al baño en el restaurante se dirigen en parejas. Pololean, se casan, bautizan a sus hijos, se hacen abuelas con la amiga que no se les despegan. A las casadas no les queda más remedio que dormir con el marido; las separadas, las divorciadas, las solteras o las simplemente solas lo hacen con la amiga, en noches de fin de semana interminables de contarse recíprocamente sus cosas, y las cosas de los demás.

Pero..., esta mujer, está siempre sola.

Sentada allí en el escaño bajo las ramas de un olmo joven, entre el acacio japonés y el arce igualmente adolescentes, Rosamundo puede ahora observarla cuando ella cierra los ojos y ofrece su rostro al sol primaveral. Le llaman la atención su expresión confiada, serena y ese aire inquisitivo, como de niña, no obstante su edad aparente, algo incierta..., *¿cuarenta..., cuarenta y cinco...?* Rosamundo está seguro que ella no viene a tomar el sol, si así fuese levantara su falda un poco a ras de la rodilla, descubriría los brazos. Pero no. Sólo se sienta allí, toma su yogur, se despacha la fruta, en ocasiones un trozo de quesillo, una ensalada, y el resto del tiempo divaga. No fija su atención sobre personas u objetos, parece no ver. Al contemplar la plaza, la mirada de la mujer se vuelve hacia dentro. Con seguridad es incapaz de describir luego lo que ve en el parque, si lo ha visto. Cuando eleva los ojos hacia los álamos del lado de Avenida Bulnes no ve los árboles, navega en sus copas, ¡de tal forma desprendida del terreno sobre el que se apoyan sus pies!

Perdida allí, en su universo privado, Rosamundo puede observarla a su antojo. *No es fea. Tampoco hermosa. Simplemente bonita.* Todo en su rostro es menudo y corriente: ojos, nariz, boca y orejas, la frente, algo despejada; cuello más bien alto entre hombros estrechos; brazos y piernas largos, finos, como de animal de raza; pechos pequeños, las caderas muy femeninas y pasadas de moda, demasiado anchas, como moldeadas para la maternidad. Su pelo, bueno..., si es el color original, castaño claro, corto. Manos y pies igualmente largos y finos. En particular las manos. Sí, son manos hermosas con dedos alargados, sensibles, y uñas recortadas de oficinista pintadas de color piel. Piel... La piel es blanca, aunque no lechosa, con un tinte entre rosado y tostado en las mejillas, con seguridad para hundirlas y resaltar los pómulos poco pronunciados, ¡el maquillaje puede hacer maravillas! Lleva también sombra marrón en los párpados enormes, tan espaciosos que hacen lucir los ojos como eternamente sorprendidos. Sus ojos, su mirada... Nunca ha visto Rosamundo mirada como aquélla: grave, profunda, en ocasiones insondable; otras, transparente como el agua, como ahora...

Rosamundo sufre un sobresalto. Ella lo ha visto, lo está *¡mirando!*

¿Cuánto tiempo lleva allí...? Parecía muy concentrado, mirándome. Joselinda fija su atención por primera vez en Rosamundo. ¿Ha estado allí todo el tiempo, desde que ella comenzó a venir a la plaza? Como los árboles.

Había árboles, desde luego; como en todas las plazas en Santiago y ciudades principales y pequeñas; más aún, integrada al parque Plaza Almagro es pródiga en árboles. Con excepción de los álamos, ella casi no los distingue, no sabe identificarlos en gran parte. Sólo sabe que hay árboles, de seguro alguno centenario incipiente en el Santiago de Chile que recién se empina en sus cinco siglos de historia. Árboles con los cuales comulga a diario. No importan el nombre científico, el género o la especie, ¡esos latinazgos interminables! Introducidos o autóctonos, ¡qué más da! No son más que eso: árboles fuertes..., amigables..., balsámicos..., iluminadores.

Pero ahora, aquí, sentado en el suelo ante la roca que mira hacia el poniente, justo enfrente de su escaño, está él... *¿Habrá estado siempre?* Parece haber echado raíces, como los líquenes, como la hiedra... De una plumada reconstituyó mentalmente la figura adherida, día tras día, a la piedra, entre todas las grandes rocas dinamitadas distribuidas en forma circular, a modo de menhires, sobre el suelo de tierra del nodo central de la plaza Almagro. Reconoció con igual vaguedad la hilera de molinitos de viento sobre el borde de piedra del nodo.

Joselinda concentra ahora su mirada sobre el joven que la había estado viendo.

Lo que distinguió a primera vista no la impresionó. En verdad..., ¡sí la impresionó! *¿Por qué luce esas manchas sobre su rostro?* Sin los hematomas, hasta podría decirse que es hermoso...

Joselinda ve los hematomas y se levanta, algo contrariada.

Por los hematomas y por el reloj.

Debía volver a su oficina y al trabajo.

Capítulo II La Celestina

Así que estás enamorada de ese joven artesano... Joselinda se detuvo en seco, la mano en descenso a medio camino sobre la placa vidriada de la fotocopidora. *Pero... ¡cómo..., de qué hablas!*

Forzando sus manos a continuar el movimiento, terminó de fotocopiar el original del contrato de venta de importación directa. Enseguida caminó muy derecha por el pasillo, cruzó la gran sala de ventas de repuestos nacionales, dobló el recodo de su minúsculo cubículo de trabajo y se dejó caer sobre la silla tras el escritorio.

Así de asertivo fue el descubrimiento repentino, inopinado de su estado de enamoramiento.

El sol primaveral del mediodía cae a plomo sobre la avenida Bulnes. A pesar de ello es posible caminar estas dos cuadras a la sombra arbórea que refresca las aceras conducentes a Plaza Almagro. Día a día, según su costumbre, se había sentado en el mismo escaño, enfrente de la roca que miraba hacia el poniente. Día tras día, Joselinda y Rosamundo tuvieron ocasión de mirarse desde todos los ángulos. Al principio las miradas huían al primer choque, hasta que fueron acostumbrándose. A sostenerse primero, a darse tregua mutuamente después para que el otro observara, saciara la avidez de conocer al objeto de su atracción. Joselinda llegó a distinguir cada rizo del largo cabello de Rosamundo y podía decir con certeza el lugar que ocupaba en torno a su cabeza el día anterior y la semana pasada. Rosamundo llevaba prolijo registro de los sabores del yogur que Joselinda alternaba en el curso de la semana laboral, y era capaz de detectar con la exactitud de un experto en belleza cuándo había salido apurada en tal mañana por el trazo de mayor o menor grosor delineado sobre sus cejas.

Bajo las vestimentas raídas, pulcras del joven artesano Joselinda había intuido aquella finura y sensibilidad que la atraían primordialmente en el hombre varón, por sobre cualquier signo de masculinidad burda como el continente avasallador, el ademán rudo, la voz bronca, la híper sexualidad; atributos que al manifestarse en forma individual, o a mayor estropicio uno junto a otro o todos al unísono, la hacían encogerse y retraerse como el caracol en su concha. Por el contrario, la compostura íntegra del joven invitaba a acercarse sin temor, a sentarse sobre el suelo con las piernas recogidas y los pies cruzados enfrente de él y contemplarlo a las anchas, y adorar la suavidad de sus movimientos, la tersura de su piel, el brillo de los cabellos largos y finos, la mansedumbre en su mirada, la nariz recta y fina y su boca de labios perfectos, ni demasiado finos ni muy rellenos..., *pero con aquel rictus de sensualidad casi imperceptible.*

El corazón de Joselinda se le sube a la garganta bloqueando el paso del aire. Experimentó el despertar súbito del deseo como una punzada quemante en el bajo vientre. El ardor le sube por el cuerpo con un hormiguelo eléctrico y termina incendiando sus mejillas.

Cerró los ojos y tomó una larga inhalación.

¡Bien!... Y ahora, ¿qué?... El cerebro de Joselinda retoma el control de sus manos, detenidas nuevamente en el aire. Eficiente, impasible ahora, perfora, archiva y encarpeta los cinco ejemplares del contrato.

A mediodía Joselinda no acudió al parque. A Rosamundo se le esconde el sol y siente cómo al pecho se lo va apretando la angustia a medida que pasan los minutos... *¿Habrá enfermado?... ¿Volverá?... Acaso ya no vuelva nunca más!... Ni siquiera sé dónde trabaja....* La ciudad de Santiago se le va agigantando en la mente, un laberinto interminable de calles, pasajes, casas, edificios, torres de veinte pisos y una docena de apartamentos por piso... *¡Barrios, comunas...!* La angustia hincó ahora la garra en carne.

Rosamundo no tiene motivos para sospechar que Joselinda ha determinado irse a almorzar a la Fuente Italiana, a escasos ciento cincuenta metros de allí, con su compañera del segundo piso, Macarena Larraín.

Del universo femenino de la Importadora, sólo Macarena Larraín se merece los respetos de Joselinda, sin importar que sea una 'cuica' de cuatro apellidos al hilo, con lo que significa en Santiago de Chile tener cuatro apellidos conspicuos, de corrido ¡y con tantas erres juntas! ¡*La Maca se la puede!* Es probable que hubiese arribado a la Importadora gracias a la ranciedumbre de la prosapia, pero que era inteligente, ¡lo era! Y que conduce los negocios de su jefe, el Gerente encargado de los repuestos para la Aviación, al dedillo y a la perfección, a Joselinda no le merece ni la sombra de una duda. A diario observa con admiración a su amiga, secretaria al igual que ella, manejarse en las transacciones con la experticia de un verdadero ingeniero comercial.

El respeto es mutuo, hasta cierto punto. A pesar de sus melindres que le vienen de cuna, Macarena Larraín reconoce en la Joselinda Venegas a su par en el terreno intelectual. Y lo que a ella le llegó por apellidos, Joselinda había tenido que ganárselo a fuerza de *curriculum* en respuesta al aviso de la Importadora en El Mercurio: del sur y proveniente de hogar modesto, había llegado la Jose a poner orden en el despelote de las ventas de importación directa para la industria pesquera y la minería, donde Francisco Javier Echeñique hace lo que puede desde su posición de Jefe de Sección y con un escuálido título de Técnico en alguna rama de la Ingeniería. Por su parte y con apenas unos estudios de licenciatura en idiomas y disciplina laboral norteamericana adquirida en un primer empleo durante su temprana juventud, Joselinda sostiene en la punta de sus dedos el rodaje de aquella rama de las importaciones sin dejar escapar ni la punta de un hilo. Y de paso, adiestra con generosidad que no conoce límites a cuanta segunda secretaria le pongan de soporte en la gestión.

Con Macarena se podía conversar. Y Joselinda no tuvo más remedio que acudir a la amiga. Por lo demás, Macarena –católica de misa dominical– es abierta y liberal en sus costumbres y relaciones de pareja a lo que Joselinda reservada y conservadora. Frente a la animalidad sexual de Macarena, a Joselinda –atea recalcitrante durante la mayor parte de su vida– sólo le falta el hábito de religiosa. Los papeles parecían haberse invertido,

pero esto no preocupaba ni ocupaba a la una ni a la otra, también aquí se respetaban.

A través de la mesa cubierta con un mantelito de color rojo y por sobre el olor atosigante del pollo con papas fritas, Joselinda suelta la suma de sus tribulaciones.

En todo sentido práctica, positiva, a Macarena no le vengan con cuentos ni remilgos. Había que tomar al toro por las astas, ¡y ya!

–Llevái demasiado tiempo bajo la ley seca, gansa. Si te gusta, échale pa'elante.

–¡Pero, Maca! Es como diez años menor que yo, si es que no más...

–¡Y eso, ¿qué?!

–.....

–¿Estás segura que tú también le gustas?

A Joselinda se le suben el calor y el color a las mejillas.

–Bueno, por la forma en que me mira..., debe estar sintiendo lo mismo que yo. Debiera, por lo menos.

–Hay que salir de la duda altiro. ¡Nada de andar azotándose contra las paredes! Y si no resulta, ¡más se perdió en la guerra, maja! –a Macarena Larraín le afloran con encantadora naturalidad los cinco años en Madrid, entre los pegajosos chilenismos que viene recuperando con rapidez.

–Hay algo que debes saber, Maca. Aparte de que desconozco su nombre por completo..., parecer ser mudo. Sólo lo he visto hablar por señas.

Macarena se la queda mirando, sorprendida. Pero no es mujer que se amilane.

–¡Bien! Déjame a mí. Le pediré a mi papi que averigüe de quien se trata, ¡por lo menos para que sepas con quién te vas a meter! Después, tendrás que escribir una carta.

Joselinda la mira horrorizada.

–¡Nada, amiga! Escribes la nota y se la entregamos. No hay que darle más vueltas. Entretanto, muéstrame. Mañana iremos juntas al parque.

El terror se apodera ahora de Joselinda.

–¡No!..., ¡no puedo hacerle eso! Tú vas por tu lado y yo por el mío. No podrás confundirte, es el único ser sobre la Tierra que talla molinos de viento en miniatura...

Macarena se queda mirando a su amiga con la duda bailándole en el cerebro: *¡De todas las extravagancias de la Jose...!* Pero pronto sacude la cabeza con brusquedad y llama al mozo, pide la cuenta, paga y coge a su amiga por el brazo. Incapaz de pararse por sí misma, Joselinda le agradeció el gesto en su interior y la sigue con la sumisión de un perro apaleado, que así es como se siente con todo el cuerpo dolorido por la tensión.

Inteligente, 'proactiva', con una capacidad impresionante para absorber como esponja cuanto conocimiento le sea útil y que pueda reportarle un beneficio propio, Macarena Larraín pone, al igual que Joselinda Venegas, toda su alma en el trabajo. Al mismo tiempo planea, en secreto, su propia empresa. En realidad, ha comenzado ya a desarrollarla desde su puesto de secretaria del Gerente Comercial. Macarena se ocupa, gustosamente, de todos los contactos y gestiones en el área de su jefe durante sus ausencias. No tiene estudios específicos ni experiencia previa en Comercio Exterior, apenas un cursillo de Secretariado Bilingüe que debió zamparse a presión en Santiago luego de su separación matrimonial allá en Madrid; pero suple cualquier carencia con una actitud despierta y abierta y una capacidad de empatía que le abre todos los secretos personales y profesionales necesarios para irse labrando, con celeridad alarmante, su propio camino. Merced a su eficiencia, acompaña o representa a su jefe y a la empresa en uno que otro viaje de negocios y aprovecha cada excursión al extranjero para crear y afianzar sus propios contactos.

Macarena ha comenzado a exportar bolillo de hilo de algodón y frivolité en hilo de seda de manufactura manual con diseños únicos y exclusivos. Piezas caras para clientes exigentes. Ha logrado reunir a veinte tejedoras de distintas parroquias y les ha propuesto el negocio de sus vidas. Y ahí las tiene, urdiendo en sus casas labores primorosas que paga con unos cuantos pesos chilenos y cobra en dólares y euros astronómicos. Si a esto sumamos que no paga imposiciones, seguros de salud ni vacaciones, las utilidades pueden compararse con haber descubierto una mina de oro de la ley más elevada en todo el planeta. La Maca ha adquirido su propio fax, el que opera en el dormitorio de su

apartamento rentado en la comuna de Providencia y se apronta a levantar el vuelo. De lo cual, nadie se ha enterado hasta ahora en la Importadora, ni siquiera Joselinda.

Entretanto aprovecha todas las facilidades que le proporciona la importadora para, amén de los fines mencionados, dar rienda suelta a su voraz apetito sexual. En el radiotaxi en marcha por las calles de Buenos Aires, se despacha en un santiamén al Gerente de Relaciones Comerciales de la exportadora argentina, minutos antes de entrar a la siguiente reunión de negocios. En otra ocasión, envía directo desde su lecho en el cuarto de hotel en Frankfurt al pabellón de urgencias en el *Städtische Krankenhaus* a su infartado Gerente Comercial; en medio del trance, se las arregla para llamar por teléfono a la Mary Rose en Santiago de Chile y avisarle que, dentro de la gravedad eventual y a pesar de su “elevada tensión arterial”, su marido se encuentra “fuera de peligro y en franca recuperación”, copia textual del informe médico en alemán que algún chileno residente llamado de urgencia le ha traducido.

Toda esta liberalidad y actividad sobrehumana no impiden que Macarena Larraín guíe a la única hija de su fracasado matrimonio, con voluntad de monja mariana y autoridad de abadesa. En más de alguna ocasión, la niña de doce años, sorprendida con los labios llameantes a fuerza del carmín incluido en el set de belleza Barbie o Hello Kitty, será enviada a restregárselos al cuarto de baño con un furibundo "¡Vé a limpiarte eso!... ¡¡La muy puta!!". Desde el colegio católico, la hará ingresar a la Pontificia Universidad y no cejará hasta verla convertida en una profesional de la Medicina.

Macarena saca a relucir sus dotes de Celestina. Observa a Rosamundo y hace averiguaciones para Joselinda, en el fondo porque no tolera la sequía sexual ni la virtuosidad algo irritante de su amiga. Descubre que Rosamundo no es mudo, aun cuando nadie en el vecindario le ha escuchado jamás decir una sola palabra, todos lo encuentran muy tierno, inofensivo. El conocimiento de su nombre de pila y de sus apellidos, desconocidos en el barrio donde reside y en aquellos que frecuenta, confirma sus sospechas. Con aquel instinto o perspicacia que poseen los miembros de las clases retrepadas en la sociedad chilena para detectar a sus pares, ha descubierto bajo el

desgarbo aparente el sello inconfundible en el arco de la espalda, cierta arrogancia en la postura; en sus ademanes finos y distinguidos, la forma en que maneja la herramienta como si se tratara del tercer cuchillo de la derecha en una mesa vestida de etiqueta; el aplomo y seguridad que exuda toda su persona, cierto resabio de la altanería con la que esta casta se desplaza por el territorio nacional como si éste le perteneciera por completo. Aun cuando Rosamundo se esfuerce por mostrar cierta humildad y le agobien las incongruencias y falsedades de este mundo, la crianza se le escapa por cada poro al menor descuido. A partir de este descubrimiento, Macarena va descorriendo el velo de misterio que oculta la personalidad real del joven. Los resultados de la investigación que su padre, Abogado Fiscal Jefe de la Fiscalía Oriente, ha encargado a uno de sus procuradores terminan por confirmarlo.

Rosamundo es hijo del abogado Diego Gore, uno de los más prestigiosos profesionales en Santiago de Chile, quien comparte un bufete de lo más exclusivo en pleno centro con sus colegas Pedro García-Huidobro y su propia esposa. El mismo Rosamundo es Licenciado en Ciencias Jurídicas, Abogado y posgraduado en Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Católica de Chile; de la Universidad Católica de Lovaina posee un master en Administración y Gestión de Empresas y un Diplomado en Gestión Internacional de la Empresa. Y su nombre no es Rosamundo como se le conoce en el barrio Almagro sino Diego, igual que su padre; Dieguito para su madre, la Pilarcita García-Vinueza.

A Macarena no le queda más que sacarle el sombrero al ojo de su amiga, quien no deja de sorprenderla. Y toma la decisión de ocultar a Joselinda toda la información recabada, con excepción de lo relativo a su pretendida mudez. Para ella sólo será Rosamundo, por el momento. Ya se encargará éste de aclararle por sí mismo su verdadera identidad y las razones que habrá tenido para disfrazarla y para adoptar un estilo de vida tan sideralmente opuesto a su verdadero origen y educación.

Para Macarena, esta Joselinda Venegas es una caja de sorpresas, un entresijo en verdad.

Hay algo en su amiga que para Macarena Larraín constituye el nudo de este enigma. Sabe que Joselinda, al igual que ella, sobrevive a un primer matrimonio fracasado, del cual no conoce los detalles, y que no tiene hijos. Alguien en la oficina ha insinuado que habría sufrido una pérdida. De esto harán unos quince años y a Joselinda no se le conoce ni se le ha conocido pareja. ¡La castidad parece ser el epítome de los extraños atributos de su amiga!

A pesar de la respetuosidad que le inspira, Macarena piensa que la Jose con su ética desoladora y su moral tan privada, las cuales aplica a todos los aspectos de la vida, no llegará a ninguna parte, será siempre la eterna insatisfecha, una resentida. En su fuero más íntimo le reprocha, asimismo, su excesiva generosidad. Joselinda no se mide en la prodigalidad con la cual imparte y comparte sus conocimientos y habilidades. Frente a su escritorio han desfilado tres o cuatro secretarías asistentes, a las cuales ha tenido la paciencia de adiestrar. Lo que a Joselinda le importa es que el trabajo en la oficina se haga y que se haga bien, no a medias ni como salga. En esto es inflexible y aplica sus puntillosas normas de corrección como en todo lo que hace, tanto en su vida privada como laboral. A Francisco Javier Echeñique, su jefe directo, esto le ha venido como anillo al dedo y caído del cielo. Le han subido los bonos en la Gerencia desde que comenzó a desaparecer el rímero de carpetas sobre el escritorio de las secretarías y que al menos en esta parte de la Sección a su cargo, hayan entrado a reinar el orden y la eficiencia. Echeñique no sabe lo que tiene, es la escueta conclusión de Macarena Larraín. Joselinda le ha hecho saber que es ambiciosa, pero Francisco Javier la malinterpreta. Vive con el temor de que Joselinda algún día lo desplace en la dirección de esta rama de las ventas, mal que mal es ella la que lleva no sólo el peso sino la gestión de todo el proceso de las importaciones directas para la industria pesquera y parte de la minería.

La ambición de Joselinda, no obstante –ha descubierto Macarena, con su agudeza infalible–, no tiene nada que ver con posiciones, el dinero o el poder. Lo que ella ambiciona es el saber. No para de estudiar y aprender, es como un cohete lanzado al espacio sideral traspasando la barrera de la gravedad y ya no hay modo que vuelva atrás.

No sólo se ha mandado a la sesera cuanto curso de perfeccionamiento haya ofrecido la Importadora y algún otro autofinanciado, sino que, además, anda en aquello del crecimiento personal y el desarrollo espiritual. Desde el hinduismo y el budismo tibetano, pasando por la teosofía, los esenios y los Rosacruces, se lo ha zampado todo, y ahora anda ocupada con el Hermetismo. Hasta a las Escrituras de la Watch Tower y las Sagradas de Nacar-Colunga, para no mencionar El Libro de los Esplendores y el Tarot, les ha dedicado su tiempo. Dicen que de la Azora IV (Las Mujeres), versículos 19-21 (Sobre la Fornicación) en el Corán no pasó. Pasmada ante la omnisciencia, sabiduría, misericordia e indulgencia de este Dios de los hombres varones para con ellos mismos, lo cerró de un solo golpe y nunca más volvió a abrirlo.

¿Para qué?, se pregunta Macarena Larraín. Con una sola religión es más que suficiente. Y si somos cristianos occidentales, con la católica apostólica y romana, basta y sobra. Una vez por semana a misa, al confesionario del padre sacerdote –con ciertas reservas– cada treinta días, de cuando en cuando una donación generosa para el Hogar de Cristo o el Techo para Chile y ¡en paz con la conciencia!

Y mucho más que la posición en el trabajo, lo que acicatea a la amiga es la competitividad contra los obstáculos y contra sí misma. Más que vencer a otros, Joselinda parece más empeñada en vencerse a sí misma. Le seducen las oportunidades. Detesta la rutina, siempre anda inventando modos de perfeccionar el sistema de trabajo o clamando por nuevas responsabilidades, y cuando le cortan las alas simplemente se va. Rara vez dura más de tres años en el mismo lugar de trabajo.

Por estas y otras razones, no existe un alma en la oficina que no la deteste. La mayor parte opina que "...ya que no le conceden el sueldo o el puesto que ella se merece, ¿para qué trabajar y esforzarse tanto? A sueldo mediocre, ¡rendimiento mediocre! Lo que pasa es que Joselinda carece del más elemental sentido de la solidaridad, ¡no es justo que dé continuamente pie para que al resto se les exija más de la cuenta!".

Macarena comprendía a su amiga, empatizaba con ella y no temía demostrarle su aprecio verdadero puesto que ella misma se consideraba por sobre el término medio; y nadaba entre estas dos aguas con parsimonia, autóctona u oriental, sin enemistarse con nadie.

Por su parte y al contrario de Joselinda, Macarena Larraín es celosa de sus logros. Aun siendo capaz de los mayores actos de desprendimiento, de solidaridad y caridad verdaderamente cristianas; como aquella vez que estuvo meses socorriendo con bolsas llenas de mercadería del Jumbo a María Luisa y a sus tres niños pequeños. Enviada por Manpower durante el último verano, María Luisa había reemplazado una por una a todas las secretarías de la Importadora a medida que iban saliendo de vacaciones. El marido de María Luisa, en vista de la buena racha de su mujer, aprovechó la oportunidad para largarse a convivir con su socia y amante peruana en Lima llevándose todos los dólares del negocio peruano y dejando a la pobre tapada de deudas. Entre éstas, nada menos que las letras que respaldaban la adquisición de los costosos regalos con los cuales mantuvo a María Luisa a raya y alejada periódicamente del recelo propio de la mujer engañada. El infiel cruzó la frontera en la camioneta doble cabina poniendo cordillera, pampas y desierto de por medio, dejando tras de sí sólo una estela de cuotas por pagar del vehículo comprado a nombre de *su* mujer. Macarena Larraín no sólo prestó su hombro a María Luisa en noches interminables y lacrimosas de fin de semana sino que la mantuvo bien alimentada, a ella y a sus hijos, hasta que su amiga pudo reorganizarse y caminar con sus propios pies. Así de cristiana y generosa es la Maca Larraín. En el trabajo, por el contrario, sabe guardarse piezas claves de información de tal forma que, si llega a ausentarse por algún estado febril intempestivo, todos los negocios de su jefe se vuelven patas arriba. Pero ahí está Macarena Larraín, imprescindible, y disponible al pie del teléfono y de su propio fax al costado del lecho con una bolsa de hielo sobre la frente solucionando cualquier dificultad.

También al contrario de Joselinda Venegas, a quien importan un rábano la opinión o el aprecio de los demás, Macarena Larraín no tolera que alguien se resista a su encanto.

Seducer a tiempo completo, con su manera de mirarte con los ojos brillantes cuando conversa mientras enreda y desenreda un chocho de su pelo en el dedo, y bate las pestañas largas y crespas como diciendo: "¡Mira qué lindo pelo tengo! Aprecia el largo de mis pestañas y el color y el brillo de mis ojos amielados. ¡Siente el calor de mi sonrisa! ¿No soy encantadora? Te gusto, ¿verdad? ¡Dime que te gusto y que me quieres!".

En verdad, la Maca juega bien para todos lados. Y no ha resistido la tentación de contar a Miguel Venegas lo de Joselinda y Rosamundo... *Y el muy suche ¡se ha reído a espaldas de la pobre!*

Capítulo III

En el último tiempo, Miguel Venegas ha conseguido de Francisco Javier Echeñique un aumento considerable en su salario, a fuerza de pequeñas aunque abundantes contribuciones a la base de datos mental que éste maneja sobre la vida personal y mañas laborales de todos sus subordinados. Echeñique no pierde el tiempo cotejando la información con la realidad o con la verdad simple y escueta; aprecia cualquier fragmento de información que le permita afianzar su posición, defenderse contra algún enemigo potencial que venga a poner en peligro su ‘idoneidad’, sabe cómo y en qué momento utilizar esta información en beneficio propio y sabe, sobre todo, premiar la ‘lealtad’. Miguel Venegas, cuyo apellido coincide con el de Joselinda y sólo hasta ahí llega la coincidencia, había detectado con precisión casi científica cuáles eran los puntos más sensibles en el talón de su Jefe. Tal capacidad no es de extrañar en aquellos individuos oportunistas, los que padecen de angurria escaladora, quienes nunca llegan a escalar de verdad, que jamás llegan a ninguna parte, ni al éxito ni al fracaso total, y cuyas vidas están constituidas de pequeñas ganancias diarias, utilitarias que no hacen sino fortalecer sus propias debilidades. Surfean con éxito estrepitoso en el gran océano de la mediocridad.

A raíz de aquélla, la más reciente de sus pequeñas victorias —el aumento de salario—, Miguel se ha acercado al escritorio de Joselinda y le ha obsequiado con un gesto casi aéreo, un pequeño simulacro de pergamino confeccionado en papel de fotocopia recortado y quemado en sus bordes con la llama de una vela, sobre el cual viene impresa la siguiente cita eclesiástica: “...VOLVIME Y OBSERVÉ QUE DEBAJO DEL SOL, LA VICTORIA EN LA CARRERA NO ES DE LOS LIGEROS; NI LA BATALLA, DE LOS FUERTES; NI EL PAN PERTENECE AL MÁS SABIO; NI LA RIQUEZA, AL MÁS INTELIGENTE; NI ES FAVORECIDO EL MÁS CAPAZ ...”.

Joselinda, ignorante y sorprendida, no ha alcanzado siquiera a agradecer el gesto amable pues Miguel, tras decir brevemente "De mí para ti", se escurre, veloz, por el ángulo del panel vidriado que separa a su compañera de oficina de la sala de ventas de repuestos nacionales.

Miguel no posee estudios específicos, eligió lanzarse a la vida laboral apenas egresado de la enseñanza media y no experimenta la necesidad de ahondar en área alguna de conocimiento más allá de lo que su puesto de oficinista, catalogador y archivista de cotizaciones, órdenes y facturas de venta requiere. Su energía la emplea a fondo en fortalecer las buenas relaciones con los tres pisos de la Importadora, en especial secretarías y oficinistas como él; así, emplea la mayor parte de las horas de trabajo en el teléfono y una vez en su hogar, un apartamentito arrendado en los alrededores de Plaza Italia, continúa pegado al aparato hasta que lo vence el sueño, como una hormiga que labora sin descanso a fin de asegurar el alimento diario, no sólo el propio sino el de toda la grey que la circunda. Pues Miguel posee una gran virtud. Es el modelo perfecto de lo que demanda la empresa chilena de sus empleados: una buena relación 'interpersonal' que asegure un 'clima óptimo de trabajo y eficiencia'.

Al día siguiente despierta tan agotado que rara vez logra despegarse de las sábanas a tiempo como para desayunar en casa y alcanzar el reloj control antes que éste comience a marcar en rojo.

A Francisco Javier Echeñique, esto de las impuntualidades reiteradas de su subordinado le trae algunos dolores de cabeza en la Gerencia General. Es entonces cuando Echeñique echa mano de toda su capacidad histriónica y mímica para abrir los brazos (desesperanza: *¡No hay remedio!*), arquear las cejas y elevar la vista al cielo (clamor: *¡Qué más se puede pedir!*), apretar los labios, subir las comisuras y elevar los hombros (impotencia: *¡Qué puedo hacer yo, mísero de mí!*). La Gerencia no tiene más remedio que lamentar la triste suerte de su Jefe de Sección, compartir su desaliento y agregar algunos puntos a la estimación en que tiene al "Pobre Francisco Javier, ¡parece ser el destino de nuestra clase cargar con la desidia del pueblo!".

Puesto que Francisco Javier pertenece a aquella categoría de individuos de la clase alta o medio-alta con marcadas limitaciones, sin mayores aspiraciones, aunque cuenta con las oportunidades propias de su estirpe. Será siempre el eterno Jefe de Sección; lo máximo que logrará, alguna Gerencia intrascendente una vez que otro de su misma clase y con las mismas limitaciones deje el cargo vacante. Es decir, promovido por antigüedad como los burócratas en el Servicio Público. En verdad, Francisco Javier Echeñique no pasa de ser uno más entre los burócratas de los cargos directivos, tanto en la empresa privada como en el mismo Servicio Público, al cual este último parecen nacer predestinados, después de todo ¿para qué sirve el Estado sino para asegurar de por vida la supervivencia de los verdaderos dueños y señores de la Nación!

Miguel –cuyo designio primordial en su tránsito por este mundo estriba, como suele suceder con los individuos polutos, no sólo en explotar las debilidades de sus pares sino contar con la credulidad de los puros e inocentes a fin de manipularlos a su antojo– está a punto de romper la barrera del mutismo de Rosamundo. Por Macarena se ha enterado que esta condición no es sino simulada en el joven.

Joselinda asiste con espanto al repentino cambio de hábitos de su compañero. Tras engullir la generosa colación que la empresa proporciona al personal en el casino del octavo piso, Miguel coge el ascensor, recorre en unas cuantas zancadas los ciento ochenta metros hasta el parque Almagro y se sienta la media hora restante sobre el nodo de piedra de la plaza, enfrente del joven artesano. Ha trabado amistad con Rosamundo. En los días siguientes, una Joselinda horrorizada constata el desgaste progresivo y horado final en la reticencia de su amado. Miguel sabe ser encantador e inspirar confianza cuando se lo propone.

Lo que Joselinda, por fortuna, ignora aún es el más reciente acto de felonía de su compañero de oficina. Pretextando un retraso en sus labores, Miguel se las arregla para hacer un pequeño sobretiempos e incursionar en el escritorio de Joselinda en medio de la desolada Sala de Ventas. Sabe de la existencia de aquella declaración de amor, sugerida

por Macarena, que Joselinda conserva sin enviar desde que él mismo iniciara su oportuna intervención en aquel, a sus ojos, “grotesco romance”.

Al atardecer del día siguiente, la hoja impresa vibra entre las manos temblorosas de Rosamundo: "QUISIERA ROMPER TU SILENCIO. POR FAVOR, CONCÉDEME UNA OPORTUNIDAD. T.Q.M."

Miguel es hábil y no concede tregua.

—Es una depravada, amigo. Separada y en busca de hombre... En la oficina no deja a ninguno en paz, los persigue, los acosa. Sobre todo le gustan los jóvenes como tú. Profanadora de cunas, eso es lo que es, je insaciable, por añadidura!

A Rosamundo le asalta una aterradora visión de sus ex-novias intentando hurgar entre sus piernas.

A sus treinta y un años Rosamundo es virgen. Soltero, tuvo algunos romances en su temprana juventud, más bien platónicos. Siempre le aterrizó la agresividad sexual explícita de sus novias en prospecto y terminó retirándose y volcándose hacia dentro. La sordidez del avance erótico avasallador hería su sensibilidad. El primer beso, a los quince años, le ocasionó un tremendo dolor de estómago que su madre tuvo que curar con agüita de manzanilla. Esa lengua que se introdujo en su boca cuando su ánimo comenzaba a elevarse en nubes de romanticismo idealizado, le repelió, lo hizo aterrizar de un solemne costalazo. Más tarde, a los veintidós años, se retrajo por completo. Hasta entonces, se las había arreglado para mantener a raya a media docena de novias ocasionales que se habían cruzado en su camino. Cuando la última de ellas metió la mano en su entrepierna ante la reja del jardín, susurrando en su oído "¿No quieres pasar?", terminó por enfriarse por completo. Y navegando en su témpano de hielo sorteó toda clase de obstáculos, terminó su carrera universitaria, que es lo que sus padres —abogados de prestigio— esperaban de él, aprobó el examen de grado en Derecho Civil y Procesal, el periodo de práctica en la Corporación de Asistencia Judicial, y defendió con resultados sobresalientes su tesis en Derecho Comercial. Luego partió a Europa por dos años a especializarse en Derecho Comercial Internacional Privado. Tras este intenso periodo preparatorio, comenzó por fin su corta vida profesional, de regreso en Santiago

de Chile. Porque dos años después, Rosamundo había tirado los códigos civil, penal y comercial al tacho de la basura. Sobrevivió a los dos años siguientes en ocupaciones laborales diversas, sin relación alguna con la jurisprudencia, y finalmente renunció.

Selló sus labios para siempre y se sentó a tallar.

En eso estaba cuando conoció a Joselinda, un año más tarde.

Miguel prosigue su labor, inexorable.

—¿No haces el amor, amigo? —las pupilas de Rosamundo aletean frenéticas...

—Y..., ¿qué sucede con el impulso sexual? Alguna vez desearás... —las pupilas se aferran con desesperación al trozo de madera pulida.

—Escucha, amigo. Cuando yo no consigo mujer, pues me alivio solo, hombre. Es como el hambre. Si tienes hambre, hay que comer... —las pupilas vuelven a elevarse fugazmente. Vaharadas de zozobra empañan la limpidez de la superficie.

Pero Miguel no sabe leer en el espejo de estas aguas.

—Sí. Me masturbo. Aunque es como tomar agua cuando tienes hambre y no tienes qué comer. En el primer momento, te aplaca la sensación del hambre, luego te dan náuseas y ganas de vomitar. Pero..., es lo que hay.

Aquella tarde en la que Miguel clavó su aguijón cargado de ponzoña en el corazón de Rosamundo, éste retornó a su cuarto en la calle Santa Victoria más temprano que de costumbre. Una vez allí se dirigió al pequeño armario del rincón y extrajo una malla de ballet zurcida por todos lados, zapatillas de ballet sin punta y unos guantes cortos, todo de color blanco. Se sentó frente al espejo en el suelo y contempló por unos instantes el reflejo con mirada vacua. Levantó lentamente los brazos, soltó sus cabellos y los peinó y alisó con fijador recogiénolos nuevamente sobre la nuca. Luego comenzó a cubrir su rostro, lívido y desprovisto de toda expresión, con una pasta blanca que extraía de un pomo con ademanes tardos, semejantes a los de un actor de película muda proyectada en cámara lenta. A continuación se despojó de sus vestimentas con la misma elaborada lentitud y calzó uno a uno todos los elementos extraídos del armario. Finalmente cruzó las piernas por delante y fijó la vista en un punto reflejado en el espejo por sobre su

propia imagen. Una vez alcanzada la concentración extrema, se tendió de costado en el suelo, encogió piernas y brazos y ejecutó una silenciosa, solitaria, misteriosa pantomima.

El día siguiente en el parque es el turno de Joselinda de experimentar el frío ocasionado por el ocultamiento del sol. Rosamundo talla sentado ante su roca de costumbre. En la hora que habían aprendido a compartir a distancia, Rosamundo no levanta una sola vez la vista. La expresión inescrutable del hermoso rostro del joven termina por congelarle hasta los huesos. Con un estremecimiento final, Joselinda se levanta y arrastra el paso en dirección a la oficina. Sobre el escaño quedan la cajita y el pequeño vaso de plástico, intocados.

Toda la gravedad terrestre se concentró sobre los hombros de Joselinda. Le duelen la espalda, las piernas y los pies. Sumando a este dolor orgánico, la angustia oprime su pecho a tal punto que el corazón no encuentra hueco en la cavidad torácica ni el aire el paso a los pulmones. En los ciento ochenta metros hasta la puerta de la Importadora, Joselinda experimenta cómo el mundo descarga una vez más toda su fuerza fatídica sobre la ilusión del amor. Por su mente desfilan, como una visión *pre-mortem* panorámica, flashes cegadores atravesando el ramaje de los árboles: uno tras otro, todos los actos individuales en medio del escenario global histórico que terminaron por aniquilar su unión con el hombre que había sido el amor de su vida.

Cuando Joselinda conoció aquel amor, se la jugó al cien por cien. Y le fue mal. Se había volcado de dentro hacia afuera. El adolescente que despertaba al amor había despertado no sólo al hombre que anidaba en su propio cuerpo sino también a la mujer, la hembra que dormía en ella con todas sus potencialidades..., y ella, Joselinda, no se guardó nada. Todo lo dio por amor, de gracia. El descalabro vino, en gran parte, del exterior. Subrepticia, progresivamente. Cuando la corteza civilizada de la patria se resquebrajó y acabó pudriéndose en el fangal de la Dictadura; a medida que las agostadas sociedades europeas surcaban el océano cenagoso de la promiscuidad sexual; y la americana farisaica y pujante extendía sobre el mundo el manto seductor de la

abundancia y el consumo..., el amor se fue contaminando. Y el hijo que albergó en su entraña, inficionado, terminó pudriéndose como todo lo demás. Con el aniquilamiento, un frío mortal congeló el sentimiento que había atraído y fundido temporalmente a dos seres de sensibilidades políticas y sociales disímiles pero que, por obra y gracia del amor, habían creado y creído en un proyecto de vida en conjunto.

Joselinda no puede dejar de reconocer, con una sonrisa entre dolida y sarcástica, el sesgo panfletario de su pensamiento. No obstante..., sin la pre existencia de ciertos rasgos individuales en 'el otro', ¿hubiese sido el quiebre, indefectible? En primer lugar, aquella adicción desmedida al sexo; sin duda, una cuestión de transgresión de los límites personales y el deseo voluntarioso de no retroceder, de no querer parar y decir hasta aquí llego. La búsqueda de sensaciones puede llevar al abismo, y el punto de quiebre entre lo natural y lo antinatural claramente no es el mismo para dos individuos. Acaso también la pre existencia de un rasgo clasista sutil hiciera lo suyo; a ella le tocó en suerte pertenecer, algo así como por transmisión genética ya que no partidista –al menos en el rango de la participación activa–, al bando de los derrotados políticamente; con ello perdía en el acto, a ojos del vencedor, prestigio, autoridad, hasta el derecho a tener razón en algunos aspectos esenciales; y si bien no existió el abuso físico, tampoco verbal, el peso 'moral', psicológico se dejó sentir. Y, por último, el encandilamiento ante las posibilidades ilimitadas del 'progreso' y de la superabundancia de bienes, hizo perder de vista los valores humanos, familiares y terminó por desvirtuar, desorientar el proyecto de vida en común. Y ya no quedó nada más por hacer.

En verdad, Joselinda no tiene suerte en el amor. No es el tipo que atrae sexualmente a los hombres. Más bien los ahuyenta pues se planta de igual a igual frente a ellos, establece una relación de competencia sin subterfugios femeninos. No disfruta el juego del flirteo *per se*, es más, Joselinda no sabe jugar. Todo lo que hace se lo toma en serio. Y no le gusta perder el tiempo en superficialidades, la profundidad abisal de su naturaleza lo impide. Siempre está ocupada en algo, aun en los momentos en que sueña despierta; o, más bien, aprovecha los momentos de actividad rutinaria para pensar y

meditar. Resultado accidental de la crianza, por lo demás, el padre nunca toleró que alguno de los hijos se echara en la cama a soñar o simplemente holgazanear. Y esto de la contemplación le vino con el tiempo –después de los descalabros, el privado y el público–, a medida que fue recuperando el hábito de retraer la mente y meditar en soledad como lo hubo hecho desde niña en el diario camino hacia la escuela, el liceo, más tarde la Universidad, el lugar de trabajo. Y en algún momento se había abierto a la comunión con los árboles. Aun cuando en este proceso que le ha llevado entre un tercio y la mitad de su vida no tiene lugar el éxito material, Joselinda es exitosa a su modo, tarea que se le pone por delante la resuelve bien y tiene buenos resultados..., para los demás; y las injusticias, intrigas de pasillo o el comidillo en la mesa del casino, aun cuando sí le escuecen fugazmente, no dejan huella significativa en el ser que habita su cuerpo. Otras son las causas que amenazan romper el limbo, esta apariencia de estabilidad emocional y armonía espiritual: Joselinda ha comenzado a resentir el peso de la rutina, siente que ha tocado techo, que puede y debe dar más de sí. En las postrimerías de la máquina de escribir eléctrica con tres páginas de memoria incluida, se ha metido de cabeza en lo de la computación y propone sistematizar el proceso de las importaciones, pero la empresa se niega a entrar en gastos.

El fuego creativo, la curiosidad innata agitan las alas que intentan sacudir, frenéticas, la atrofia que amenaza inmovilizarlas.

En cuanto al amor, no se ha cerrado pero tampoco lo busca; sólo espera.

En eso estaba cuando conoció a Rosamundo quince largos años después del descalabro, el privado y el público.

Capítulo IV

Macarena observa, consternada, la devastación progresiva en el rostro de su amiga. Joselinda ha dejado de hablarle, no precisa aclaración alguna para colegir que su amiga la ha traicionado. El sufrimiento silencioso cala en el alma de la Celestina más hondo que el más acerbo reproche. En verdad Macarena ha cometido su pequeño acto de deslealtad no por maldad sino más bien por diversión. Y en su interior maldice al mediocre de Miguel, no a causa de la delación y la traición, sino por el dolor inmerecido de la amiga, de la mujer, hembra enamorada como ella.

Pues Macarena ama en secreto. Macarena Larraín ama a Pilo y éste ama sin remedio a una moribunda. A Valentina se la está carcomiendo la esclerosis múltiple y Pilo Bunster vela a diario a la cabecera de aquella mujer con quien no puede casarse pues está casada, a quien no puede poseer por su avanzado deterioro físico, y con quien no llegará jamás a nada, ni siquiera espiritual, pues el alma se le está escapando. Simplemente se sienta a diario allí sobre el borde de la cama, sostiene su mano exangüe y hablan de esto y aquello.

Macarena, quien puede tener y poseer a todo aquel que se le cruce en el camino y despierte su apetencia sexual, desespera y no comprende nada. Impotente, muerde su lengua y traga lágrimas solitarias desde el interior del taxi toda vez que divisa la camioneta del Pilo ante la casita en la calle Paul Harris. Su cuerpo, voluptuoso y algo generoso en carnes, convulsiona y se rebela contra aquel cadáver viviente, rival inatacable e invencible. Lo que Macarena ignora por el momento es que, aun cuando al fin logre conquistar para sí al objeto de su pasión, ni la Muerte le concederá un solo milímetro en el favor de su amado.

Aun cuando Macarena no es feliz en el amor no encuentra razón alguna para que los demás no lo sean. Se lo debe a su naturaleza generosa, empática. Tampoco soporta ver a diario ni cargar eternamente sobre su conciencia con el sufrimiento de su amiga.

El golpe brutal que movilizó por fin a una Macarena desorientada y carente por vez primera de creatividad para intervenir, fue la migraña. Más bien, lo que se desató en torno a la migraña de Joselinda.

Ésta le había confiado en alguna ocasión sobre la particularidad de su organismo de somatizar situaciones extremas de tensión anímica o extenuación física en aquellas cefaleas cataclásticas: todo el cuerpo sucumbe en convulsiones imparables que, junto con desencadenar el vómito, hieren cráneo, ojos, sienes, vasos sanguíneos, terminaciones nerviosas y cuanta fibra constitutiva encuentre en su camino entre la cerviz y la coronilla hasta la raíz del último cabello. Al cabo, los únicos paliativos son el silencio, la oscuridad y el sueño. Sin estos tres factores, no existe cura.

En ocasiones, preséntase la migraña sin aviso alguno. Las más de las veces, se hace anunciar mediante alguna curiosa actividad al parecer eléctrica aunque no sensible del cerebro, acompañada de palidez extrema y el desencaje de las facciones; luego, sigue el desmadejamiento de los miembros. Todo lo cual concede el tiempo necesario, con suerte, para llegar a casa, evacuar todo el contenido del estómago, cerrar cortinas y meterse a la cama con una bolsa de agua caliente en los pies y una toalla mojada con hielo sobre la frente y los ojos.

Al parecer, aquel día funesto la migraña se hizo anunciar. Joselinda alcanzó a balbucear las razones de su abandono inmediato del trabajo ante Francisco Javier Echeñique. Pero cometió el error de bajar al metrotren. El traqueteo de rieles, balanceo sobre las curvas, y la irrupción de luz en las estaciones iluminadas, todo estallaba en la cabeza de Joselinda y aceleró la náusea. Abandonó el vagón y solicitó un baño a los guardias, el cual le fue denegado. Tambaleante, con la mano apretada sobre la boca, respirando con fuerza por la nariz, a punto del desplome y a pura fuerza de voluntad, salió al exterior donde cogió el primer taxi que la condujo al apartamento.

Alcanzó a derrumbarse entre el borde de la bañera y el WC.

Lo que siguió a la salida intempestiva de Joselinda de la Importadora fue equivalente a una función de circo de ínfima categoría, a ojos de Macarena Larraín.

Tan pronto vio salir a su compañera, Miguel Venegas se dirigió con sus pasos menudos y los ojillos brillantes tras los cristales de aumento, a la oficina del Jefe. Luego volvió a su puesto, cogió el teléfono y rió y cuchicheó, una por una, con dos de las secretarías del segundo piso y las tres del tercero. Antes de la media hora siguiente, Echeñique habíase enterado del 'sórdido romance', barruntaba un encuentro amoroso furtivo y sopesaba la certeza del abuso y del engaño por parte de su secretaria asistente *¡...casi cincuentona ya! ¡Con qué derecho!*

Por una Joselinda entre convaleciente y reticente supo Macarena al día siguiente de la aparición intempestiva del jefe en el apartamento, donde fue introducido de inmediato por la criada al cuarto. Entre sábanas yacía la transgresora en camisa de dormir, el rostro sepultado bajo toallas mojadas; una bacinilla de plástico asomaba por debajo del lecho en prevención de un renovado acceso de vómito...

Macarena Larraín se irguió en pie de guerra.

A semejanza de Miguel, pretexta un informe de primera hora para el día siguiente asegurándose, de paso, que el personal de aseo se encuentre en el tercer piso, y desciende a la sala de Ventas vacía del primero por la escala de servicio. En menos de cinco minutos está de vuelta en su escritorio con una línea impresa sobre una hoja de papel que pliega y guarda con cuidado en su cartera. Tres semanas después que Miguel comenzara la cruzada funesta y a dos días de la migraña, Macarena se encuentra a las siete de la tarde al pie de unas empinadas escaleras de madera en la casona de la calle Santa Victoria.

Una hora y media más tarde ingresa en un local de vídeos en Vicuña Mackenna y a los diez minutos, un Miguel sorprendido abre la puerta del apartamento de un ambiente en una callejuela aladaña al parque Bustamante y se la encuentra abanicándose el cabello con una cinta de VHS: "No te preocupes, Miguel, tengo cuarenta y ocho horas para

devolverla. Lo siento, no puedo quedarme, sólo pasaba por aquí y aproveché para saludarte. Que la disfrutes... ¡Bonito departamento!". Macarena enreda un chocho de su pelo en el dedo y sonríe con dientes, nariz, ojos y pestañas mientras deposita el vídeo en la mano de Miguel.

A las 12:30 del día siguiente realiza tres llamadas desde su escritorio. A las 13:55 en el casino del octavo piso, las tres secretarias del tercero y las dos del segundo continúan inquiriendo con rostro embobado mayores y succulentos detalles del filme *Atracción Fatal*. Miguel apenas tendrá tiempo para marcar el último minuto azul en el reloj control del primer piso antes de alcanzar, jadeante, su escritorio de metal.

En la media hora anterior, Macarena ha arrancado a una Joselinda empalidecida de la silla giratoria sobre la cual se encuentra sentada con la mirada seca, vacua y la ha arrastrado, casi sin esfuerzo, del brazo. Lleva en la mano una hoja impresa cuyo texto Joselinda reconoce, horrorizada.

Cuando llegaron a la roca de Rosamundo, éste levantó la vista. Cogió la hoja de mano de Macarena, leyó, por tercera vez, el texto impreso y miró directo a los ojos de Joselinda. Ella leyó en esas pupilas límpidas que el mensaje contenido en las tres letras T.Q.M. no constituía novedad ni misterio para su amado.

Rosamundo bajó nuevamente la mirada hacia la carta y sorprendentemente, todo el rostro se le contrajo en una mueca dolorosa, encorvó la espalda sobre el pecho, dejó caer la cabeza y se dobló como un muñeco de trapo.

Joselinda casi lloró.

Pasaron de largo.

A la salida, cuando atravesaban el vestíbulo luego de recoger sus carteras, vino Rosamundo.

Es otro Rosamundo. Los hematomas en la piel invisibles y el hermoso rostro casi irreconocible bajo la máscara blanca del mimo. Pero su porte ha cambiado. Los hombros que unas horas antes caían hacia adelante, ahora lucen una mayor firmeza. Sus movimientos, plenos de determinación. Se inclinó ante ellas con una gran reverencia a lo

Marcel Marceaux, ¡hasta calzaba guantes blancos! Se llevó a la nariz un ramillete imaginario de flores, las olió con gran ostentación poniendo los ojos en blanco y luego las presentó a Joselinda quien, fascinada, ejecutó la mímica de cogerlas y olerlas a su vez antes de estrecharlas, metafóricamente, contra su pecho. A continuación, con un ademán impetuoso y sin decir palabra, Rosamundo cogió a Joselinda por la cintura y apretándola contra su cuerpo, caminó con ella y salieron los tres al exterior. Luego del primer estupor, el talle rendido y las rodillas licuadas, a Joselinda no le queda más remedio que estrecharse contra ese otro cuerpo para no caer. Medraba aún cierta blandura en él, pero Joselinda intuía que aquello era transitorio. Sabía que la debilidad que desmadejaba también sus propios miembros podía encontrar apoyo en aquellos otros delgados, elásticos.

Macarena se despidió con una seña y una media sonrisa entre divertida y cómplice, y cogió el primer taxi que dobló por la esquina.

Rosamundo y Joselinda caminaron en silencio. Mirándose a los ojos. El cuerpo de Joselinda clamaba, ardía, dolía por Rosamundo y a medida que progresaba el debilitamiento, la firmeza creciente del cuerpo de Rosamundo lo sostiene y al mismo tiempo reclámale más energía. Como si del cuerpo de ella absorbiera todo el vigor que momento a momento crece en él. Cuando Joselinda cree no poder seguir soportando el dolor del deseo y la fatiga, llegaron a unas escaleras de madera infinitas. Rosamundo la asistió hasta el último escalón, y termina subiéndola en vilo pues las rodillas de Joselinda ya no la sostienen.

En la buhardilla, la boca de Rosamundo liberó su boca luego del primer beso abisal, insondable, y Joselinda susurró: "Te Quiero Mucho". "Lo sé", dijo él simplemente.

Rosamundo hablaba por primera vez. Y no habló más durante las horas que siguieron inmensurables como las estrellas, infinitas como el Espacio... De cuando en cuando susurraba algo en el oído de Joselinda, pero no eran palabras sino miel que destilaba en sus sentidos, penetrándola, como su olor, como su virilidad que parecía no conocer reposo.

Segunda Parte. Convivencia

Capítulo I

Rosamundo ha conocido el cuerpo femenino.

Desde aquella primera vez en el desván, después del primer ímpetu que los hiciera desfallecer sobre el lecho vencidos por el deseo y la pasión, calmado el primer gran ardor, Joselinda y Rosamundo se contemplan, se tocan, se recorren, se acarician. Se conocen y reconocen. Se entregan, entran y salen del juego del amor, a veces juntos, al unísono, otras, el uno se sitúa fuera, desde su lado de la mesa y va tirando, cediendo sus propias cartas, las cartas que sabe que el otro necesita para completar su juego. Y finalmente, cuando el juego acaba, el vencedor es el vencido. Y luego al revés. Y así sucesivamente en las mil y una variantes del juego supremo. Nunca un juego es igual al anterior, nunca se da exactamente la misma combinación de cartas. El juego se va reinventando a sí mismo. Nunca deja de sorprenderlos.

Si el juego tiene reglas, Joselinda y Rosamundo las ignoran. Simplemente las descubren y van quedando ahí, desparramadas en el lecho, y no les conceden la menor importancia. No las coleccionan, no las archivan para su uso posterior. Confían plenamente y sólo en sí mismos.

Al cabo de un mes, Joselinda se ha mudado con algunas de sus pertenencias y su ropa de verano a la buhardilla de Rosamundo en la calle Santa Victoria; el resto de su bagaje fue acomodado en una pieza de guardar a la cual echó llave, cancelando algunos meses de arriendo anticipado. Temporalmente. No hablaron de plazos ni fechas. Ahora que se habían encontrado, sólo querían estar juntos la mayor parte del tiempo. Hacer el amor

envueltos en efluvios de jazmín y contemplar juntos la luna y las estrellas a través del tragaluz. Y hablar, de vez en cuando.

Sentada sobre el baúl de madera de patagua, Joselinda contempla a Rosamundo tallar un nuevo molino en el atardecer de su quinto día de convivencia. Repentinamente preguntó.

—¿No trabajas, Rosamundo? ¿Nunca has trabajado? —Rosamundo levantó la vista, sorprendido, y encontró la otra mirada de Joselinda. Penetrante cuando baja a tierra, cuando ve las cosas de este mundo o derecho a los ojos de las personas pareciera traspasarlas—. Quiero decir... Sé, sé que la artesanía también es trabajo, amén de arte. A lo que me refiero, Rosamundo, es si..., si a tu edad has trabajado alguna vez por dinero regular, un sueldo fijo, es decir..., si..., si has tenido un empleo en alguna ¿par...te?

La voz de Joselinda vacila, decrece hasta finalizar en un murmullo balbuciente. Sólo quiere saber un poco más de Rosamundo, cómo había sido su vida antes de encontrarla, conocer a esa persona, ese ser que de pronto había irrumpido para ocupar el centro de su propia existencia. No le interesa el trabajo en sí, o el dinero que hubo o no hubo ganado. Desarmada, echa una larga mirada circular. Sí, las estalagmitas...

—Soy abogado, Joselinda. Ejercí durante dos años.

Joselinda esperó. Esperó...

—No quieres hablar de aquello...

—No.

Joselinda se levantó del baúl y sentándose sobre un cojín frente a Rosamundo comenzó a separar prolijamente las virutas del serrín.

—Entiendo.

Cuando hubo terminado con el desecho acumulado hasta ese instante, dedicó los minutos siguientes a contemplar a Rosamundo.

La piel de Rosamundo mejora ostensiblemente. De los hematomas de color rojizo ha desaparecido la tumefacción y en su lugar sólo se ven algunas manchas de color pardo. Pronto desaparecerán también aquellas manchas y el rostro de Rosamundo lucirá

hermoso, como siempre lo fue. Al menos, a ella se lo parece. Tiene la piel clara y el cabello castaño oscuro. Un hermoso contraste. Con un esfuerzo considerable consiguió dominar el movimiento impulsivo de la mano que quiso alzarse y acariciar la mejilla amada. En su lugar, adoptó la posición del loto, entrelazó los dedos con los antebrazos apoyados sobre los muslos y fijó la vista sobre un punto en la pared por encima de la cabeza de Rosamundo. Comenzó a respirar haciendo pasar el aire por el arco del paladar... Repentinamente, la voz de éste la sacó de su disposición. Sin levantar la vista, Rosamundo recuperaba el habla.

–Traté. Durante los dos años siguientes a mi renuncia como abogado, traté. Fui junior, empleado de banco, cajero en un supermercado, mozo de restaurante, secretario de confianza de un ejecutivo, ayudante del asistente de un productor, tuve un puesto de frutas; entre otros...

Joselinda reanudó el sorteo de los desechos acumulados en los últimos minutos, con mayor parsimonia esta vez.

–No pude, Joselinda. Lo siento.

–Comprendo...

–Adonde fuera, debía hacer o decir cosas con las que no estaba de acuerdo o no compartía, o no sentía; empatizar, comulgar con Dios y con el Diablo... ¡Tú sabes!: 'relaciones interpersonales', 'clima laboral', 'actitud proactiva'... Mentir, mentir, mentir. ¡Yo!, que venía huyendo de la ment... –Rosamundo calló. El revuelo con que se paró a buscar la gubia de 1/8 no logró ocultar el rubor de sus mejillas.

–Toma, aquí tienes –el gesto casual con que Joselinda le alargó la herramienta sólo fue superado por el tono ligero, casi trivial de la pregunta–. ¿Cómo fue eso, Rosamundo?

–¡Ah, nada! No me hagas caso.

Rosamundo guardaba silencio por segunda vez. Joselinda tomó rápida nota, archivó ambos antecedentes en un cajón de su mente y prosiguió, como al desgaire.

–Es complicado esto de las relaciones interpersonales –mientras habla, Joselinda comienza a ordenar sobre el piso las pequeñas herramientas de su amado–. Sin ir más

lejos..., yo, no sé reírme de las personas, Rosamundo. No lo sé, ni quiero aprender. Reírse de los demás es de mediocres y toda mi vida he luchado por no caer en la mediocridad.

—¿Qué hacer, Joselinda? ¡Cómo hacer para sobrevivir, para no caer en la mediocridad, cuando estás forzado a relacionarte con personas en un círculo tan estrecho como el lugar de trabajo! —Rosamundo, dueño de sí ahora, tornó a cruzar las piernas sobre el piso.

—Pues..., lo que hiciste, Rosamundo. Cuando no la toleras, cuando todo tu ser se rebela..., es la hora de cambiar de lugar. Cuando la mediocridad se aferra al borde de tus faldas, tus pantalones y comienza a tirar hacia abajo, debes liberarte. Y buscar un buen lugar. Si no puedes cambiar el lugar, que el lugar no te cambie a ti.

—Eso suena a principio hermetista, Joselinda.

—Es posible, pero es más que eso. Los principios son sólo eso: principios. Finalmente se quedan en la letra y el rosacruz y el hermetista, el católico, el masón, el mahometano y el budista pegados en el gesto, en el rito y muy rara vez sus actos representan a sus principios. Y el rito es lo único sobre lo que terminan sosteniéndose, precariamente— una pausa breve, casi imperceptible y Joselinda continuó—. Sólo hay que escuchar al corazón, Rosamundo, él te dice cómo debes actuar.

—Bien, es lo que hice. Busqué y traté. ¡Y aquí me ves! Tallando molinos de viento...

—¡Rosamundo, no seas injusto contigo mismo! Tú y yo sabemos lo que eso significa. A más de ello es una ocupación, y una expresión de arte como cualquiera otra.

Cuando volvieron a callar, había caído el crepúsculo. Guardaron las herramientas, dispusieron de las virutas y el aserrín y bajaron. Enlazados por la cintura comenzaron la caminata diaria. Una vez acomodado el paso, las caderas en contacto movíanse en forma acompasada, al unísono. Ninguno buscaba apoyo en el otro, cada cual sostenía su propio peso. La perfección del ejercicio monocorde y el silencio compartido constituían una suerte de contemplación interior, un meditar en solitario y a la vez en compañía, un adentrarse en sí mismos sabiendo que no estaban solos, que se tenían el uno al otro.

Compartían la sensación de plenitud, en esos momentos, de dos medios círculos que se juntan y forman el círculo completo sin dejar de ser ellos mismos, con la seguridad de que en cualquier momento podían separarse y la unidad alcanzada no desaparecería. Eran uno y un tercero, a la vez. Como cuando hacían el amor y se perdían el uno en el otro, llegando a ser uno. ¿Quién era aquel tercero? ¿Ese 'uno otro' del cual formaban parte...? Acaso en ese 'uno otro' se encuentra el germen del hijo que vendrá como fruto del amor de los cuerpos físicos y de la unión de dos almas. Fruto que al nacer y llegar a 'ser' sobre la Tierra devendrá, una vez más, en el alma universal, que no hace diferencia entre cuerpo masculino y cuerpo femenino, una suerte de androginia virtual... Así se cerraba, una vez más, el círculo.

Cogidos de la cintura, van por las calles desiertas sin importar la hora. Como acontece con los puros, nada ni nadie se interpone en su camino. Las calles parecen ir limpiando sus aceras de extraviados, aquellos seres que no han encontrado su centro en sí mismos y su lugar en este mundo. Si hubo prostitutas o rateros, travestis o drogadictos, violadores, asesinos, todos desaparecen del entorno inmediato de la pareja tan pronto ésta dobla una esquina o escoge casualmente alguno de los senderos del parque Almagro. La noche se hace blanca, las sombras irradian luz, enmudecen los ruidos y el aire hasta entonces saturado de monóxido de carbono se torna límpido a su paso. Los álamos, inmóviles y silenciosos, semejan estatuas. Al paso de los amantes, el mundo se detiene.

Joselinda y Rosamundo se entregan a la caminata con algo de místico y de sensual al mismo tiempo. Después del paseo, cada noche, hacen el amor. Rosamundo, a sus treinta y un años, recupera con vero ahínco el tiempo perdido. Joselinda, en el esplendor de su madurez atemporal, entrega la plenitud de sus poderes: un corazón íntegro, el cuerpo elástico y afinado por la gimnasia y la natación que practica dos veces en la semana, su organismo libre de toxinas gracias a la comida sana y a la ausencia de fármacos; la experiencia de un primer amor vivido en plenitud. A veces la urgencia les impide alcanzar el desván. La caminata acompañada, el cadencioso movimiento de las caderas, el contacto estrecho, el leve frotamiento, la intensidad de las miradas encienden sus venas

durante el regreso. Ganados por la pasión y el deseo, ya no les queda otro recurso que poseerse al pie de las escaleras, o en alguno de sus descansos, enardecidos por el riesgo de ser sorprendidos, riendo sus risas sofocadas como niños cómplices en medio de una travesura.

Capítulo II

El hombrecito verde irrumpe sobre el cristal del semáforo con su paso elástico y decenas de pies humanos lo emulan sobre el paso de cebra. En el cruce de Alameda Bernardo O'Higgins frente a la Universidad de Chile, se trata de alcanzar la vereda opuesta cruzando ambas vías y el bandejón central antes que la avalancha de vehículos detenidos reinicie la marcha, una serpenteando hacia el oriente, la segunda hacia el poniente. Joselinda no es arrastrada por la avalancha humana, más bien se siente parte de las fuerzas vivas que en uno o dos enviones trasladan a esta legión de oficinistas, secretarias, estafetas, algún ejecutivo de plana menor, comerciantes y empleados de tienda, desde la calle San Diego hacia Bandera y el paseo Ahumada.

Pertenencia... Joselinda, el tranco acompasado al desplazamiento de la masa humana, experimenta un sentimiento de pertenencia, como si ella misma constituyera una célula viva de este gran cuerpo colectivo. Con la prisa bajo estricto control, ve las caras reconcentradas en esta epopeya de alcanzar a diario la vereda norte y siente un cosquilleo sospechosamente parecido al orgullo en el centro del pecho. Cada quien va a lo suyo y todos juntos en la misma dirección. Detenidos en el bandejón central esperan al próximo hombrecito verde en silencio, la vista fija en el semáforo. Un calorcillo pegajoso reemplaza al cosquilleo en el pecho de Joselinda. ¡Qué pueblo! Disciplinado, paciente. Incólume. Impávido ante los revolcones que le propina la Historia. ¡Adelante, siempre adelante! ¡Qué de gobernantes se quisieran un pueblo como éste! ¿Cuál es la esencia de este espíritu común que sobrevive en la esperanza? ¿De dónde proviene? ¿Dónde encuentra sus raíces? Al fin y al cabo, el chileno es uno de los pueblos que exhiben los rasgos menos distintivos de una identidad nacional propia. Habiendo crecido de espaldas a sus tradiciones vernáculas, los propios miembros de la clase dirigente y amante de la 'cultura', que siempre repudió a la 'indiada' y se

autoproclamaron ‘los ingleses’ de América, luchan en los últimos tiempos por reinventárselas desde que las tradiciones indígenas comenzaron a ser revaloradas por la civilización occidental europea; e insisten en fabricarse una identidad ficticia alrededor de los develamientos e intuiciones que provienen del extranjero, cuando aquellos rasgos ya han perdido todo vestigio o gran parte de su autenticidad. Puesto que todo lo que proviene del extranjero es ley incuestionable para este chileno carente de identidad; y si lo nacional o lo vernáculo no ha sido reconocido antes, no existe, ha dejado de tener relevancia. Por tanto, influencia, y todo lo que se logre a partir de ahí no pasa de ser una impostación, un remedo de cultura, un ‘producto’ de exportación, el ‘anzuelo’ para el consumo turístico, a fin de cuentas.

No obstante el *colectivo*, el pueblo, la masa anónima, indiferente a este desvelo, se conforma con tan poco. Un recital de música nacional o extranjera en la Quinta Vergara o algún estadio al aire libre y se transforma en un perrito al que le soban orejas y panza: brinca y ladra de alegría, se pone patas arriba, vuelve a pararse en sus cuatro, menea la cola y se restriega contra la pierna; sin distinción de clases sociales. Devuelve con creces la caricia. Es lo que el artista, con su sensibilidad e intuición soberanas, logra hacer sin gran esfuerzo: acariciar el lomo y sobarle la panza al monstruo.

Devuelve con creces la caricia... Tal vez sea éste su gran secreto: sólo desea ser amado. Porque él mismo tiene mucho amor que entregar. ¿Será por esta razón que el pueblo en Santiago de Chile respeta y protege su Metro? Por una vez, ha recibido algo digno y responde con igual dignidad.

El hombrecito verde, comandante en jefe de todas las guarniciones de circulación peatonal, da la orden y la milicia se mueve como un solo hombre. Joselinda alcanza por fin el paseo Ahumada y se alinea con aquellos que enfilan hacia la calle Moneda.

El cruce de la Alameda ha pasado a constituir algo así como un ejercicio espiritual para Joselinda. Desde que adquirió la costumbre de tomar –a la inversa del recorrido que hace hoy– la salida norte en Estación Moneda del Metro y atravesándola sobre la superficie hacia el sur, recorrer la Avenida Bulnes hasta la Importadora. Al principio,

sólo por caminar, mover las piernas un par de metros adicionales. Conviviendo ahora con Rosamundo en Santa Victoria, y habiendo dejado la Importadora sin dedicarle un segundo pensamiento, recorre a tranco deportivo las cinco o seis cuadras desde San Isidro hasta San Diego para embarcarse en este objeto-símbolo de sentimientos encontrados, mezcla de amor y odio nacidos de la necesidad diaria de transporte urbano: el microbús amarillo. Pero en el interior de éste, nadie dice nada. Después de todo, barquinazos, frenadas en seco y arremetidas del acelerador son pretextos inapreciables para endurecer bíceps y cuádriceps y perfeccionar el don del equilibrio bípedo. Y para fortalecer e inmunizar los pulmones, nada mejor que el desvío de los gases de escape hacia la cabina mezclados con el olor de la bencina o el petróleo...

Joselinda aterriza al fin ante las puertas de acero del elevador que la llevará al cuarto piso, oficinas de la Financiera. Y el sentimiento del colectivo que la ha dominado disminuye a la par que suben los números rojos en el panel interior, y junto con abrirse las puertas al destino inmediato, algo indefinible en su pecho termina por cerrarse.

Ilusorio... Nada perturba la atmósfera ilusoria de la Corporación de Finanzas en este cuarto piso abierto, subdividido mediante paneles de un metro y medio de altura en cubículos, recodos, pasillos, como una maqueta sin techo a escala del cien por cien, talmente..., una casita atestada de Barbies y Kens. Despachos de secretarías, como el suyo, carecen de tabique frontal y puertas. Abierto a los espacios de circulación, la irrealidad se cuelga y enseñorea alrededor de Joselinda tan pronto cuelga su bolso en el perchero. En este mundo financiero Joselinda experimenta, por primera vez en su vida laboral, un sentimiento no sólo de inutilidad —en apariencia está ahí sólo para contestar el teléfono, cuando suena—, sino de falta de contención, no ser contenida, no ser parte de un todo indefinible que no sabría distinguir si es coincidencia de un objetivo común, intereses o sentimientos afines, similitud de edades (todo el mundo se ve extremadamente joven) o todos a la vez. No sabe qué hacer con su tiempo y le disgusta ganarse el dinero haciendo nada. Sentada enfrente del computador, espera infructuosamente instrucciones, el correo electrónico le está, en apariencia, vedado; la

correspondencia en papel no existe; todo el mundo a su alrededor está o aparenta estar ocupado haciendo algo. Un velo indefinible de misterio compartido flota a su alrededor, pero no la roza. Se siente excluida. Autoexcluida, más bien...

Pantalones... Encaramada en el andamiaje alrededor del Alto Horno No 1 de la Siderúrgica en compañía del ingeniero, un alemán trasplantado en medio de la Segunda Guerra, viste por primera vez pantalones en el trabajo. No los usa en la oficina —ninguna mujer los usaba entonces— para realizar su trabajo: llevar el control de las tres mil órdenes de compras de importación en proceso y redactar su correspondencia de activación o seguimiento: memorandos amarillos y los telexes RUSH RUSH RUSH en papel verde. La mayor parte de estos últimos, los telexes, urgiendo el despacho aéreo de la próxima pieza del Segundo Alto Horno en construcción; otros, un repuesto esencial para prevenir o reparar desperfectos en el Laminador de Barras, en el Semi-Continuo o el Desbastador, en la Acería Siemens Martin, el Convertidor Bessemer o la Coquería, o, en el mismo 1er. Alto Horno. El envío de algún repuesto rezagado de una orden ya archivada, para la Bodega de Mantenimiento de la Compañía de Acero los primeros, los memos amarillos. Aferrada ahora a la barandilla aquí en la altura a fin de no perder el equilibrio contra el viento de la bahía San Vicente, aprecia a simple vista las dimensiones colosales del O Ring que habrá de ser despachado con urgencia desde la fábrica en los Estados Unidos en los próximos días. ¿Entraría en el compartimiento de carga de una máquina de transporte aéreo?... El corazón de la joven ayudante de Compras en el Extranjero late con frenesí al contemplar la magnitud de las piezas que hasta ahora sólo conocía en forma de ítems repartidos sobre el papel de órdenes de compra colocadas en las oficinas de la Compañía en Londres o en Nueva York...

“¡Hola! ¿Cómo estuvo tu fin de semana?”.

Joselinda es arrancada de la evocación por la voz clara, bien modulada, de una jovencita delgada, de cabello castaño claro, quien, sin esperar respuesta a la pregunta, se lanza a relatar a la secretaria del despacho adjunto la salida nocturna del último sábado. Joselinda reprime un bostezo...

Planos... Planos de construcción, planos de detalle... Doblada la cintura sobre el plano extendido que cubre todo el escritorio en la oficina de la Constructora chilena en calle Abumada, un teléfono en cada oreja, escucha por el auricular izquierdo la consulta en español del dibujante y la transmite en inglés

por el micrófono del derecho al ingeniero norteamericano en terreno. La ampliación del sistema de correas transportadoras de Codelco en los minerales de cobre de Chuquicamata y Exótica está dando mucho que hacer, y son muchas las consultas que a diario van y vienen entre la oficina de ingeniería subcontratada por la Constructora en Santiago y el contratista principal, la firma norteamericana instalada en terreno... La vista fija sobre la pieza reproducida con líneas azules en la copia del plano de construcción, la secretaria técnica bilingüe siente cómo la excitación recorre su cuerpo, tenso de adrenalina, y eriza el vello sobre su piel; con el aliento casi suspendido y los nervios bajo control, su voz pausada transmite preguntas y respuestas entre el dibujante chileno del plano de detalle y el ingeniero de la Hewitt Robins, un alemán casado con mujer hindú. Cuando finalmente cuelga ambos auriculares, se sienta ante la máquina de escribir y, con un suspiro de satisfacción y un sentimiento de bienestar en el centro del pecho, reanuda la traducción del Ammendment más reciente introducido en el contrato durante el último meeting en la ciudad de Nueva York...

"Oye..., estuvo el Miguelo". Como un destello de realidad pura a oídos de Joselinda, la voz juvenil prosigue tras la pausa significativa, "Oye..., ¡qué atractivo es el Miguelo!".

¡'Atractiivo'! Súbitamente despierta, Joselinda examina a la joven. El tono de la voz, la mirada, el aliento inalterado de esta jovencita de Barrio El Golf para arriba, educada para refrenar sus sentimientos, su conducta presumiblemente controlada aún en día sábado por la noche, nada..., ¡nada revela la conmoción que el cantante chileno de ascendencia siria, Miguelo, provoca en las mujeres!

Joselinda se vuelve con prontitud y sacude la cabeza, incrédula aún, ante esta otra evocación.

¡Miguelo!... Feria del Disco en Providencia... Ella sale y Miguelo entra, pasa por su lado casi rozándola: camisa blanca entreabierta, el pecho moreno erguido, casi desafiante de macho joven, cubierto de vello oscuro, dientes blanquísimos irradiando confianza en sí mismo, ojos oscuros de un brillo casi impúdico, y cierta despreocupada inconsciencia de aquella sexualidad densa, potente. Poseedor inocente de esas feromonas ingobernables que golpean casi con brutalidad a la hembra desprevenida: ¡una verdadera descarga eléctrica! Como un garrotazo en la cabeza, o un golpe en la boca del estómago, la ha dejado mareada, vacilante y sin respiración...

Al escalofrío que zigzaguea ahora a todo lo largo de su espina dorsal lo barre un suave ramalazo de nostalgia por la suavidad, la ternura de Rosamundo, ese su hacer el amor como una liturgia... La punzada ardiente en el bajo vientre la hace mirar el reloj: *nueve horas todavía ¡con todos sus minutos, segundos y fracciones! Y luego está el ensayo de la pantomima..., y el paseo... A lo mejor podría ¿negociar un adelanto...?* Joselinda cree no poder soportar la espera.

¡¡Riiiiing!! Bien..., al menos el teléfono está sonando en medio de este páramo desierto.

Capítulo III

Al llegar a la buhardilla en Santa Victoria Joselinda encontró a Rosamundo sumido en la lectura.

Cuando Rosamundo apareció en el barrio, los librereros de viejo de Plaza Almagro no pudieron dejar de apreciar aquel espíritu fino y sensitivo encerrado en el estuche, precario a primera vista, del joven artesano. Había comenzado por leer de pie ante los puestos párrafos y capítulos de su interés, hasta que uno de ellos le autorizó para llevarse el libro a casa bajo el compromiso de devolverlo al día siguiente. Con el tiempo, el plazo se fue alargando y ensanchándose el círculo del mecenazgo. Plaza Almagro pasó a ser la biblioteca pública privada de Rosamundo.

Joselinda no tuvo motivos para barruntar en Rosamundo a un lector voraz puesto que, aparte de los escasos muebles, el altillo no contenía más que los molinitos de viento y sus románticas, inverosímiles estalagmitas de serrín. Los libros de lectura adolescente y juvenil, ¡y todos aquéllos de su formación profesional!, habían quedado atrás, en la casa paterna.

Conmovida, besó al amado en la frente. No escapó a su atención el velo de tristeza sobre su rostro y la mirada brillante y húmeda, pero no dijo nada y se tendió a su lado.

–¡Joselinda, me han prestado EL PRIMER HOMBRE de Camus! Es un libro póstumo, recién publicado... Nuevo y con olor a tinta ¡no sé cómo pudo llegarles en este estado de virginidad...! –Tampoco escapó a Joselinda la ronquedad subyacente bajo el tono levemente falseado.

El libro en manos de Rosamundo lucía marcas y anotaciones profusas en los cuatro márgenes de una gran porción de sus hojas, y sobre la hoja de cortesía algunos listados de números de página bajo sendos encabezamientos, todo en lápiz de grafito muy tenue.

Bien que la mayor parte de las anotaciones se concentraban en las secciones HOJAS SUELTAS y NOTAS Y PROYECTOS DEL AUTOR, todos textos no desarrollados o apenas insinuados por el escritor, aunque sí incluidos en el cuerpo de esta edición *post mortem* de un manuscrito inconcluso. Las cuatro orillas de estas HOJAS y NOTAS desbordaban de referencias cruzadas inscritas por Rosamundo, llamando con los números de página respectivos a los temas y estableciendo conexiones entre ellos.

–Rosamundo, ¡por Dios! ¿No es prestado...?

El joven se levantó y extrajo desde bajo dos frazadas de algodón almacenadas en la repisa superior del ropero, un rimero de blocks de notas de diferentes tamaños repletos con la caligrafía atropellada, por tramos desmañada de Rosamundo, y un archivador Torre ahíto de fotocopias. Tras una breve inspección de su contenido, Joselinda tuvo un súbito vislumbre de una media docena de gomas de borrar desparramadas por el desván en los lugares más insólitos y una perforadora de papeles incongruente en el cajón de la mesita de noche, enigmas que no hubo ocasión de descifrar hasta hoy. Seducida desde su arribo a la buhardilla por la visión poética de estalagmitas, nunca halló el momento para ocuparse o indagar sobre la existencia pedestre de aquellos artículos.

–Ahora entiendo, Rosamundo. Después de traspasar estas anotaciones al block en uso o fotocopiar las páginas con tus marcas y observaciones, borras hasta el último rastro de tus huellas sobre el libro...

Rosamundo rió su risa suave, ligeramente bronca, esa risa que se hundía, inefable, en el corazón de Joselinda como un cuchillo caldeado en un pan de mantequilla. Pero el velo tornó a opacar el rostro del joven, de rodillas ahora en el piso sosteniendo el libro abierto con ambos antebrazos apoyados sobre el borde de la cama.

–Escucha, Joselinda... Todo está en las NOTAS, en las NOTAS Y PROYECTOS y en las HOJAS SUELTAS: todos los destellos de intuición, vislumbres que Camus no alcanzó a desarrollar. Aquí está..., ¡todo! –la voz viril se quebró en este punto y Rosamundo sepultó el rostro entre las sábanas. Cuando los hombros comenzaron a sacudirse y el primer estertor gutural surgió desde aquel pecho masculino desplomado sobre el lecho, Joselinda retiró

con presteza el libro y cogiendo el rostro del amado entre sus manos lo cubrió de besos. La voz deliciosamente enronquecida de Rosamundo articuló junto a su oído: "Hoy..., hoy estuve con mi madre". La mujer tiró del hombre sobre la cama y lo acunó contra su pecho, como a un niño.

El amor y la pantomima quedaron en el olvido. Al menos, por el día presente con su atardecer y gran parte de la noche. Tampoco hubo paseo.

Sendas tazas de café muy cargado humean entre los amantes, sentados en el lecho frente a frente con las piernas cruzadas, sobre sus espaldas las dos frazadas extraídas del ropero. Noche de luna llena. Apagaron la luz exactamente a las diez y un resplandor de plata inundó la alcoba. La colcha de piqué níveo semeja un valle lunar, ellos un par de jóvenes exploradores acampando sobre la cara oculta de la luna, circundados por una cadena montañosa de estalagmitas.

Rosamundo habló tres horas sin parar. Y hablaría dos horas aún, y en esta confesión sólo saldría a luz su verdad a medias. Joselinda escuchó sin abrir los labios. Y supo de su niñez de familia acomodada, de su educación en el colegio San Ignacio, la mansión en La Dehesa y las vacaciones familiares con una veintena de primos vecinos en las residencias de Zapallar, junto a la niñas de mano, cocineras, el jardinero, y las dos nanas de Rosamundo quienes sólo debían ocuparse de mantener a los cinco hermanos bajo vigilancia y de atender a sus necesidades. En algún momento mencionó el nombre de sus padres y el suyo propio, como a la pasada, y la profesión compartida y heredada. Pero sobre todo supo de la Pilarcita García-Vinueza, su madre, casi al final del relato.

“De pequeño solía ir al bufete de mis padres. Cautivado por el bureau de mi padre, Diego Gore (entre paréntesis, también mi nombre verdadero, Joselinda: Diego Ernesto Gore García-Vinueza). Una estancia enorme. Su extensión real centuplicada a mis ojos de niño, la oficina de mi padre encerraba un mundo de sensaciones... El sofá de piel marrón de dimensiones colosales, solía quedarme dormido allí hundido en uno de sus extremos... El brillo de la plata en los portarretratos, repartidos entre la base de la

biblioteca de encina y la cubierta del escritorio... El caleidoscopio dorado del whiskey a través del cristal cortado de las copas cuando mi padre atendía a alguno de sus clientes, por lo común algún miembro de la elite financiera o aristocrática de Santiago aposentado con propiedad sobre uno de los dos sitios de roble y cuero... El parquet lustroso del piso y las murallas revestidas de óleos y enmarcaciones de pátina dorada entre majestuosos cortinajes de brocatel...

"Pero sobre todo, me complacía contemplar a mi padre dictar sus causas a la secretaria con ese tono ampuloso, grandilocuente –según lo rememoro hoy–, tan adecuadamente suyo. Su figura imponente –a mis ojos de niño– surcaba la estancia de un lado al otro, el paso ceremonioso, escogiendo cuidadosamente cada palabra. Cuando mi padre comenzaba a dictar, un silencio solemne dominaba de inmediato los espacios. Secretarías y el estafeta-procurador desplazándose algo así como sobre suelas de goma, la puerta de acceso a la máquina fotocopidora cerrada con sigilo, el aire detenido.

La voz calla, el brillo en los ojos declina y la tristeza entrelaza sus finos hilos con la nostalgia sobre el rostro de Rosamundo.

"En contraste con la oficina de mi padre, mi madre llevaba la representación legal de derechos de autor en una salita pequeña, en medio de enchapes de madera de eucalipto repartidos entre el escritorio y las estanterías y dos sillas con asiento de vinilo sobre un piso de tablas lustradas. Cortinajes simples de raso opaco de color amarillo ocre y algunos grabados cubiertos con vidrio común, junto a las fotografías familiares.

"Enmarcadas en madera aglomerada, o en plata, mis fotografías y aquellas de mis hermanos tutelaban el quehacer de mis padres abogados: allí estaban la última Navidad familiar, la graduación de Cuarto Medio del Patito, la Primera Comuni3n de la Pilarcita chica, los Quince Años de la Pacita, la alocuci3n de Octavo B3sico del Nachito en el Auditorium del San Ignacio, la última toma fotogr3fica en la playa de los cinco hermanos junto a las nanas con el océano Pacífico de fondo... Y el intercambio de los rostros de estudio de nuestros padres, la una sobre el escritorio de mi padre, el otro al costado de la computadora de mi madre, junto al daguerrotipo de los abuelos respectivos.

"Mi espíritu soñador y mis aptitudes artísticas de niño fueron cediendo ante la voluntad del adolescente e inclinándose hacia la profesión de mis padres. No existía otra alternativa, la nuestra es familia de profesiones liberales, cualesquiera otras potencialidades fueron relegadas a la hora del ocio —que no la había en la práctica, cada hora estaba programada para el colegio, el estudio, los deportes, la actividad social; si hubo alguna inclinación hacia las artes, ésta fue normada y encauzada hacia la hora del esparcimiento—. Y entre la sencilla oficina de mi madre y el bureau espléndido de mi padre, este último acabó perfilándose con mayor nitidez en el horizonte de mis sueños de futuro profesional. Yo, ¿sería un Abogado de prestigio como mi padre y tendría mi propio bufete!

"El bufete Gore, García-Huidobro y Ovalle disponía de sendas oficinas para el *senior* asociado, el junior o *trainee*, y el simplemente protegido. El bureau de García-Huidobro, el abogado *senior* asociado, al final del pasillo del mismo lado y muy similar en todo al de mi padre dejaba de por medio una vasta sala de reuniones, donde se firmaban los contratos y se citaba a los testigos para la ceremonia de la firma, entre otros usos. Enfrente, en una oficina más pequeña aunque similar a la de mi madre, ejercía su cargo de *trainee* asociado Gustavo Ovalle, un abogado joven cuya función se desarrollaba la mayor parte del tiempo en los Tribunales; llegaba por lo general a eso de las 17 horas al bufete y permanecía allí cuando los *seniors* y el personal administrativo ya se habían retirado.

"Entre esta última oficina y la de mi madre, una tercera en todo similar a ellas, ejercía Piñera. Piñera era un tipo bonachón, obeso, de familia prominente aunque toda su apariencia personal, sus modales y la extracción de clase media a media-baja de su clientela, proclamaban la mediocridad de sus logros profesionales y sociales. A todas luces, constituía parte minoritaria del bufete debido al apellido y la familia, por lo que podría ser catalogado como 'protegido' de su misma clase. Su nombre no estaba inscrito en letras de bronce, como aquéllos de los otros tres abogados —excluida mi madre—, sobre la enorme placa de cobre envejecido que dominaba el dintel superior de la puerta

de entrada. La esposa y la hija de 15 años que le visitaban con frecuencia, de alguna manera tampoco lucían como mi madre o mis hermanas; podría decirse que los tres carecían de clase, de distinción, sin mencionar la disciplina familiar.

"¿Por qué el nombre de mi madre no formaba parte de la sociedad? No sabría decirlo. Acaso por razones pragmáticas de orden financiero. En caso de quiebra de la sociedad, todos los pasivos y activos de mi padre, estarían a nombre de mi madre y no podrían ser embargados, es una posibilidad. No tuve tiempo de saberlo. Familias como la nuestra desarrollan múltiples y complejas formas de previsión y autoprotección, jamás pierden como consecuencia de algún revés económico o de una recesión a nivel nacional o mundial. Tampoco hubo tiempo de indagar en otras formas de previsión financiera de mi padre, de origen judío, como la acumulación de divisas o el oro simplemente. Su enlace con mi madre, la Pilarcita García-Vinuesa, miembro de la alta burguesía chilena sin una gota de sangre judía en sus venas, le concedió el status social necesario para desarrollar su profesión y encauzar su vida dentro del círculo más elevado y cerrado de la sociedad chilena. De lo que sí estoy seguro es que se amaban. Mi madre se refería a él cariñosamente como "el Gore" y él jamás se dirigió a ella con otro apelativo que el de "Pilarcita". Cada día del año arribaban juntos, a las nueve clavadas, al bufete aunque en autos separados pues mi madre se retiraba pasado el mediodía luego de haber compartido con él un *sandwich* en la oficina grande o un almuerzo en el Club. En la oficina de mi padre, compartía también mi madre, ocasionalmente, un emparedado vegetariano con alguna de sus amigas cuando 'Gore' se encontraba ausente, retrepadas ambas en puras medias, los zapatos a los pies del gran sofá de cuero.

La tristeza, que había ido cediendo ante la animación del relato, volvió para instalarse y ya no abandonaría el rostro de Rosamundo.

"Joselinda..., el libro de Camus ha re-traído a mi mirada de hombre adulto lo que mis ojos de niño o adolescente, más tarde universitario y joven profesional, y aún hasta ahora, no supieron ver. La figura de mi madre con respecto a la de mi padre siempre fue, a nuestros ojos, secundaria, en todo sentido. En ningún caso subordinada, por lo

contrario. En familias como la nuestra la matriarca es quien determina el orden familiar, la disciplina, sin dejar de ser esencialmente femenina y maternal. El hombre que no acata este orden ya puede dar por perdido el rumbo de su vida sobre la Tierra, es lo que sostiene la estructura familiar de nuestra clase, de nuestra sociedad.

“Lo que fue secundario en mi madre fue el ejercicio de la profesión. En el tiempo que mi padre empleaba en dictar uno solo de sus exhortos, mi madre había despachado toda la correspondencia del día, llenaba cinco formularios de derecho de patente, entregaba la lista de mercadería de dos páginas y media a la secretaria para traspasar al Jumbo, atendía dos o tres clientes, había coordinado la cita con el dentista de los dos hijos intermedios, se incautaba de la próxima reunión de padres y apoderados y coordinaba con la secretaria y el procurador tres citas y dos presentaciones al Tribunal para el día siguiente.

“Joselinda, escucha. Antes... Desde que sellé mis labios, desde el día en que callé para siempre, he visto, he oído cosas que nunca antes vi, que no escuché.

“Cuando salí de mi casa y conocí otras realidades, pude observar que igual cosa, sólo que en escalas diferentes, sucede en los niveles medio y bajo, sólo que en estos últimos, sobre todo en el bajo, predomina el machismo a lo mero bruto y la familia termina desestructurada. Finalmente aquí, es la mujer la que saca a los hijos adelante, si ya no cuenta con el marido-padre ella sigue con paso firme, la vista al frente, sin perder su objetivo. En familias como la mía, nuestras madres son asistidas por un ejército de sirvientes, y aun así son ellas quienes manejan los hilos de todo este tinglado sin dejar escapar ninguno de sus múltiples extremos. La mujer de la clase media a lo sumo podrá contar con una asistente del hogar a tiempo completo o medio tiempo y cuando ésta falla asume toda la responsabilidad ella misma, por lo general. Ni hablar de aquellas que nunca pudieron pagarle a nadie. Sólo cuentan con sus propias madres, las abuelas. Como la madre, como la abuela de Camus en su libro.

“Pero lo que yo no vi, Joselinda, Camus lo dice con todas sus letras. O tuvo la intención de hacerlo. Está sólo en sus notas: ¡Mira! ¡Ve! Página 286 en el anexo NOTAS Y PROYECTOS: *el asno ciego* –la madre, la abuela–, Joselinda ¡Y aquí, en la página 279: *Ella* –la

madre—, *semejante a lo mejor...*, él —Camus—, *lanzado a todas las locuras de la historia*; ella —la madre—, *atravesando la misma historia...* Él —Camus—, *hablando sin cesar...*, *lo que ella —la madre— podía decir con uno solo de sus silencios...* Camus está, en apariencia, hablando de su propia madre, Joselinda; de él mismo y de la madre, pobre y casi analfabeta, ensimismada en su mutismo, mirando por la ventana sin ver. Pero lo que hace es hablar de todas las madres del mundo. Y al hablar de todas las madres del mundo, está hablando también de todos los hombres, los seres anónimos, los “miserables” que habitan la Tierra, los que mueven y hacen que el Mundo se mueva —el *asno ciego*, el asno ciego que da vueltas y vueltas a la noria tras la zanahoria colgada frente a su nariz, la zanahoria que puede presentir, oler, pero nunca alcanzar—. Él, Camus, es el Primer Hombre! ¡Él lo vio! ¡Y yo..., yo..., yo veo que el asno ciego no sólo está en las clases bajas, en los po... po... pobres!. ¡El asno ciego atraviesa tooodas, to... todas las clases... so... so... sociales...

Rosamundo pierde el aliento, se atropella, termina balbuceando y finalmente calla, exhausto. Joselinda lo arriesgó todo en su primera pregunta en las últimas tres o cuatro horas.

—Rosamundo ¿por qué razón dejaste tu casa y abandonaste tu profesión?

La pregunta quedó flotando en el silencio lunar. Al cabo de largos minutos se escuchó la voz cansada de Rosamundo.

—Ésa..., es otra historia, Joselinda. Otro día te contaré, ¿ppuedo? Ahora..., mme duele la ggarganta.

De espaldas sobre el lecho y la mirada largamente perdida en las estrellas que comenzaban a palidecer más allá del tragaluz, Joselinda, su mano izquierda descansando en la palma de la mano derecha de Rosamundo, alcanzó a murmurar antes que el agotamiento la despachara de un envión a la inconsciencia del sueño, a eso de las cuatro de la mañana: "Mi amor, llevaré a fotocopiar las páginas del libro con tus notas mañana. Ahuummm... Lo dejaré en Dimacofi durante mi hora de colación..., ahuummm..., y pasaré a retirarlo a la salida de la oficina. Tú, debes avanzar en la pantomima."

Rosamundo apretó levemente su mano en señal de conformidad, extenuado, por un lado, y porque sus cuerdas vocales, largamente en desuso, resentían el abuso al que habían sido sometidas durante las últimas horas.

Capítulo IV

Después del desaguizado de Miguel Venegas en la Importadora, Rosamundo ha comenzado a retirarse de plaza Almagro a las 13 horas. Joselinda y Rosamundo recuperan la plaza para ellos, en sus salidas vespertinas la han limpiado, purificado y la han dejado prístina, sólo para ellos.

En las horas previas al regreso de Joselinda de la Financiera, Rosamundo trabaja su personaje de pantomima. En los meses durante los cuales conoció y se fue enamorando de Joselinda, en la soledad de su cuarto ha practicado frente al espejo y perfilado el inicio de la rutina. Ahora perfecciona el acto segundo y avanza en la conclusión de la obra.

Rosamundo nunca había escrito un libro por sí mismo, sólo los leía. Ni hablar de dramaturgia. Cuando el personaje llegó en el sueño con su rostro pintado de blanco y en su mente comenzó a incubar el tema relacionándolo con su arte de tallar molinos de viento, supo de inmediato que sólo podía ser representado a través de la mímica. Sin tener idea cómo inventar una trama, se lanzó de cabeza a recopilar información sobre Marcel Marceau y la pantomima. Las palabras y respuestas del mimo excelso a la entrevista del diario *Le Monde* le confirmaron que iba por el camino correcto: P. (Pregunta): *Estamos inmersos en una generación del ruido. ¿Sus silencios se escuchan?* R. (Respuesta): "(mi silencio)...no es un silencio, son los gritos del silencio". P.: *¿Hay algo que no se pueda expresar sin palabras?* R.: "La mentira... Con las palabras se puede ocultar todo". P.: *Su personaje Bip tiene 50 años. Defínalo.* R.: "Es un don Quijote que se bate con los molinos de la vida actual..." (A la vista de este nombre, el corazón de Rosamundo dio un brinco: "¡Ecco! Pero, este Quijote se bate contra sus propios molinos: los demonios internos...").

Al comenzar a elaborar su rutina, Rosamundo se agenció una malla blanca de ballet, de cuerpo entero, desechada en el Ballet de Santiago por encontrarse en mal estado. Las

costuras rotas y puntos idos remendados, junto a unas zapatillas sin puntera y un par de guantes blancos igualmente desechados por raídos, constituyeron el primer vestuario del mimo. A medida que Rosamundo aprendía sobre el arte de la comedia fue creando y agregando uno a uno los elementos de la escenografía y nuevos accesorios a la vestimenta y caracterización. Con la tela de un traje de lamée plateado de la tienda de ropa usada cortó e hilvanó coraza, calzas y perneras para proteger el pecho, vientre y muslos del caballero andante. Confeccionó un yelmo de cartulina plateada, muy brillante, al cual pegó un copihue rojo en papel de seda, emulando la flor del sombrero del personaje de Marceau. A modo de cabalgadura, una cabeza de caballo de palo (del juguete de niños) recogida en el vertedero a la cual clavó un palo de escoba. Y una espada de madera que se llevó del desván del abuelo García-Vinuesa quien jugaba al Combate Naval de Iquique cuando niño, vestido de marinerito. Para luchar con los molinos de viento, Rosamundo concibe la brillante idea de utilizar sus propios molinos en miniatura: un ventilador conectado tras ellos los hará girar. En seguida se lanza a luchar contra ellos...

Joselinda se ha enamorado de la idea y colabora en la preparación de la obra. Dejándose guiar por la literatura recopilada por Rosamundo sobre el arte de la comedia, intenta escribir una narración. Pero finalmente resuelven que la pantomima será indefectiblemente muda, como debe ser, abierta a la imaginación de todo público que podrá interpretarla de acuerdo a su propia edad cronológica y mental, psicológica y espiritual. Dedicar, entonces, sus esfuerzos a ensamblar la pista musical: HAROLDO EN ITALIA, el poema sinfónico de Héctor Berlioz, será su real aporte personal.

Joselinda no tiene la menor duda que, no sólo la música sino también el personaje romántico y marginal, Harold, del poeta Lord Byron que inspirara a Berlioz esta composición, están en perfecta sintonía con el tono de la creación e interpretación mímica y anímica de Rosamundo. De modo que dedica muchas horas a escuchar sus cuatro movimientos, hasta que finalmente logra cronometrar y sincronizarlos con las distintas escenas de la rutina de Rosamundo. Sin embargo deja fuera, en principio, el

movimiento segundo (“Marcha de los Peregrinos”) por considerarlo irrelevante o no concordante con la filosofía subyacente a la creación de su amado. Con una técnica muy rudimentaria, inventada por ella misma, anota y registra en una libreta los tiempos, la entrada de los instrumentos que representan a los personajes o a los estados de ánimo (de contemplativo a exultante) y las correspondientes marcas numeradas en el pequeño visor del reproductor de discos compactos.

De todas las versiones que revisa, Joselinda selecciona aquella de la Orquesta Sinfónica de Montreal, conducida por Charles Dutoit, por dos razones: el lirismo sublime alcanzado por la viola de Pinchas Zukerman en su personaje de Haroldo, a lo largo de toda la obra; y el tempo y brío electrizantes del motivo de los campesinos al inicio del tercer movimiento, el que utilizará para la embestida de Rosamundo contra los molinos de viento, montado en su caballo de palo.

También compra de primera mano la malla de ballet del mimo y hace confeccionar la ‘armadura’ y el ‘yelmo’, de modo que no luzca como un mimo pobre, remendado. Le confiere su dignidad al personaje de Rosamundo. Y se ha traído de la pieza de guardar el ventilador, los parlantes y el reproductor de discos con visor incorporado. A las protestas de Rosamundo opone la inutilidad de todo sentimiento de humillación, puesto que “yo..., ¡espero recuperar mi inversión en el espectáculo!”.

Cuando la obra estuvo terminada Rosamundo y Joselinda supieron que había que someterla a lo menos una vez, completa, al juicio del público antes de salir a la calle.

La casona en la que Rosamundo ocupa el altillo había sido ampliada en forma progresiva mediante una construcción de madera de dos pisos al fondo del patio, la cual terminó cerrándose en U, dejando en el centro una suerte de parterre embaldosado y abierto al cielo. Las piezas y minúsculos departamentos de arriendo se abren a la luz de este patio central a través de una infinitud de ventanitas con vidrios de treinta centímetros por lado; su intimidad protegida por una variedad igualmente infinita de cortinillas de velo liso, encaje, blondas, calados, bolillo, puntillas. A todo lo largo del

segundo piso corre una galería techada que da entrada a las piezas de arriba. La ampliación, que nunca terminaba de estar lista, jamás recibió una capa de pintura y la madera luce una superficie gris uniforme confiriéndole a todo el conjunto el hechizo de las cosas gastadas por el paso del tiempo. Sobre las baldosas, aquí y allá maceteros con alguna mata siempre-verde y geranios blancos y rojos; en el centro una vieja bañera de fierro enlozado con patas de león bronceas, entre cuyos flancos desconchados flotan algunas plantas acuáticas. En un rincón, un escaño desvencijado.

Joselinda no conoce este patio embrujado puesto que al desván se llega por la escala interminable en el vestíbulo de entrada. Por este último se ve gente ir y venir hacia y desde la puerta de calle. Rosamundo conocía del patio puesto que le fue mostrado cuando tocó el timbre en respuesta al aviso pegado en la ventana: PIEZAS Y DEPARTAMENTOS EN RENTA. Pero habiéndose prendado en el último minuto de la buhardilla desocupada, no volvió a visitar el parterre. Tampoco fue necesario —él no habló jamás—; y la casera hizo saber discretamente a sus inquilinos de la discapacidad del nuevo arrendatario. Explicación que estuvo de sobra, de todos modos. Al regresar de sus ocupaciones, los inquilinos no hablaban entre ellos.

En vista del renombre de su amado, Joselinda resuelve acordar con la dueña de casa y organizar personalmente la representación. A su llegada a la casona habíase presentado ante ella como pareja oficial de Rosamundo y ofrecido pagarle un tercio adicional por el alquiler de la buhardilla, lo que fue muy bien recibido. Obtenida la autorización para ocupar el parterre, distribuye de inmediato entre los inquilinos tarjetas de invitación a un “espectáculo gratuito” para la tarde del sábado siguiente. Se sugería a los asistentes llevar sus sillas y alinearlas a lo largo de la galería superior y bajo ella. Y se les exhortaba a manifestar libremente y de viva voz su aprobación o reparos.

Entre aquélla y estos últimos, el pre estreno deja en evidencia una necesidad primordial: bambalinas. Rosamundo ha debido ocultarse tras el enorme Manto de Eva para calzarse la armadura, proporcionando un valor agregado, aunque inesperado, a la diversión del público...

Es el último sábado primaveral. Se viene el verano y la fecha de estreno de la pantomima. Habrá que recorrer la ciudad de Santiago en busca de un lugar, plaza o parque, con mucha concurrencia de público y adecuado para la representación.

Joselinda saca cuentas alegres. Calcula que al finalizar el verano, habrá recuperado con creces su inversión inicial. Con este buen negocio en prospecto, amenaza obsequiar a Rosamundo su propio reproductor de CD's a manera de regalo navideño atrasado. Rosamundo, indignado, le exige el 'divorcio' a voz en cuello, a lo que Joselinda grita desde el pasillo rumbo al baño común en el primer piso que le es imposible otorgárselo puesto que no están casados. Acaban riendo a gritos y haciendo el amor en la bañera modernizada de la vieja casona en Santa Victoria, en medio de una danza alucinante de azulejos blancos y negros.

La casera, dama de familia acomodada y venida a menos, respetable en su digna pobreza actual, espera a Rosamundo a la salida de la sala de baño y le solicita "haga el favor de desocupar el desván a la mayor brevedad posible". El pintor del piso bajo en el parterre, alumno de tercer año del Bellas Artes, se desliza como puede por el pasillo a sus espaldas rumbo a la salida con tres telas, enormes como murales, mientras les guiña un ojo a espaldas de la casera y desaparece por la puerta de calle silbando festivamente "*La vie en rose*"...

Rosamundo promete, compungido, que no volverá a ocurrir.

Paralizada, enmudecida, la dama contempla a la pareja remontar las escaleras hacia el desván, enlazados por la cintura, susurrándose ternezas al oído. Cinco minutos redondos le toma a su conciencia absorber la noción de que ha escuchado por primera vez en tres años la risa de Rosamundo tras la puerta cerrada del baño, y luego su voz seductora bajo el dintel dando explicaciones. Sacudiendo la melena encanecida enfila rumbo a sus aposentos, a cavilar sobre los milagros del amor...

Tercera parte. La pantomima

Capítulo I

En este tercer domingo del mes de enero, a poco más de tres semanas de iniciadas las vacaciones del verano escolar, la plaza Caupolicán –entrada al Zoológico Metropolitano al pie del cerro San Cristóbal– hierve de niños de entre tres y doce años de edad, llevados de la mano por sus padres. A las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana, algunos ya de vuelta de la visita a los animales; la mayoría de ellos, de paso hacia las boleterías. Macarena Larraín, adelantada en quince minutos a la cita con su amiga Joselinda, desciende del Charade azul metálico acabado de estacionar en calle Domínica, trepa las gradas de hormigón y enfila por entre los puestos de bisutería situados en el borde sur de la plaza, hacia la ancha entrada principal. Desde esta pequeña elevación avizora el carro del algodón sobre el triángulo empedrado entre la escalinata y el cruce en ángulo recto de las calles Constitución y Pío Nono. La boca se le hace agua... Con paso vivo desciende nuevamente al nivel de la calle, dirigiéndose al carro a la máxima velocidad que le permiten el cuerpo algo rollizo y la exigua longitud de sus piernas, y pide un algodón de azúcar. El hombre del carrito pedalea por su vida en forma regular y sostenida. Macarena contempla con fascinación el resultado sorprendente de este pedaleo trascendental: una nube rosada se esponja, envolviendo el palito de madera que el hombre arrastra por la mezcla de azúcar y jarabe del color de las frambuesas en el fondo del tambor que gira y gira al ritmo del pedaleo. El olor dulzón se le mete por la nariz y Macarena se ve a sí misma algunas décadas hacia atrás en el tiempo, niña

maravillada ante el acto de magia. Sus carrillos, astringidos, duelen y salivan ante la fantasía acaramelada en rosa que se diluirá en la boca con la misma rapidez y facilidad con que se ha formado.

Pagó y se fue pellizcando el algodón, introduciéndolo en pequeñas cuotas dentro de su boca. Al ingresar nuevamente al recinto, un niño de unos ocho años viene a estrellarse contra su costado haciéndola tambalear, y casi casi pierde su algodón de azúcar. Farfulló por lo bajo una maldición, jurando mentalmente que de haber sucedido, le habría incrustado el palo entre las costillas al rapazuelo... Rió finalmente ante la falacia de su propio exabrupto y se volvió a contemplar al chico. Éste sigue corriendo alrededor del nodo central de la plaza, embistiendo cuanto encuentra a su paso en el afán de concentrar la energía eólica que hace girar las aspas de papel de aluminio multicolor de un remolino de viento, prendido a un palito de madera igual al de su propio algodón.

Fue en ese preciso instante que llegaron a la plaza Joselinda y Rosamundo, cargados con un extraño arsenal. Sin mirar a ningún lado y en forma muy discreta se dirigieron directamente a la parte central del nodo. Treparon al cantero con los tres árboles de quillay. Colgaron entre los dos de la izquierda un gran bastidor de palos de maqueta y tela de trevira y prontamente desaparecieron en su interior, con cajas y bolsos misteriosos y un gran espejo de cuerpo entero. De allí salen y entran disponiendo los molinitos de madera de Rosamundo sobre el asiento de piedra, un ventilador detrás de estos últimos, parlantes y reproductor de CD's sobre el pedestal de hormigón del basurero a la izquierda, y el espejo que han apoyado contra el tronco de la gran lagunaria en el centro mismo del nodo; por último, un gran sol de cartulina amarilla queda colgando de la rama más cercana y sobresaliente del tercer árbol de quillay. El chico del remolino de papel metálico se ha quedado suspendido ante la hilera de molinitos de madera y no se moverá de allí, congelado en el hechizo, hasta que Rosamundo haya finalizado su pantomima.

Macarena, quien se ha ido acercando lentamente hacia la periferia de esta curiosa escenografía, saluda con un gesto de la mano a sus amigos y luego se las arregla para ocupar lugar en primera fila, en un extremo de la herradura formada por el pequeño público que comienza a aglomerarse alrededor. Joselinda y Rosamundo atisban desde la abertura del bastidor.

Cuando se han reunido alrededor de quince a veinte personas, Joselinda se para en actitud sutilmente reservada enfrente del público, dando la espalda al bastidor, y anuncia con un pequeño y discreto ceremonial la presentación de un espectáculo de pantomima. Explica brevemente, dirigiéndose a los niños, qué es y qué hace un mimo. El espectáculo se divide en tres partes, advierte al público, con sólo uno o dos minutos de intervalo entre ellas.

Rosamundo se ha deslizado discretamente a su espalda y toma silenciosamente su posición. Joselinda, finalizada la presentación, toma su lugar junto al reproductor de CD's. Comienzan a oírse los primeros compases, muy suaves, de la fuga que abre el primer movimiento ("Haroldo en las montañas") de HAROLDO EN ITALIA. Rosamundo, tendido ahora en el espacio entre los quillayes y la lagunaria, comienza el acto vestido solamente con la malla blanca de ballet y un gorrito de algodón del mismo color, con la palabra Bebé bordada sobre la frente. Enrollado sobre sí mismo en el suelo con los ojos cerrados, en posición del feto dentro del útero materno, deja pasar los primeros 90 segundos de la fuga, totalmente inmóvil. Cuando las maderas introducen el tema de Haroldo en el minuto 1 y 33 segundos, Rosamundo comienza a desenrollarse con lentitud. Luego se retuerce simulando el trabajo de parto y gradualmente toma la posición del alumbramiento, la cabeza en dirección al sol de cartulina que cuelga del árbol de quillay. Siempre siguiendo el desarrollo melódico del tema de Haroldo, se arrastra lentamente sobre su espalda hacia el astro solar sacando un brazo de una abertura imaginaria, luego el otro hasta sacar todo el cuerpo, los ojos cerrados aún. El ataque de toda orquesta y la fanfarria triunfal de los bronces, a los 2 minutos y 26 segundos, marcan la llegada del personaje-bebé al mundo.

A medida que comienza a sentarse en el suelo, girando hasta enfrenar al sol, Rosamundo abre lentamente los ojos y los cierra de inmediato como encandilado. En los segundos siguientes, los abre y cierra con exageración hasta acostumbrar la vista a la luminosidad solar imaginaria. A continuación gatea un trecho, siempre en dirección al sol, el cual contempla maravillado, y comienza a ponerse en pie, vacilando mucho sobre sus piernas al comienzo, con algo de seguridad a medida que avanza el espectáculo. En el minuto 4:03, las primeras notas de la viola de Berlioz/Zukerman comienzan a describir el errante deambular del héroe romántico Haroldo por los montes Abruzzos en Italia, en meditativa contemplación de la naturaleza. Rosamundo, aquí en la plaza, se mueve en torno al sol y en forma gradual va tomando conciencia del mundo que lo rodea, ve los árboles, las gentes, las casas cercanas, el cielo y las nubes, los pájaros. Mediante gestos moderadamente exagerados demuestra su admiración y el amor que va creciendo en su pecho hacia todo lo que ve. La viola de Zukerman arremete dos minutos más tarde en el punto más lírico del deambular de Haroldo/Rosamundo por el mundo recién descubierto. Han transcurrido alrededor de siete minutos de la rutina de Rosamundo. De pronto, éste se queda paralizado ante el espejo al descubrir su propia imagen y la serie de molinillos de viento que se encuentra a su espalda. Se mira y reconoce su imagen en el cristal, se toca a sí mismo y toca la imagen en el espejo. Toca los molinos en el espejo y mira alrededor de sí mismo, pero no encuentra a los objetos fuera de éste. La viola emite notas inquisitivas (minuto 8) y Rosamundo se aleja unos pasos del espejo, gira y ve los molinos que estuvieron a su espalda... En ese momento, el ventilador comienza a hacer girar los molinos y Rosamundo retrocede, aterrorizado. Alza las manos como si los molinos se le vinieran encima, intenta defenderse, y finalmente, con el ataque renovado de la orquesta en un álgido minuto 9 corre y se oculta en el interior del bastidor. Fin del primer acto (minuto 10).

En el segundo acto, de menor duración que el anterior, Rosamundo aparece con yelmo y armadura montado sobre brioso caballo de palo. Se toca el pecho con la mano izquierda empuñada y levanta su espada de madera en dirección a los molinos. Irrumpe

en Plaza Caupolicán la vibrante galopa del oboe –secundada por el flautín piccolo–, instrumentos introducidos por Berlioz en el inicio del tercer movimiento (“Sérénade”) para emular la gaita montañesa de los aldeanos en los Abruzzos. Al compás electrizante de las maderas comandadas por Dutoit en estos primeros 30 segundos, Rosamundo se lanza al galope. La pista musical mezclada por Joselinda salta de inmediato al golpe de los platillos y el fortissimo de percusión que introduce el cuarto movimiento (“Orgía de los Bandidos”). Al ritmo del staccato replicado sabiamente en la pista de manera de sostener el pulso, Rosamundo desarrolla una breve aunque complicada batalla contra los molinos de viento; escena en la que comienzan a alternarse el motivo de los bandidos y las notas dolientes de la viola/Haroldo. Finalmente, tras haber derribado uno o dos molinos, es abatido por éstos y, arrojado de su montura, vuelve a ocultarse tras bambalinas, herido y maltrecho. Se escuchan las últimas notas desalentadas, casi agónicas de la viola de Haroldo tomadas de los últimos dos minutos del tercer movimiento, como el gemido lastimero de un animal sangrante y derrotado.

En el tercer y último acto, Rosamundo vuelve a la carga en una rutina dramática y silenciosa, sin el fondo musical de HAROLDO EN ITALIA. Primero se cae del caballo (renuncia al bastón o las muletas, llámense éstos religión, política, fraternidades de distinta índole, etc.). Luego se va despojando, o se le van cayendo, primero la coraza de los pies (caminar descalzo), en seguida las perneras (con igual sentido y renunciar, más que nada, a las direcciones predeterminadas, encontrar el propio camino), y luego las calzas (domino del instinto sexual, reforzar la voluntad). Al aproximarse el final de la rutina, se desprende el yelmo (no obedecer sólo a la razón)... Y, finalmente, la coraza del pecho, en donde luce ahora un gran corazón rojo pegado con velcro a la malla (abrir el corazón, atender a los sentimientos, a las emociones). Al final queda desnudo –en su malla blanca de ballet– tal como vino al mundo y termina volteando los molinos con sus manos desnudas. Cuando el último yace en el piso, derrotado, Rosamundo coge el copihue rojo que han escondido previamente entre las ramas de la lagunaria y lo inserta en el gorrito de franela. Ha completado su ciclo sobre esta Tierra, venciendo no sólo los

obstáculos que ha encontrado en su camino, sino al enemigo que lleva dentro de sí mismo.

Finalizada la gesta, agotado aunque victorioso el héroe se enrolla nuevamente sobre sí mismo en el suelo y regresa al útero materno (paterno en este caso, Dios o el Universo, que es de donde su parte divina proviene) envolviéndose en una tela azul cielo con estrellas blancas. (Rosamundo se ha robado la bandera de los EE.UU. frente al parque Forestal, ¡ni todos los sistemas de seguridad de la Embajada han podido impedirlo!, y le ha recortado la parte estrellada para esta escena...). Lo último que se escucha es el motivo de Haroldo nuevamente, en la viola de Zukerman.

La doble lectura de la pantomima mantiene electrizados a grandes y chicos por igual. Los niños quieren ver a Rosamundo vencer a los molinos y los padres se sienten reivindicados con cada molino que éste voltea, visualizando batallas imaginarias y supuestos enemigos externos... Los niños ríen al verle perder una a una sus armaduras, algunos padres entienden medianamente el significado de estos despojamientos. Las madres guardan un silencio meditativo. El chico del remolino multicolor tironea ahora con frenesí la manga del padre, quien se le ha unido en la hipnosis contemplativa, y demanda con voz chillona un molinito de madera.

Al término de la función todos los niños quieren comprar al menos uno, y los padres rehúsan recibir el cambio. Rosamundo inserta especialmente para los primeros, un palito en la base del molino para sostenerlo como a los remolinos de papel metálico y las aspas comienzan a girar a impulsos del viento, al igual que aquéllos.

Rosamundo y Joselinda esperan unos tres cuartos de hora a la salida del Zoológico a que se junten más padres con sus niños y repiten la función. Algunos padres arrojan monedas o un billete dentro del yelmo que Rosamundo ha colocado boca arriba, pero la mayoría de los niños prefiere comprar los molinos de viento.

Entre la primera y la segunda representación, Macarena, quien debe esperar el término de la segunda para retrepar el cerro con sus amigos, resuelve comprarse un mote

con huesillos. Cuando se dispone a paladear la bebida refrescante, se queda repentinamente inmóvil, con la cuchara y el huesillo a medio camino en el aire... Ha visto cómo el espectador que intentó todo el tiempo mantenerse oculto entre los puestos de bisuterías y el enorme ceibo, desaparece rápidamente por el costado de este último. Macarena reacciona e intenta seguirle, pero al rodear el ceibo ya no se ve a nadie, sólo queda flotando en el aire la estela del *eau de parfum* varonil, costoso y exclusivo, que se diluye por calle Constitución en dirección a Fernando Márquez de la Plata.

Capítulo II

El hombre que subió al BMW y comenzó a remontar la avenida Santa María bordeando la orilla norte del río Mapocho hacia el oriente, no es el mismo hombre que ha salido de su casa en La Dehesa a las 9:30 de esta mañana de verano. Zarandeado por un huracán de sentimientos, cuya intensidad desconocía hasta hoy, hizo algo que nunca antes había hecho: al llegar al puente Pedro de Valdivia montó sobre la vereda de peatones y aparcó el coche sobre la gravilla, a la orilla del césped. Cruzó a pie la calzada del puente, ingresó en el Parque de las Esculturas y caminó hasta la ribera del río. Y se quedó ahí, sin saber qué hacer, mirando correr las aguas de color marrón.

Algunas gaviotas picotean sobre el lecho empedrado del río, allí donde el escaso caudal de estío sembraba los restos putrefactos de aquello que las gentes habían tirado durante todos los meses anteriores al curso del Mapocho o del canal San Carlos que desemboca algunas decenas de metros más arriba. Sobre la orilla opuesta, a la sombra del sauce mayor, dos muchachas estudiantes tendidas boca abajo sobre el pasto, se cuentan sus cosas del amor en esta tercera semana de vacaciones. Un Cocker Spaniel americano de pelo negro y rizado tironea de su cadena por el sendero de tierra; cada cierto trecho logra convencer a su ama y ejerce su derecho a olisquear al pie de algún escaño o tronco de árbol, ceremonia a la que sigue la ineluctable levantada de pata. Sentados uno al lado del otro, muy juntos sobre el escaño al costado del sauce menor, una pareja de jóvenes bien vestidos con ropas de buena calidad, pantalón de casimir Príncipe de Gales, camisa cien por ciento algodón mercerizado y suéter de lana merino con rombos, sobrepuesto, con las mangas anudadas en torno al cuello, sostiene un *tête-a-tête* íntimo y coloquial. Emanan de ellos una cierta confiada ternura y preocupación por el otro, sin llegar al contacto físico.

Ninguno de estos cuadros penetra en la conciencia del hombre parado en la orilla opuesta, las escenas ruedan ante sus ojos como una película insulsa y carente de interés, sumido en el pensamiento y en el dolor con una desesperación muda, seca e impotente manando de la garganta sofocada, de las órbitas reseca, de la crispación de las manos empuñadas a los costados, del pecho estrangulado por eslabones invisibles, inexistentes, pero, ¡cómo aprietan! ¡Cómo duele!

¡Diego...! ¡Dieguito...! ¡Mi Diego! Y esa mujer...

Se lo habían contado. Al regreso de Zapallar en el estudio el primer lunes del mes. Luego, tras el segundo fin de semana de enero. Al tercero ya no pudo con la angustia, con la urgencia de saber, ver con sus propios ojos: Diego, *su* Diego, vestido de payaso, en la plaza pública, y acompañado de esa mujer, ¡una vieja!, a lo menos 10 a 15 años mayor que él..., le habían dicho.

El hombre se tapó la cara con ambas manos, presionó los párpados hasta casi hundir las yemas de los dedos en las cuencas. Aun así la imagen persistió, nítida en medio de la negrura: pollera de bambula desplanchada, larga hasta el tobillo, con un diseño caleidoscópico de rombos blancos y negros; polera negro pizarra, metida en la cintura, ¡con hombreras! y un absurdo –discreto, cierto, pero absurdo– logotipo de Montaña Sport impreso a la altura del corazón. Todo en fibra natural, cierto, seda, algodón. Sandalias de cuero, negras. Pelo castaño largo y ondulado hasta los hombros, sujeto en la frente con un pañuelo de lunares blancos sobre fondo negro, doblado y amarrado en la nuca...

¡Una gitana! ¡Una copia trasnochada de hippie de barrio alto!, por Dios, ¿es que eso no había pasado ya? A lo menos veinte, veinticinco años atrás...

Desde luego, la había hecho investigar. Uno de esos seres extraños, escapistas del sistema. Una vagabunda, al igual que su hijo, con uno que otro empleílllo irregular, pero vagabunda al fin. Que otra cosa puede ser, si no, una persona que carece de patrimonio, cuyo salario no alcanza para mantener una cuenta corriente, una línea de crédito generosa y una sólida tarjeta dorada, si es posible con incrustaciones de diamantes... Son

los pobres, los malditos de esta Tierra, dejados de la mano de Dios. Generoso con los justos, Yahvé siempre premia a los hijos de su pueblo con la abundancia de riquezas materiales. En toda sociedad, es posible ver claramente ¡quién está con Él y quién, no!

¡Y esa comedia absurda! ¡El disfraz ridículo! ¡Su hijo, su propio hijo pintado como un saltimbanqui! De seguro, toda esta fantochada era ‘su’ idea, de ella, no podía ser de otro modo, ¡Diego no podía haber caído tan bajo! Le habían hablado de la vagancia en los barrios de San Diego, de los molinos de viento en miniatura en Plaza Almagro, *de acuerdo, pero..., ¡jesto!!*

¡Que no lo sepa! ¡No, no! ¡Pilarcita no puede saberlo! Sería el fin, el golpe definitivo, la caída en picada de las defensas en contra del cáncer, después de tanto tratamiento, extirpaciones, quimioterapia... Al pensar en su mujer, Gore siente nuevamente el pecho atenazado, esta vez por una mezcla de dolor y ternura. ¡Qué de renunciadas! Raza, religión, todo lo dejó por Pilarcita García-Vinuesa, por amor, y para formar con ella una familia. Y de paso, entrar en el círculo más férreo de la sociedad chilena: una familia, felicidad, éxito, todo se lo debe a esta mujer. ¡Y luego, ¡qué de ilusiones forjadas y entretejidas en torno a los hijos, cuánto trabajo y dedicación, cuidados, disciplina! Si parece que fue ayer cuando la pesada puerta de roble no pareció lo bastante ancha para dejar pasar bajo el dintel el esponjado orgullo de los padres, escoltando a Dieguito, el mayor, hacia el interior del bufete..., con un brillante examen de graduación tras de sí, *summa cum laude*. Los mejores colegios, la mejor Universidad, docentes de selección... No había olvidado la gélida recepción de los empleados del bufete: el estafeta-procurador, la secretaria de recepción y dactilógrafa, la secretaria bilingüe de la Pilarcita, ninguno se adelantó a presentar sus felicitaciones, seis ojos vacuos en tres semblantes indiferentes... Pero el incidente no había dejado huellas en el ánimo exultante de los padres, sólo la sorpresa inicial, efímera e intrascendente. *¡Gentes!..., jamás entenderían.*

A Diego lo esperaban tres ofertas de consorcios, ansiosos por incorporarlo al *staff* legal corporativo. Pero no, la Universidad de Lovaina aguardaba también al flamante abogado. Y Dieguito partió a Europa. Dos largos años de ausencia. Estudios postgrado,

un master en Gestión Internacional de la Empresa, para comenzar. Entre unos y otros, los viajes por el continente, para empaparse de siglos de civilización europea: Francia, España, Inglaterra; Austria, Suiza y Alemania; ¡Italia!..., ¡Grecia! Y finalmente, el regreso. La espera en el aeropuerto internacional. Dieguito bajando del avión...

Pero, el Diego emergiendo de Policía Internacional, era..., 'otro' Diego.

Gore giró abruptamente sobre sus talones y regresó al vehículo. En lugar de seguir hacia el oriente, condujo sobre el puente Pedro de Valdivia, tomó la Avenida Andrés Bello de regreso al centro de la ciudad, dejó el BMW en el estacionamiento que utilizaba a diario y se internó a pie en la calle Agustinas. Una vez en su estudio, llenó un vaso de whisky hasta la mitad y se dejó caer en el sillón de cuero tras el escritorio.

Al completar sus estudios universitarios y egresar de la Pontificia Universidad Católica con su título de abogado, Dieguito, como lo llamaba la Pilarcita, era ya un joven seguro, asertivo, pleno de confianza en sí mismo, con un futuro deslumbrante enfrente y el éxito asegurado a perpetuidad. No obstante, al regresar de la Universidad de Lovaina, algo había cambiado en él. Había cumplido con los postgrados y el magister, de acuerdo, con excelencia, como siempre. Pero un cambio sutil se había operado en él, una transformación que no tenía nada que ver con la confianza en sí mismo, ni siquiera con su lado racional, sino con sus emociones. La sensibilidad la traía temblando en las aletas de la nariz al bajar del avión Lufthansa en el aeropuerto, fue lo primero que notó en él antes de abrazarlo a la salida de Policía Internacional. Y un aire de lejanía, de ausencia flotando en la superficie de su mirada honda, como vuelta hacia dentro. Sus ojos parecían haberse agrandado para contener tanta lejanía, tanta ausencia de este mundo. Si Diego padre lo miraba directo a los ojos, tratando de encontrar su mirada, de reiniciar aquel contacto visual afectivo que acostumbraba establecer con aquella que había sido su mirada franca, abierta, confiada, ahora sólo veía un par de pozos profundos, abiertos e inmensos, como siempre, pero en los cuales naufragaba sin encontrar de dónde asirse ni cómo arañar la orilla, tan sólo. En ocasiones persistía e intentaba penetrar, zambullirse

en esas aguas y llegar a esa base firme intuida desde fuera, pero se le escapaba. No es que el fondo fuera movedizo, o la mirada huidiza. Simplemente era demasiado profundo para su capacidad pulmonar.

Gore retomó el hilo interrumpido de su angustiada cavilación.

En Santiago esperaban ahora a Diego cinco ofertas de trabajo de los tres consorcios mayores establecidos en Santiago de Chile, los que habían seguido sus pasos desde el Colegio San Ignacio hasta la Pontificia Universidad Católica y que ahora sólo aguardaban su regreso de Lovaina para matricularlo en sus *staffs* de abogados corporativos. Sin embargo, a un paso de iniciar su carrera de abogado joven y brillante, Diego era otro.

¿Qué había sucedido en Europa? ¿Qué pasó en Bélgica?

Y luego, para rematar..., aquel otro incidente. El definitivo.

Gore se bebió el whisky en un solo envión y se paró a verter otro doble. Pero en lugar de regresar al sillón, anduvo pesadamente hacia la puerta de su oficina y se detuvo en el vano con la copa a medio camino hacia sus labios.

Enfrente suyo, ocupando exactamente la misma posición de 'aquel' día, los dos escritorios de las secretarías a izquierda y derecha con sus correspondientes consolas de computación adosadas a los muros laterales, y al fondo el mueble bajo de archivo a todo lo ancho del amplio ventanal, conformaban el área de Secretaría y Recepción. A su memoria regresaron con nitidez las figuras del estafeta-procurador de espaldas, concentrado entre el maletín y sus papeles sobre este mesón; y las dos secretarías, la suya al escritorio contestando una llamada telefónica, la de su mujer de perfil traduciendo directamente al computador algún trabajo de la Pilarcita.

Entre los escritorios y la puerta de su propia oficina, donde ahora se hallaba de pie, el vestíbulo de entrada.

Gore desvió la vista desde la gran puerta de roble hacia el centro de este espacio, y se obligó a reconstruir la escena.

Una escena que había querido sepultar en el fondo del olvido...

Acababan de despedir, García-Huidobro y él, al Dr. Popp, de la Colonia Integridad. De espaldas a la entrada, se habían detenido en el centro del vestíbulo, frente a las secretarías. Se escuchó a sí mismo decir a su asociado: “En realidad..., no tenemos por qué no creerle”. La respuesta de García-Huidobro, alguna frase oportuna de conformidad comenzada a elaborar en su mente, nunca la escuchó. En su lugar, la voz enronquecida de Diego. No habían percibido su ingreso, la enorme puerta de roble solía ser muy silenciosa, en ocasiones. Su hijo debió haberse cruzado con Popp entre la salida del ascensor y la entrada al bufete, el rostro del médico aparecía casi a diario en la prensa escrita y en los noticiarios televisivos transicionales a la democracia. Se habían destapado las verdaderas actividades de la Colonia germana y se comenzaba a investigar sus asociaciones ocultas con el régimen militar y sus mecanismos de represión, tortura y aniquilación.

El rostro de Gore se contrajo en una mueca involuntaria de dolor. Y perforando el zumbido en sus oídos, la voz de Diego atronó por segunda vez el vestíbulo —esta vez, en el hueco abombado de su mente—, revelando por fin la postura de su hijo frente al mundo, ‘su’ mundo, el mundo que habían compartido hasta entonces y del cual extraían a diario el cúmulo de bendiciones otorgado por designio divino a aquellos que se preparan, que se esfuerzan y laboran, sin desmayar jamás, para merecerlas.

“¡Padre! La Verdad es una sola. Desde el punto de vista que se la mire. La tortura, la violación, el asesinato, desde el punto de vista que se miren, ¡siguen siendo tortura, violación, asesinato!”

Gore sacudió la cabeza con violencia, en el intento fútil de arrojarlas de su mente, desprenderse de ese puñado de palabras, tras las cuales, su hijo había vuelto la espalda y cerrado la puerta para siempre tras de sí. Y se preguntó, por centésima vez...

¿Qué pasó en Bélgica?!

El hombre maduro, el espectador oculto de Plaza Caupolicán, vació la copa por segunda vez, retornó al escritorio de encina, y se dejó caer nuevamente en el sillón de cuero marrón. Su mirada se paseó con desmayo por la solemnidad del bureau, recorrió de arriba abajo los suntuosos cortinajes, apreció cada pintura dispuesta con exactitud simétrica sobre las paredes, las molduras recubiertas con pan de oro; acarició la piel del espacioso sofá y de las butacas; calibró la plata de las enmarcaciones sobre el escritorio; tintineó contra el cristal de la copa en su mano; y, finalmente se clavó en el archivero de seguridad cuyo interior resguardaba los expedientes de la clientela exclusiva y pudiente que el bufete había conquistado tras largos años de estoica disciplina y sostenido esfuerzo. Su mano soltó la copa que terminó volcándose sobre la alfombra cien por ciento lana de manufactura belga, y sepultó la cabeza entre los brazos: *¡Oh, hijo! ¡¡Diego!! ¡Éste es el mundo real, no ese tu reino ilusorio! ¡Ése..., tu mundo de molinitos de viento y espaditas de madera!*

Capítulo III

Ignorantes de esta tragedia privada, Joselinda y Rosamundo han terminado de liar y guardar sus bártulos en el pequeño Charade de Macarena. Juntos determinan servirse un refrigerio en uno de los locales de comida frente a la plaza Caupolicán. Nada dice Macarena sobre el espectador oculto, no tiene corazón para opacar la satisfacción de la pareja.

Joselinda no cabe en su pellejo. La sincronización de los diversos motivos musicales del poema sinfónico con cada una de las escenas de Rosamundo ha venido perfeccionándose con cada representación. Rosamundo ha aprendido a acortar o prolongar cada plano escénico en segundos a fin de hacerlos coincidir a cabalidad con aquéllos. El sentimiento evocado por la música, por su parte, ha revitalizado su actuación inyectándole una fuerza interpretativa que no deja de asombrarle. Comienza a desarrollar, por fin, un potencial artístico que ha permanecido oculto por años bajo el frío manto del razonamiento y la intelectualidad, por un lado, y el acondicionamiento espiritual-religioso, dogmático e intransable, por el otro.

Pero lo que infla el pecho de Joselinda, inundándolo con un calorcillo empalagoso, es el haber contribuido con su propia intuición y otorgado un valor agregado no sólo a la representación, sino a esta evolución en el arte de su amado y a su desarrollo espiritual. Los tres amigos coinciden que la elección de HAROLDO EN ITALIA ha sido un acierto, y Joselinda se da por pagada de los largos atardeceres observando la rutina de Rosamundo y el silencioso y aplicado apretar de teclas y botones, atrás y adelante, registro tras registro de los tempos, ensamblando pistas, en un trabajo artesanal totalmente

desconocido para ella, guiada sólo por su intuición y su voluntad. Y por el gran amor que siente por Rosamundo.

Macarena no puede dejar de observar que la rutina de Rosamundo, de alguna manera superpuesta a la música de Berlioz, a la idea del Childe Harold de Byron y al idealismo del hidalgo cervantino –como aquellos libros de cuentos en que láminas semitransparentes se superponen modificando o completando la escena anterior–, le sugiere la idea de un ballet sinfónico-dramático-literario. Los tres se miran asombrados, con una misma interrogante bailándoles en el cerebro: *¿estarán inventando un nuevo arte?*

Finalmente se echan a reír y Rosamundo epitomiza en una frase la despreocupación por la ‘identidad’ o ‘apelativo’ que pudieran definir a su arte: “Ya vendrán los críticos, tomarán sus huinchas de medir (como en la poesía, contarán tantas sílabas para el lado, tantas líneas para abajo) ¡y le pondrán algún nombre rimbombante!”.

Terminado el refrigerio, toman el Funicular para subir hasta la terraza Bellavista, al pie del Santuario de la Virgen de la Inmaculada Concepción en la cumbre del cerro.

Por los costados abiertos del carro desfila la vegetación nativa e introducida que puebla el cerro San Cristóbal. Rosamundo otea intencionadamente por sobre la verdura, buscando enfocar la vista en el techo de la estación Mapocho hacia el poniente, en un intento por sujetar las riendas del pensamiento que se le comienza a desprender del suelo que pisan los pies. En tanto Macarena comienza a ponerles al día.

Permanece aún en la Importadora, en espera de una mejor alternativa laboral desde la cual afianzar su emprendimiento privado. Comienzan a soplar vientos favorables para el negocio de las exportaciones y la producción de macramés y frivolidés va en aumento. Ha debido contratar y adiestrar a media decena de tejedoras adicionales. Las velas se hinchan y el barquichuelo de Macarena navega a toda velocidad enfilando derecho hacia el puerto seguro del éxito material.

Macarena, con su aguda inteligencia, reconoce en Joselinda y Rosamundo a esos personajes exóticos que produce la sociedad de cuando en vez. Mas, si bien los admira, una parte muy secreta de su ser resiente en ellos la originalidad, su independencia mental

y el arrojo que son las marcas del genio. Mas, el poder que ejerce la ‘estructuralidad’ que ha operado en ella desde la cuna es más fuerte, y aunque los apoyaba abiertamente – aplastando con determinación al gusano de la envidia–, se mantenía al mismo tiempo a respetable distancia a fin de no ser contaminada. Había elegido *su* propio camino, o así lo pensaba, y creía firmemente en él. Su parte rebelde empatizaba con ellos, pero era plenamente consciente que seguirlos significaba situarse al margen de la sociedad, alejarse del bienestar que este sistema neo-liberal –con todos los vientos a su favor, incluida una legislación laboral con la forma de un embudo de fauces gigantescas en un extremo y sub-dimensionado, híper miniaturizado en el extremo opuesto– ofrecía en bandeja a quien eligiera embarcarse en él.

Y ella no estaba dispuesta a renunciar a su tajada.

–Cuéntanos de la Importadora –sugiere Joselinda, enlazando la cintura de Rosamundo al descender del carro en la Estación Cumbre. Éste se guarda para sí cierta lasitud que ahora lucha por infiltrarse en su cuerpo luego de la tensión sostenida durante las dos representaciones previas, por el contrario endereza los hombros y rodea los de Joselinda con su brazo besándola en la frente. Estará bien relajarse con una pequeña charla intrascendente, piensa para sí en tanto lucha por re-enfocar la mirada sobre las cosas de este mundo. Es más, ninguna de las amigas, enfrascadas en el cotilleo, nota la extraña sombra en el fondo de sus ojos...

–Echeñique respiró por fin, después de tu renuncia. Más aún, como no tuvo costo alguno para la empresa se relajó por completo, ya que considera eliminado el peligro que representabas para él. Y ‘la peruana’ añadió la guinda a la torta del festejo.

–¿...?

Maca es algo copuchenta, aunque inofensiva y jamás cuenta nada que no sea cierto, no inventa patrañas ni urde intrigas. De modo que no puede resistir la tentación de contar el *affair* de Echeñique con la peruana. Casada con un piloto comercial, amigo y camarada del marido de la secretaria de Gerencia, llegó a ocupar la plaza vacante dejada por Joselinda. Liberal y desenfadada en usos y costumbres, en llegando se encaprichó

con su jefe. Aludiendo a la escasa estatura de Francisco Javier y a su agraciada compostura física, la peruana enuncia a quien quiera escucharla en la mesa del casino “me lo quito, me lo pongo, me lo quito, me lo pongo...”.

Joselinda, incómoda, escucha y calla. Y no puede evitar preguntarse de qué manera compatibilizaría su ex jefe una urdimbre amorosa extra-marital tan subida de temperatura con el empeño en que lo dejara al abandonar la Importadora: su jefe, padre de tres niñas, seguía al pie de la letra un plan prescrito por el médico para engendrar un hijo varón, plan que contemplaba una rutina exacta y racional que tenía que ver con temperaturas y días fértiles y relaciones sexuales, todo contabilizado al minuto. *O, bueno, quizás a causa de ello...*

Estas cavilaciones se vieron interrumpidas por la llegada de un personaje insólito. Sentados alrededor de la mesita de plástico blanco frente al mirador Bellavista, vieron acercarse la figura extraordinaria de este amor imposible de Macarena: el Pilo Bunster.

Joselinda no puede dejar de mirarlo con arrobó: una especie de dandy de la alta burguesía chilena. Y su mente tampoco puede desperdiciar la oportunidad de enfrascarse en sus acostumbradas elucubraciones.

Es un personaje único. Un despistado. No trabaja. Nadie sabe de qué exactamente vive. Parece no tener necesidad de ello (ganarse la vida). De elevada estatura, muy delgado, extremadamente delgado, parece vivir del aire: no come, no bebe (al menos en público). Muy derecho, sin embargo no es envarado, posee una curiosa distinción relajada, natural. Aun cuando toda su apariencia es ‘dandesca’, no hay el menor signo de afectación, ni pose alguna en su apariencia ni en su comportamiento. Es un ser ‘único’, sólo la clase alta chilena produce individuos así.

Como llegó se fue. A las excentricidades mencionadas, habría que agregar el don de la traslación. Así como llegan, materializándose de improviso, así se van, desvaneciéndose en el aire, dejando una suerte de bruma tras de sí, en medio de cuya nebulosidad sólo cabe preguntarse: *¿Es real? ¿Estuvo realmente aquí?*

—Pilo Bunster —alcanza a presentarlo Macarena, y ya se ha ido...

Joselinda sacude la cabeza. Piensa que ha alucinado durante los últimos minutos. Pero Macarena se encarga de aclarar y ordenarle las ideas.

Valentina ha muerto. Y ella le saca el jugo a la oportunidad. Discretamente se ha ido acercando, ha puesto todas sus cartas en el tornarse indispensable, imprescindible, en momentos en que todo ser humano necesita de un hombro, solidario y confiable...

Rosamundo ha escuchado apenas la conversación. Con aire definitivamente ausente sobre el rostro lavado del mimo, siente las palabras resbalar por el borde del oído sin que penetren su conciencia auditiva. Su mirada contempla indiferente el mercadeo mariano que sube y baja del cerro a bordo del Teleférico por el oriente y el Funicular por el poniente, entre el Santuario de la Virgen y Terraza Bellavista, en la cumbre. Las gentes entran y salen del bazar de los objetos milagrosos. Joselinda, al tiempo que continúa pendiente de la charla y los planes de su amiga, lo observa de soslayo encaminar sus pasos hacia el borde del mirador.

Allí abajo se extiende la ciudad de Santiago, ataviada con su manto diario de esmog, aun cuando sea la media-tarde de un glorioso domingo estival. La vista alcanza a distinguir la orilla norte de Avenida Matta. Más allá, un mar plomizo sin la línea del horizonte que separa al planeta Tierra del espacio que llamamos cielo. Este mar grisáceo y ficticio entra en perfecta sintonía con el ánimo contemplativo de Rosamundo y reinstala en su mente otro mar de aguas plomizas, en las antípodas del globo terráqueo hará... *¿cinco años?*

Pensando en su rutina dramática estrenada hacía escasamente tres sábados y un día al de hoy, y en la buena acogida por parte del público de Plaza Caupolicán, Rosamundo ejecuta la pantomima de quitarse el yelmo y con un gesto versallesco, se inclina sobre la ciudad en una reverencia profunda: *Por ti, Claudio. Por ti y para ti. Estés donde estés.*

Y su pensamiento, embarcado ya en el mar plomizo que flota sobre el Santiago de Chile, comienza a navegar rumbo al hemisferio opuesto de la Tierra, reeditando aquella otra travesía...

Capítulo IV

El estómago del transbordador va devorando lentamente la fila de vehículos que avanza sobre la rampla de abordaje. Una vez estacionado el Escarabajo de color verde botella en el lugar indicado por el acomodador de la naviera, el joven conductor se echa sobre el respaldo y se queda mirando largamente la tapa del libro sobre el asiento a su derecha. De pronto, desvía la vista con determinación, sacude la cabeza como para despojarse de alguna idea obsesiva y se dirige a la cubierta, dejando el libro encerrado en el vehículo. El rostro, de facciones delicadas, casi femenino en su belleza, refleja una mezcla incongruente de relajada anticipación y nervioso desasosiego. Bajo un cielo y sobre un mar grisáceos, el transbordador despega, se mueve con lentitud: inicia la corta travesía entre el puerto belga de Ostende y Dover en Inglaterra. Una travesía, sin embargo, nunca tan breve como para no alcanzar a cambiarle el rumbo a la vida de un joven que comienza recién a vivirla.

A Diego Gore García-Vinuesa no le absorbe el paisaje exterior. Más allá de la emoción de estar cruzando el Canal de la Mancha en su primera salida de Bélgica – habiendo despachado el master en Gestión Internacional de la Empresa en Lovaina con el tradicional *summa cum laude* que se le ha venido transformando casi en rutina–, y al encuentro del esperado baño de cultura europea en dos apretados meses de vacaciones estivales, lo que lucha por determinar la dirección de sus pensamientos y la orientación de su corazón en estos momentos, es el libro que ha dejado sobre el asiento del Escarabajo. Sobre cuya tapa relee mentalmente el título impreso en letras doradas: GENOVEVA DE BRABANTE. El nombre de su autor –Christoph von Schmid– retrotrae a su mente el resultado de sus investigaciones recientes: “...sacerdote católico de la Iglesia alemana,

educador, autor de numerosos libros para impartir la enseñanza de valores cristianos a los niños; su primer libro, una historia bíblica para niños, coincidió con la entrada del siglo XIX y respondió a su propósito original de obsequiar con lecturas a sus alumnos al finalizar las clases en la escuela de Tannhausen, de la cual había sido designado director en 1796; le siguieron numerosas otras historias que se centran principalmente en la ruptura de la felicidad de las gentes de bien, desdichas que finalmente son enmendadas y recompensadas con creces por Dios, logrando así el objetivo principal de su autor tendiente a despertar una inclinación piadosa real en sus jóvenes lectores. Considerada un compendio de piadosas máximas morales, recomendado especialmente a las madres, exhortándolas a impartir aquellos valores a sus hijos a través de su lectura, la historia de Genoveva fue profusamente traducida y editada en el devenir de los siglos por tierras cristianas...”. Toda esta información biográfica había permanecido, como es de esperar, ajena a la mente infantil de Diego cuando descubrió el pequeño volumen en la biblioteca de su madre y lo leyó de tapa a tapa durante un fin de semana. Días fortuitos en que quedaron solos al cuidado de los abuelos maternos y de la servidumbre debido a un matrimonio a cierta distancia de la casa paterna en Santiago.

A escondidas. Y continuó releyéndolo a escondidas por mucho tiempo. Un libro casi para niñas. Pero la cautivadora historia de Genoveva colonizó su mente infantil durante todo aquel verano y los dos siguientes: “...abandonada con su pequeño hijo en el bosque por la misericordia de los sirvientes que debían ejecutarlos en castigo a una supuesta infidelidad de su señora para con su amante esposo —el conde Sigifredo—, la heroína y el bebé sobreviven en base a frutos y raíces silvestres, y leche de sierva en el interior de una caverna por años; hasta que el esposo, en conocimiento finalmente de la calumnia y posteriores abusos y menoscabos en su patrimonio por parte de su mayordomo Golo, los encuentra y se los lleva nuevamente al castillo. Allí, los culpables serán castigados y Genoveva pasará el resto de su vida recibiendo a los pobres del condado y ensalzando las virtudes de la pobreza, describiendo cómo ella fue capaz de sobrevivir casi de la nada, jamás desesperó, hasta recibir al fin el premio a la fe inquebrantable en la bondad y en la justicia divinas...”.

Cuando el pequeño volumen le salió al encuentro nuevamente, esta vez en el tenderete de los ‘usados’, no resistió la tentación. Un libro casi olvidado, enmohecido entre los conocimientos adquiridos por el estudiante universitario. No ha escapado ni

por un segundo a la lucidez intelectual del joven Diego que, en Lovaina la Nueva, se encuentra dentro de los límites de la provincia de Brabante. De allí partió su heroína de la infancia, la joven duquesa Genoveva, recién desposada, hacia el condado de su esposo palatino en la región bañada por los ríos Rhin y Mosela en la Rhenania alemana. Cuya floresta iluminara su infancia llenando su imaginación de magia, y su corazón con delicados sentimientos de bondad y justicia. En verdad Dieguito niño nunca fue seducido por historias de aventuras, o de guerras. Y en lugar de los juegos de la guerra y de las armas, su infancia encontró refugio en rutinas silenciosas y solitarias, entre escenarios y animales recreados en su mente. Representábase a sí mismo —en el retiro del cuarto infantil— como el hijo de Genoveva, creciendo entre la naturaleza, cogiendo las flores y frutos silvestres que llevaba a su madre imaginaria, y persiguiendo y acariciando a la cierva, liebres, y todos aquellos seres que poblaban tan vívidamente su floresta quimérica. A Diego joven, se le revela ahora que estos juegos solitarios de su infancia preservaron su mundo interior y su verdadera naturaleza. Inmerso en ellos escapaba a las rígidas normas del comportamiento social y era libre, libre en ‘su’ mundo poblado de animales re-inventados en medio de esta naturaleza prístina, en la que intuía la presencia de dioses benevolentes. Libre. Libre del agobio, la opresión de los inciensos, las letanías y lo que más le escocía: las rodillas desnudas sobre la dureza del reclinitorio. Más que resistencia a la mayor o menor dureza de la madera, resentía la posición. Él prefería mirar a sus dioses de frente. De pie y la frentecilla en alto, discurría su accionar en el mundo natural. Algo en su interior le hacía discernir entre lo moralmente correcto y lo incorrecto, como no infligir daño a las criaturas inocentes, por ejemplo, o, no tronchar más flores que las que sabía gratificarían a su madre.

Puesto ahora en Lovaina, apenas terminado el segundo semestre académico, se había lanzado en busca de las bibliotecas públicas y las librerías de libros nuevos y usados. Fue en una de estas últimas donde se topó, sin tener plena conciencia de lo que buscaba, con una traducción española de mediados del siglo XIX de GENOVEVA DE BRABANTE. Quince años después de aquella primera lectura en el umbral de la pubertad,

sus ojos de mirada joven en pleno tránsito hacia la adultez plena, descubrieron una historia diferente, un final distinto. Una interpretación propia, inquietante...

El despertar se produjo en la mañana de un día cualquiera poco antes de finalizar el semestre, en la confortable y aséptica residencial para estudiantes extranjeros de la Universidad, simultáneamente con el despertar del sueño fisiológico. Al abrir los ojos, lo primero que encontró su mirada fue el libro de Genoveva junto a su rostro sobre la cabecera. Incorporándose en el lecho, dejó que su mirada deambulara largamente por el cuarto, como si lo viera por primera vez. Limpieza meticulosa. Orden riguroso. Como los de su propio hogar, pero más fríos y hasta cierto punto, metálicos, como un quirófano de clínica privada. Diego se preguntó, de sopetón, ¿quién limpia y ordena el cuarto? Jamás vio a nadie (en el hogar a lo menos, siempre se vio rodeado de un pequeño batallón de criados y criadas, para el jardín, la cocina, los cuartos, los niños). Al igual que en la mansión paterna, las cubiertas de escritorios y estanterías brillaban, los pomos y tiradores de bronce relumbraban en las puertas, las cerámicas y espejos en los baños relucían reproduciendo *ad infinitum* las imágenes de los jóvenes estudiantes, todos de las clases más acomodadas, que sólo se ocupaban de lo suyo: estudiar; desplazándose en silencio sobre los pisos higienizados hacia el comedor igualmente aséptico, entre los bordes esmeradamente recortados de setos en dirección a las aulas en las que tampoco encontrarían una sola brizna de polvo.

¿Quiénes eran estos seres invisibles? ¿Cómo se veían? ¿Dónde vivían? ¿Cómo eran sus viviendas?

Diego es asaltado de improviso por la conciencia del paralelismo entre su situación privilegiada en la vida, y la propia del personaje Genoveva antes y después del largo, angustioso episodio en el bosque. Lo cual no está mal en sí, reflexionó, sus propios padres habían, y continuaban haciéndolo, trabajado muy duro para obtener o mantener esos privilegios. Lo que le produce escozor es la ‘actitud’ ulterior de Genoveva: pontificar sobre las virtudes de la pobreza desde el sitio de brocados y terciopelo... Como los sacerdotes desde el púlpito igualmente afelpado... Repartir el pan espiritual

desde el cáliz de oro... La seguridad para los afortunados, y ¿sólo la ‘esperanza’ para los desheredados de la fortuna?: esperanza de una vida más allá de ésta y de una justicia por verse. Pero..., ¿sólo, *eso*?

Escarbando en su corta vida hasta el momento de esta travesía por el Canal de la Mancha, Diego Gore García-Vinueza vislumbró ahora el otro sesgo de sí mismo –el adolescente, el joven estudiante– refugiado en los libros y envuelto en la atmósfera familiar favorecida; hasta cierto punto, virgen también, apartado de las inquietudes sociales y las tendencias políticas, y nuevamente, de la asfixia religiosa, pues los deberes y obligaciones impuestos por la madre y los colegios católicos habíalos asumido en forma tácita, sin cuestionamientos. Los compañeros de colegio y de universidad siempre lo tildaron de intelectual a ultranza, montado en su nube compuesta de pura erudición, con los pies a cientos de kilómetros por sobre el terreno firme. Lo que ellos no sabían era que, como oxígeno e hidrógeno, esa nube estaba compuesta por dos elementos: la erudición, y la fantasía...; condensados por el fuego creativo. Porque lo que Diego sí había sabido, desde siempre, de alguna manera oscura, intuitiva, era que debía ocultar a los demás aquello que venía de lo profundo de no sabía qué ni de dónde, que debía permanecer y mantenerse puro e incontaminado. Es así que, sin saberlo aún, reforzado por el escudo invisible proporcionado por su naturaleza y su inclinación al bien, el creador, el artista que dormía en él bajo la caparazón del estudiante formal y cumplido..., había crecido en la sombra, en la concha del apuntador, y estaba a punto de saltar a escena.

Las reflexiones anteriores, que han mantenido ocupada su mente durante los últimos días de re-lectura del libro infantil, explican el desasosiego que lucha contra la anticipación ante este viaje de descubrimiento de la Europa ancestral. Inclinado sobre la borda, entre el paisaje plomizo y deslucido y los pensamientos que insisten en colarse por las rendijas de su mente como una neblina húmeda e inhóspita, Diego sacude nuevamente la cabeza. Y se vuelve a enfrentar la hilera de sillas de lona sobre cubierta.

¡Ahí está! Justo enfrente suyo, el hombre, inclinada la cabeza sobre un block de cartulinas, dibuja con un lápiz de carboncillo.

Diego lo reconoce de inmediato. Se lo ha topado de frente al ingresar a cubierta. El hombre —de unos cuarenta años, a juzgar por la barba ligeramente encanecida— le ha cedido velozmente el paso haciéndose a un lado como para no ser rozado, aunque no con la rapidez suficiente como para evitar que Diego alcance a ser impactado por esa mirada: *dos pozos profundos, de negrura insondable, dos abismos sin fondo, un solo asombro sin explicación, una interrogante sin respuesta aún...*

Acosado por una premura extraña, Diego aprecia la distancia hasta la costa británica apenas visible en lontananza, ¡pero visible!, y rápidamente toma la silla junto al artista. Lo que ve sobre la cartulina es la reproducción exacta de esos ojos, ratificada por una tercera caverna: *una boca desmesuradamente abierta, cavidad igualmente insondable y muda, sin voz, sin pregunta siquiera, el horror sin sonido ni interrogante: el grito, pasmado en la afonía de la obra plástica.* En primer plano, la frialdad metálica de los barrotes —esbozados más bien que dibujados— de una celda... El fondo de ésta, la oscuridad categórica, las tinieblas de donde procede todo el mal que el mundo de los humanos ha sido y es capaz de producir, por un lado, y de soportar, por el otro.

El hombre, paralizado en el primer momento por el ímpetu con que el joven Diego se ha arrojado sobre la silla a su lado, inicia el movimiento de ocultar el dibujo a la mirada intrusa. Pero la presión inesperada de la mano de Diego que se posa de improviso sobre su brazo le hace levantar la vista, choqueado y visiblemente molesto. Lo que ve, lo desarma por completo. Desde el rostro hermoso y distinguido surcado por crispadas líneas de dolor fraterno, dos lagunas límpidas, como fuentes de agua cristalina, le invitan a sumergirse, sin temor, abandonada ya toda reserva... El joven suelta la presión y adelantando su mano abierta dice simplemente

—Diego.

—Claudio,

responde el hombre, encerrando con sus dedos helados la calidez de esa palma abierta.

El Escarabajo verde botella atraviesa a velocidad de crucero el condado de Kent, devorando metódicamente la distancia que separa al puerto de Dover de la ciudad de Londres. Diego y Claudio contemplan en silencio desfilan la campiña inglesa, dejándose impregnar el ánimo del aire bucólico, admirando la limpidez del paisaje, pulido, lustroso como si se le hubiese pasado el plumero y la brillantina exactamente cinco minutos antes. En Dover se han agenciado unas cuerdas con las que sujetan las dos maletas de plástico negro, una de las cuales contiene las 33 láminas que Claudio espera ofrecer a la vista del público en el continente, comenzando por la isleña Trafalgar Square tan pronto arriben a este epicentro cosmopolita.

Con las manos en el volante, la mente de Diego, bajo el influjo sereno del paisaje, va tomando lentamente una determinación. Cuando el Escarabajo ingresa a la autopista que conduce a la ciudad, ya sabe que seguirá a Claudio, a dónde sea que sus dibujos lo conduzcan. A las cinco de la tarde, ya lo ha convencido de compartir la habitación doble en el primero de los albergues universitarios cuyas direcciones le han dado en Lovaina. Y a las cinco y cuarenta y cinco minutos, habiéndose despachado un buen par de hamburguesas, muy americanas, y sendas *ales*, extremadamente inglesas, arriban por fin al monumento de Nelson en la plaza Trafalgar. Claudio desenvuelve las diez cartulinas que se ha traído desde el albergue y se sientan sobre la primera grada que rodea a la estatua, a ver pasar la gente.

En Trafalgar Square convergen todas las razas que componen la geografía humana de la Tierra, con sus particulares tonos de piel, color de ojos y textura de cabellos; los atuendos difieren en el igual o el mayor grado de la distancia que separa a los respectivos continentes. Pero, no es la diversidad cosmopolita lo que ocupa la atención de Diego por el momento. Sus ojos no pueden apartarse de las diez láminas que Claudio ha desplegado sobre los escalones. Con ligeras variantes, siempre el mismo rostro, la misma expresión, el negro y el gris, el fondo abisal de la celda, la misma boca abierta, la

oquedad, el grito amputado del dolor. El horror...

Son los mismos dibujos que Diego había alcanzado a vislumbrar allá en Bruselas, un domingo que salió de Lovaina para irse a contemplar el ir y venir de los turistas y visitantes por la Grand Place desde un gran vaso de cerveza belga, sobre la vereda opuesta al Ayuntamiento. A poco llegar él, Diego, el desconocido había liado los grafitos del horror y se había marchado de allí, sin darle tiempo a descubrir que eran compatriotas, que venían del mismo país en la América del Sur, procedentes de una misma geografía, de una misma historia pasada y reciente, esta última caliente aún, pero con la costra dura y renegrida, como pan rescatado de un horno sobrecalentado por las pasiones humanas.

“Fue mi madre, Diego. Fue ella. Jamás dejó, ni un solo día, de estar ahí. Ante la misma reja que había vigilado el día anterior hasta caer el sol. Día tras día. Semana tras semana. Mes tras mes. Durante todo el tiempo que duró mi detención. Nunca dejó de llegar a las seis de la mañana. Para verificar de dónde me sacaban y a dónde me llevaban. Nunca perdió el rastro. Hasta que fui liberado —la verdad es que nunca me lo ha confesado—, pero creo que gracias a mi abuelo paterno, educador, del Partido Radical, un masón de múltiples conexiones. De la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción había pasado a los centros de tortura. Y de los centros de tortura egresé a pintar letreros de publicidad para ganarme la vida. Y en casa dibujé, y dibujé y dibujé..., esto que ves. No sé hacer otra cosa. No sé pintar nada más. Mi mente no ve más allá de..., esto. A lo menos, ‘estoy’ aquí...”.

Diego se sentó con premeditada lentitud sobre el almohadón a la cabecera de la cama. Hacia donde dirigiera la mirada, sobre las 33 láminas diseminadas por la habitación, el mismo rostro lívido, la misma boca cavernosa, muda, los mismos ojos alucinados, ciegos de espanto: el horror que no supo o no quiso quedarse en el fondo de la celda; o quizás se quedó ahí, aprisionado en esta otra celda: la mente de un joven, el joven que había sido, como él lo era hoy, un libro que recién comenzaba a escribirse.

Petrificándolo en la oscuridad por el resto de sus días, aprisionándolo entre las dos tapas y de cuyas páginas, los últimos dos tercios permanecerían en blanco por lo que le quedara de..., vida.

Aquella misma primera noche, y por las restantes que pernoctaron en el albergue, Diego fue despertado por un grito espeluznante que taladró la oscuridad del cuarto. El grito le hizo saltar el cuerpo como un resorte y éste se le quedó ahí, temblando, vibrando como la espiral metálica, con todos los sentidos erizados, despertados en forma brutal al igual que los miembros. Lo que vio y escuchó a través de la penumbra y el silencio del cuarto, jamás lo olvidaría.

El cuerpo de Claudio saltaba y se retorció, alternativamente, sobre la cama, los brazos pegados a los bordes de ésta como si estuviesen amarrados con cuerdas invisibles que le imposibilitaran levantarse. El primer grito transformado en un aullido casi animal, repetido hasta el infinito. Luego el estertor final: grito y aullido devienen en gemido ronco, mugido gutural, bramido plañidero como el de una res en los últimos instantes de la agonía mortal.

Diego saltó del lecho y se arrojó sobre el cuerpo sufriente de Claudio sacudiéndolo sin misericordia, forzando el despertar. La conciencia de Claudio emergió de las tinieblas como el naufrago emerge de las aguas, luchando angustiosamente por el aire liberador. Al verse entre los brazos que lo rodeaban, como los de su madre cada noche en la patria ahora lejana, Claudio se derrumbó. Temblando como el niño que despierta de una pesadilla, se aferró al cuello de Diego y hundió la cabeza en su pecho, sacudido ahora por sollozos ingobernables.

“¿Qué fue lo que hicimos, Diego? Desfilas con los mineros de Lota, los obreros de Chiguayante, los campesinos de Lonquén. Gritar consignas de igualdad, justicia, salarios decentes, condiciones de salud dignas, éramos estudiantes de Medicina en Concepción, organizábamos ‘policlínicos’ miserables en las poblaciones inmersas en el barro de los

inviernos, con un frasco de alcohol, un rollo de algodón y unas cuantas aspirinas. Algo sabíamos de todo aquello. La educación gratuita ya la teníamos. En resumidas cuentas, exigir aquello que ninguna de las religiones –orientales u occidentales– garantiza sobre *esta* Tierra. Nunca quisimos la lucha armada. Fueron ellos, los ‘señoritos’, los hijitos de su padre, quienes se subieron al carro de la guerrilla. Fueron los ‘señorones’, los padres, quienes se subieron al carro del socialismo, porque estaba de moda, venía de Europa, de Francia, por lo tanto debía ser bueno y había que imitarlo (como hoy –reneg..., perdón: ‘renovados’– comienzan a conducir el Mercedes Benz del libre-mercado con igual o mayor pericia que los mismos conservadores). El pueblo, por su parte –obreros, mineros, campesinos, los trabajadores asalariados–, el pueblo..., miró hacia otro lado, vio en el comunismo la vida nueva que la religión no previó.”

Tras dejar a Claudio dormido, respirando con normalidad, Diego retornó a la cama, agotado. Al acomodar la almohada bajo su cabeza, su mano tropezó con un libro. Ni siquiera miró la tapa. Cogiéndolo entre el pulgar y el dedo índice, lo dejó caer al suelo. Mañana encontraría un bote de basura donde tirarlo. Y un nuevo alojamiento para él y Claudio.

CUARTA PARTE. ALIANZA

Capítulo I

Con el caer de las primeras hojas del otoño, todo se precipitó.

Primero fue el viento. Apareció una mañana cualquiera y se llevó las primeras hojas. Se entretuvo con ellas un tiempo, dándoles vuelta y arrastrándolas por el suelo. Luego las arremolinó a su regalado gusto, las levantó e hizo caer nuevamente hasta que el suelo no fue sino una alfombra quebradiza, jaspeada de herrumbres.

Y luego se dejó caer el frío. Cuando los árboles estuvieron casi desnudos se dejó caer el frío, afilando el borde contra el viento como la hoja de un cuchillo para terminar asestándola sobre las últimas hojas. Cuando la última hoja cayó al suelo, fue el comienzo del fin.

Con la caída de las primeras hojas Rosamundo enfermó. Fue la bronconeumonía que se instaló y no quiso irse. En el hospital público lo trataron como un resfrío común, los jóvenes médicos internos recetaron ‘eventualmente’ antibióticos de amplio espectro debido al estado febril, y lo despacharon de vuelta a casa.

La fiebre se obstinó y tampoco quiso irse. Joselinda no tuvo más remedio que abandonar el reemplazo de turno y sentarse a la cabecera con toallas y una cubeta de agua en la que disolvía los cubos de hielo que la casera subía cada tanto, junto con las tizanas febrífugas y la sopa de pollo y fideos cabello de ángel. Macarena asomaba la nariz cada tercer día con una nueva receta obtenida del farmacéutico, algo del kiosco de los

‘naturales’, el pan, los huevos, algunas frutas, helado y bolsas de leche, lo que Joselinda insistía en pagar puntiliosamente echando mano a los ahorros —resultado de la austeridad con que había conducido su vida antes de conocer a Rosamundo—.

En los espacios entre el estado febril y la temperatura reducida a la fuerza, hubo tiempo. Mucho tiempo. Todo el tiempo necesario para relatar a Joselinda aquella memorable travesía del canal de la Mancha y los días posteriores en Londres y Europa junto a Claudio; el año siguiente en Lovaina de regreso en los dormitorios universitarios, el año de la introspección y la reflexión en los intervalos que dejaba el estudio del derecho internacional; el regreso al país y al hogar paterno, otro Diego, como lo había intuido el padre; y, finalmente, el encuentro con el Dr. Popp emergiendo de la oficina de su padre y el comentario de éste que le había dado en un solo instante el giro definitivo a su vida.

Noblesse oblige, Joselinda vació también parte de su alma y de su historia, historia desconocida para Rosamundo hasta entonces, ocupados como estuvieron con los preparativos, ensayo y representaciones veraniegas de la pantomima.

—También huí, hasta cierto punto, de la casa de mis padres... Acaso fue el destino que me impulsó a hacerlo mucho antes que tú, a los 17 años. Para llegar a ser yo misma. Para encontrarme a mí misma a lo largo de estos 30 años. Mi padre, un marxista convencido y honesto —un luchador social—, siempre quiso que pensara como él, que ‘actuara’ como él. En eso fue intransigente. Pero, yo no estaba destinada a la lucha social ‘activa’, y eso, él no supo comprenderlo. Yo tampoco lo tuve claro entonces, fueron treinta años los necesarios para llegar a *ser* quien soy. Treinta años y un matrimonio roto de por medio. Con el hombre que Él puso en mi camino y del cual me enamoré, un pro-capitalista que nunca me impuso su pensamiento, acaso porque él mismo tampoco fue, al igual que yo, un activista político. Pero que nunca valoró a la mujer, o el proyecto de mujer que hubiese existido en mí. Al ser humano que hay en mí. Como la trepadora *cordifolia*, engordó su tallo verde hasta que éste se hizo café y leñoso y comenzó a estrangular el tronco del pequeño ciprés; reverdecieron las hojas de la enredadera, se

hicieron carnosas, suculentas, y sus flores se abrieron con esplendor entre las ramas menguantes del ciprés que ya no continuó creciendo bajo el peso y el espesor de la trepadora. Sus raíces no encontraron los nutrientes del suelo, arrebatados, consumidos por las raíces, tubérculos y rizomas de la escaladora suculenta. Tuvo que intervenir nuevamente el Jardinero para liberar al pequeño ciprés de la estranguladora y permitirle vivir y seguir creciendo. Y dar su fruto que no era otra cosa que su aroma. ¡Cómo se le llama a eso, Rosamundo!: ¿Destino? ¿Azar? ¿Sincronía? ¿Milagro? El mundo ha abjurado sucesivamente de tantas y tantas teorías, creencias, doctrinas, postulados, fórmulas..., las certidumbres volaron, ya nadie sabe hacia dónde mirar...

—¿Cómo es eso, Joselinda? ¿Qué es aquello del... ¡Jardinero!?

—El Jardinero tiene muchas caras, Rosamundo, la que él quiera, te sorprenderías. Bien pudo haber tomado la careta del mismo Hitler, puesto en el camino del pueblo judío y farisaico a fin de recordarles, una vez más, su lección: que las bendiciones celestiales nada tienen que ver con la acumulación —para sí mismos— de las riquezas, la apropiación de las economías en los países por donde se han desplazado, a lo largo de toda la Historia, y de donde terminan siendo expulsados invariablemente para terminar, al fin, apoderándose de la economía mundial hasta globalizarla por completo... El Diablo, como tal, no existiría, Rosamundo, sólo sería la ‘intromisión’ de Dios para recordarnos nuestro deber, para despertar nuestra conciencia, hacernos retornar a nuestro camino... Puede que, en algún momento, hasta se haya escondido tras el rostro del Gerente de Marketing de una Compañía extranjera, una Sociedad Anónima comercial quienes, saturados los mercados en la Europa agostada, las emprendieran, océanos de por medio, con la búsqueda de la demanda en el continente opuesto. Y que hayan determinado destinar allí a tu marido, en medio de una grave crisis de pareja, haciendo que lo que fue originalmente un camino, una meta, el proyecto común de familia se bifurcara y se abrieran dos vías separadas y antagónicas... ¿Me comprendes?

—Sí. Pero..., ¿qué es lo que te hace reconocer la oportunidad, el momento y, más que nada..., el camino correcto, y no perseverar en el que habías tomado originalmente?

—No lo sé, Rosamundo. Sólo sé que hay que escuchar al corazón. El corazón sabe... Él, es la verdadera flor del Jardínero y Éste, su único y verdadero dueño. Su jardín más bello es la Tierra y la flor más preciosa, el corazón humano.

—Ahora entiendo, Joselinda. Es lo que me hizo dar la espalda a mi padre el día aquél que me crucé en su oficina con el médico de Colonia Integridad. Es decir, el Jardínero habría tomado el rostro de Popp, y se me plantó en el camino...

Rosamundo cerró los ojos y rememoró la escena en el estudio de abogados de su padre: *¡La Verdad es una sola, padre! No pueden existir dos verdades, dependiendo del ojo de quien la mire! ¡El asesinato es asesinato, la violación es violación, la tortura es tortura, desde donde se los quiera mirar!* Sintió que un nuevo círculo se cerraba y abrió los ojos. En una acometida postrema de energía, mezcla de devoción y pasión, besó a Joselinda y ella devolvió su beso, su boca y su sexo se abrieron como fruta madura destilando su néctar y él bebió, bebió... Se adentró en ella con toda su masculinidad erizada. La conciencia obnubilada, el pensamiento inerte, sensación pura, disolviéronse el uno en el otro, el cuerpo en el cuerpo, el alma en el alma, cuerpo y alma fundidos ahora en un tercer uno otro...

Aunque no lo supieron entonces fue aquél, el momento de la concepción.

Consumidos los antibióticos, al undécimo día de estado febril Macarena los subió al Charade y enfilaron nuevamente al hospital.

Entre examen y examen el veredicto cayó, junto con la última hoja marchita y obstinada aún, aferrada a su rama desnuda: SIDA.

Pasados el primer estupor, la angustia compartida que le siguió arrasándoles el alma como un vendaval —un tornado que los dejó temblando, abrazados, preguntándose cómo era posible que continuaran vivos después del derrumbe, en medio de los escombros esparcidos a su alrededor—, Rosamundo hizo memoria.

Antes de Joselinda no había tenido contacto sexual alguno, de ninguna naturaleza. No tuvo que acudir a recintos hospitalarios o clínica a inyectarse de urgencia contra algún mal pasajero. Tampoco precisó de la intervención del odontólogo, la salud de su

dentadura siempre fue envidiable. No sufrió heridas cortantes. No..., ¿no?... Sssí... El episodio retrospectivo hirió su mente como un relámpago, iluminando el cuarto oscuro de..., la sala oscura.... ¿La sala oscura?... De modo que...

“Todas las mañanas del mundo”... Cine-Arte Normandie.

Rosamundo lo recuerda con precisión. Al entrar y tomar asiento, algo se le incrustó en el glúteo derecho. Una aguja corta..., o alfiler descabezado, inserto en el tevinil de la butaca. Rosamundo lo había sostenido al contraluz de la pantalla por algunos segundos, pero prontamente lo dejó caer y lo olvidó. La historia apasionada y apasionante del maestro Saint Colombe, y los acordes sobrehumanos arrancados a la viola en la soledad de la cabaña, desde el alma atormentada, acosada por el remordimiento, la soledad y la pena tras la muerte de la esposa, lo atraparon de inmediato.

Joselinda se explica ahora la mejoría temporal de los hematomas, los que había advertido en el rostro de Rosamundo al conocerlo en la plaza Almagro y que le habían ocasionado aquel escozor, cierta incomodidad..., antes de caer bajo su hechizo y rendirse a la atracción. El amor correspondido no sólo había ‘devuelto’ la voz a Rosamundo, sino que, de paso, había despertado sus mecanismos de defensa, activado todos los anticuerpos atenuando las evidencias dérmicas del contagio.

Temporalmente.

Tras la reacción inicial, la peste había vuelto a tomar las riendas de la vida de su amado, acelerando a galope tendido el fin.

Capítulo II

Así como ha compartido con sus amigos los domingos alegres de pantomima y de cerro San Cristóbal, Macarena Larraín se constituye en un pilar sobre el que Joselinda encuentra constante apoyo en la adversidad. Y, si no alivio a esta aflicción que se le ha venido encima, al menos la posibilidad de cierto desahogo a fin de ocultar a los ojos de Rosamundo los momentos en que el desaliento y la pena, ¡el dolor!, se apoderan de su ánimo haciéndola tambalear. Cuando Rosamundo duerme, o se encuentra demasiado débil como para sostener las largas pláticas con Joselinda –lo que viene sucediendo cada día que transcurre con mayor frecuencia–, las amigas se hacen el espacio para confiarse la una a la otra. Pues, Macarena Larraín también tiene sus alegrías y sus propias cuitas.

Tras dejar la importadora ha sido finalmente contratada en un puesto ejecutivo por la industria alimentaria de los dulces, con un salario acorde ahora con la posición. Desde allí y desde la casita arrendada en Las Condes maneja su propio negocio, aprovechando los renovados contactos que le ofrece esta nueva esfera en el mercado laboral. Negocio en el que no ha conocido competencia hasta ahora. Ni el boicot a las manzanas chilenas Granny Smith en Alemania, ni las uvas chilenas envenenadas en Colombia tendrán el poder de amedrentar su ímpetu y ambición empresarial.

No sólo en el juego laboral sino también en el juego del amor, Macarena juega a ganador. Se ha vuelto a casar. Y se ha llevado al Pilo Bunster a compartir la vivienda arrendada en Las Condes, con ella y su hija. Con la muerte de Valentina, el Pilo se tornó momentáneamente vulnerable y Macarena aprovechó para tirar sus mejores cartas sobre la mesa: se le volvió imprescindible a un Pilo desorientado por primera vez en su vida y a quien el norte se le fue para cualquier lado y el sol le escondió la cara.

A fin de distraerlo, Macarena se las arregla para compartir con él cualquier proyecto o actividad, por insignificante que fuese, como cuando fueron a darse una vuelta por el Persa del Bío Bío en el barrio Franklin. Y volvieron a casa con la estructura semi oxidada de una camilla antigua de hospital. La que, prolijamente limada y lijada, transformaron en la base de una originalísima mesa de comedor colocando sobre ella una sobria cubierta rectangular de vidrio esmerilado del color del humo. Macarena Larraín y Pilo Bunster comparten aquella extraña cualidad o facultad que poseen los de su clase, para transformar hasta un bote de basura en algo artístico y original..., y a un costo ínfimo. Nada de muebles de roble o encina de fábrica —menos aún..., ¡enchapados!—, sino armarios, repisas, arrimos, mesas de centro o laterales, sillones, espejos, catres, lámparas, bacinicas, todo recuperado del mercado de las pulgas o el persa: donde ponen el ojo, brota como por encanto la pieza única y original, de material noble, aspecto exquisito y en perfecta armonía con el resto de la decoración. El eclecticismo y el buen gusto parecen ser sus marcas de nacimiento.

Entre el negocio de las exportaciones y el sueldo ejecutivo, Macarena ha ido ahorrando para el pie y apuesta por una pequeña propiedad en La Reina. Sin piscina ni una gran extensión de terreno, la construcción en dos plantas de unos 250 m², sólida y bien mantenida, a buen precio de ocasión, cumple con sus estándares mínimos por el momento. Y a ella se muda con la hija y el Pilo bajo el ala. Dependerá por un tiempo aún de su estabilidad laboral y del salario ejecutivo, pero se la juega; y en caso de no poder pagar la hipoteca, al menos es una inversión recuperable: la plata bajo el colchón no es tema para una emprendedora como ella.

Empero, a pesar de que la vida parece sonreírle a dentadura completa y sin caries en el aspecto económico, Macarena guarda un enorme signo de interrogación bajo su pelo enchocado, junto a un caudal de lágrimas desoladas tras las pestañas larguísimas... Y como no acostumbra tragarse estas últimas en soledad, se confía en quien sabe no divulgará la causa de sus pesares.

–No acabo de entenderlo, Jose. No entiendo cómo los hombres pueden ser tan crueles.

–¿A qué te refieres?

–El Pilo, Jose, el Pilo. Tú sabes lo que yo siento por él, y cuánto me costó conquistarlo. Yo lo amo de verdad, y él lo sabe. Por lo mismo, no comprendo cómo puede ser tan..., tan ¡sádico?!

–¿.....?

–Está bien. Sé que no soy ninguna sílfide, pero tampoco es para tanto. Igual, ¡no se puede ser tan ‘des-almado’!

–¿.....?

–¿Cómo no puede tener siquiera un mínimo de consideración para con mis sentimientos!

–¿.....!

–¿Acaso no tiene conciencia que me hiere? Y así, tan gratuitamente...

–¡.....!

–¿Tú sabes lo que me ha hecho?

–¿¡.....!?! –las cejas de Joselinda amenazan desaparecer ya bajo la raíz del pelo.

–Pues una noche, al ir a acostarnos, me fui al tocador en calzón y sostén a sacarme el maquillaje y..., ¿sabes lo que me ha dicho?... “¡Cómo puedes pasearte así delante de mis ojos, con esa figura rechoncha y llena de rollos, con esas piernas cortas y obesas...!”.

El desprecio por sus sentimientos es algo a lo que Macarena Larraín no le encuentra explicación. Aunque, Macarena no seguirá sufriendo mucho tiempo más la falta de tino y de consideración de su marido.

Al Pilo se lo lleva un día cualquiera la muerte súbita. Como vino y vivió esta vida, así se fue: simplemente se disolvió en el aire sin dejar mayor huella, al igual que las huellas inexistentes entre sus insólitas traslaciones.

A Macarena sólo le quedará de él y de su anterior marido, el mote de “La Viuda Negra”. Pero si no tiene suerte en el amor, la fortuna está de su lado. Con el tiempo y a

medida que el éxito se consolida, Macarena Larraín llegará a adquirir un tiempo compartido en Miami. Su amiga Joselinda la mirará con ojos incrédulos, la felicitará pero se guardará su opinión en uno de aquellos compartimientos inviolables de su mente: “Junto con el éxito económico, los gustos de mi amiga comienzan a vulgarizarse”...

Capítulo III

—..., debemos avisar a tus padres, Rosamundo. Ellos podrán enviarte a algún centro especializado en el extranjero...

La respuesta a la inquietud de Joselinda cayó como la hoja de una guillotina, cortando toda posibilidad de discusión.

—¡De ninguna manera!

Rosamundo volvió al hospital para no salir.

Sentada a la cabecera por los tres meses siguientes, Joselinda no pierde la esperanza de verlo salir triunfante y vencer a la enfermedad. Ama demasiado a Rosamundo y quiere darle un hijo a pesar del SIDA. Por otro lado, confía en que en el período de crecimiento del hijo de Rosamundo ya se habrá descubierto el remedio contra el SIDA. Pero la Medicina nacional sólo puede por el momento aseverar, por esta vez, que el amado no sobrevivirá a la peste.

—..., ¡debemos tener un hijo, Rosamundo. Alguien debe continuar con los molinos de viento. Escucha. Si tú llegaras a mor... —la palabra se le atravesó en la garganta como un carozo de durazno, duro y erizado de huecos y aristas filosas. Tragó saliva para deshacerse de él y continuó con valentía—, si no sobrevivieras a la enfermedad, alguien debe continuar con los molinos de viento. Éstos no pueden desaparecer de la faz de la Tierra. Por esta razón, los Rosamundos no pueden extinguirse...

Al cerebro de Rosamundo, cuyo cuerpo languidece y se consume con celeridad abismante en las últimas semanas, aún le quedan vestigios de lucidez para pensar y reflexionar por cortos períodos de tiempo.

—..., hay una Verdad en el arte, Joselinda, en la pintura, la plástica, en el texto escrito, en la partitura musical, la pieza de teatro. Una Verdad esencial que el artista ha captado, capturado y reproducido. Es lo que seduce en la obra de arte, aquello con lo cual el espectador, lector, oyente, de cualesquiera idiosincrasia y procedencia se identifica, e identifica...

Rosamundo no puede seguir.

El corazón de Joselinda se le estruja, gotea dentro del pecho, pero se las arregla para acotar la reflexión de Rosamundo.

—La diferencia está en la interpretación que este último hace de esa Verdad... Las verdades son efímeras, Rosamundo, mi amor, valen sólo para el momento para el cual viven. Si se las toma para vaciar en moldes de plomo o traducir a códigos binarios e imprimir banderas de lucha, sólo servirán para dividir y separar... Lo que sí, jamás deben olvidarse... Es por esto que debes continuar en tu hijo...

—¡Y el contagio, Joselinda! No quiero hacerte más daño... ¡No quiero!

—No temas, Rosamundo, a mí no me pasará nada.

—¿Y nuestro hijo, Joselinda?

—No pasa nada, mi amor. Cuando él crezca, ya se habrá descubierto el remedio contra el SIDA.

Día tras día permanece a la cabecera de Rosamundo, testigo impotente de la devastación que se va llevando girones del ser amado. Acuciada por la desesperación, en lucha denodada contra la desesperanza, brega sin descanso por insuflarle un nuevo aliento, esperando un milagro en contra de todos los pronósticos médicos.

—..., a tu hijo, Rosamundo, nuestro hijo, le espera este ejército silencioso: los anónimos, los ignorados, aquellos que tú identificaste en Camus, Rosamundo... Ellos son un ejército silencioso. No se comunican ni están organizados. Avanzan en silencio, sin retroceder jamás. Cada día se suman otros miembros, milicias imperturbables, cada uno en lo suyo. No reciben instrucciones de nadie porque saben lo que tienen que hacer. No hay jerarquías, nadie manda a nadie: el mando fecunda al poder y da a la oscuridad

(lo contrario de alumbrar, dar a luz), la corrupción. La libertad, el libre albedrío también fecundan al poder y dan a luz la autoridad. Cada cual ejerce su autoridad y ésta no se sobrepone a la del vecino, de modo que nadie tiene nada que defender ni por qué luchar guerra alguna. Te sorprendería saber, Rosamundo, hay católicos, comunistas, islámicos, demócratas y republicanos, judíos y protestantes, socialistas creyentes y agnósticos. Pobres y ricos. Excluidos son los extremistas: fanáticos socio-políticos y fundamentalistas religiosos (qué de veces, ¡impostados!), los falsos puristas de una pseudo-ética... Mira las aves cuando migran. Tienen un líder que las guía. Cuando éste se cansa, viene otra y lo reemplaza, pero ninguna mata a otra para hacerse del liderazgo. Tampoco los líderes ordenan a las demás que asesinen a otras para hacerse del poder. No organizan escuadrones de muerte ni adiestran espías, terroristas mercenarios, o complotadores. No es necesario. Ninguna pretende destronar a otra. En el alambre, los jilgueros no se dan codazos ni hacen zancadillas, no les ocupa el centro del alambre ni cuál de ellos está en él. Cuando llega otro, simplemente se corren, se apegan más los unos a los otros para hacerle lugar al recién llegado. Aducirás que ellas, las aves, tienen más espacio que el que necesitan, disponen de todo el cielo para volar. Pero nosotros tenemos nuestras mentes para crear. Ellas no hacen arte, no pintan, no escriben, no esculpen..., no sueñan...

—Cuando te conocí, Joselinda... —la voz apenas audible, entrecortada, traduce el esfuerzo descomunal de Rosamundo por comunicar algo esencial—, tú, parecías navegar en las copas de los árboles..., tan despegada de la tierra... Tan...

Rosamundo calla, no logra coordinar sus pensamientos, las ideas se entrecruzan en su mente y finalmente colapsa en uno más de sus intervalos de inconsciencia... A Joselinda sólo le cabe esperar, esperar el siguiente momento de lucidez.

Entre los esfuerzos diarios por retener el aliento vital del amado, Joselinda ha advertido el atraso de la menstruación. Lo atribuye a los síntomas de un climaterio moroso, señales que ha venido advirtiendo en los últimos meses. Piensa con desmayo

que las posibilidades se van estrechando... Más que a la soledad, teme a la infecundidad, no sólo la propia sino a la de Rosamundo, vida tan valiosa que no concibe pasar por este mundo sin dejar huella y, por sobre todo, sin cumplir su destino. Con la tenacidad del náufrago aferrado a su última tabla, Joselinda continúa braceando...

—..., la soledad de los que siguen el camino... Es un camino solitario. Pero ahora no estoy sola, tú estás conmigo. Y cuando tú no estés, estará nuestro hijo Rosamundo, que él sí se llamará Rosamundo, desde el día mismo en que llegue.

—Si es que logra vivir, Joselinda.

—Vivirá, Rosamundo. Es preciso que viva. Debe haber alguien que continúe con los molinos de viento. Siempre. Para que el ser humano no pierda la conciencia. Los molinos deben ser un faro, la luz que ilumine el camino para que no termine hundiéndose en la oscuridad.

—Yo lamento, Joselinda, no haber estado preparado y no haber perseverado desde mi posición de abogado...

—Acaso pudiste quedarte y luchar, Rosamundo. Luchar por los inocentes y defenderlos, luchar por los desposeídos y por sus derechos. Pero..., no era tu hora. Tampoco el tiempo. Demasiado joven para saber, no tenías experiencia y el peso de tu crianza pudo más, fue más fuerte que tus aprensiones. Fueron años de acondicionamiento, y te faltó el guía. En éste, *tu* tiempo, llegaste a *ser* el que eres. Pero, deberás volver para *hacer*. Regresar a terminar lo que comenzaste. Fue un gran paso, un salto enorme el que diste al renunciar a tu status. Es un gran mérito. Escucha. El cambio no vendrá como resultado de una revolución —el elefante siempre aplastará a la pulga—, el cambio debe venir de la mente y el corazón del poderoso. Personas como yo no tenemos ningún mérito, el mérito será de aquellos que son como tú, para los de tu clase. Para los otros es más fácil, pues siempre han estado del otro lado, del lado de los oprimidos, los necesitados, los explotados. Pero los poderosos no los vencerán Rosamundo, no los vencerán. Tampoco serán ellos los derrotados. Son ellos, los poderosos, los que deben vencerse a sí mismos. Sólo hay que esperar. Y esto no es un

sueño, Rosamundo. Construiremos en el día a día una nueva realidad. Más bien, haremos que el mundo verdadero aflore, destruiremos la malla que lo cubre y que asfixia al ser humano...

–Eso me suena al velo de maya del hinduismo...

–¡Cierto! Día a día el ser humano ha ido agregando una nueva capa al velo de maya... Al tiempo que prende llamas violeta y quema inciensos, continúa agregando día a día una nueva capa al velo de maya: las relaciones humanas son algo muy complicado. Cuando se juntan dos, hay veces en que todo es ideal, casi perfecto, nos sinceramos, abrimos nuestro corazón, nos mostramos como somos en realidad. Pero aparece un tercero e inmediatamente nos colocamos las máscaras y hacemos y decimos cualquier cosa con tal de salvaguardar e imponer nuestra ‘imagen’, eso que existe pero no es, algo que creamos en torno a nosotros mismos y en lo que creemos o queremos creer. Y así vamos tejiendo el velo de Maya. Maya no es una entelequia metafísica, Rosamundo, como se la ha querido pintar, sino hechos concretos y cotidianos, los cuales tomamos, interpretamos y divulgamos a nuestra conveniencia. El ser humano por lo general actúa basándose en el rumor, la presunción, la suposición, la tergiversación, velo sobre velo, sobre capas y más capas de velos. Los teólogos, por su parte, se guardaron la información sobre la sanación del alma, como algunos médicos callan lo que el paciente debe o no debe consumir para conservar la salud de los cuerpos, para prevenir o disminuir las toxinas que causan la enfermedad, en tanto lo llenan de fármacos que tan pronto la curan como son el origen de algún otro mal. Si el paciente sana, se acaba el negocio. Y las religiones no son otra cosa que el narcótico que mantiene a las almas sobre el nivel de flotación, una vez que el alma aprende a nadar por sí misma las religiones ya no sirven y este negocio también se va a pique.

Ni siquiera la somnolencia persistente hizo entrever a Joselinda la realidad de su estado de preñez. Tuvo que intervenir Macarena, en una de sus periódicas visitas, quien al presenciar la primera náusea de su amiga, se dirigió de inmediato a la farmacia más cercana y de vuelta se llevó de un ala a Joselinda al baño a hacerse el test de embarazo...

Resplandor postrero en su vida, el anuncio de la paternidad instala por breves, intermitentes momentos una luz en medio de la opacidad creciente que viene velando las pupilas de Rosamundo. Luz que no alcanza a traducirse en palabras pero es suficiente para mirarse largamente en los ojos más enamorados que nunca de Joselinda, en cuyo fondo titila ya la vida nueva... Antes que la última chispa se extinga en el cerebro de Rosamundo, Joselinda, el corazón estrangulado en el centro del pecho, la voz apenas aire, apremia: “Promete, Rosamundo, promete que volverás. Promete que volverás a nacer en tu hijo. ¡Promete que volverás a terminar lo que empezaste!”. Los dedos de Rosamundo logran concentrar la fuerza mínima para apretar levemente la mano de Joselinda.

Cuando el invierno irrumpió en el sur del mundo, cubriendo la hojarasca otoñal que sobre los amarillos y anaranjados se había pintado de un café negruzco; cuando la guadaña del viento gélido no encontró hojas sino sólo gargantas y pulmones humanos que cercenar; cuando la primera escarcha crujió bajo las pisadas..., todo había terminado.

Joselinda no ha querido dejar la buhardilla en todo lo que resta del embarazo. Es preciso estar cerca de Rosamundo, sentir su presencia a su lado en las noches cuando duerme, su olor en la almohada, durante el día en cada objeto que la rodea, en las estalagmitas que crecen día a día y se desparraman a medida que los molinitos de viento aceleran su auto destrucción. Contemplándolas, Joselinda toma entre sus manos las pequeñas herramientas, cierra los ojos y siente la energía de Rosamundo penetrar su piel, fluir hacia el interior de sus arterias, irrigar cada uno de sus miembros, su cuerpo todo. De ellas extrae Joselinda a diario la energía para continuar. De sus archivos y anotaciones sobre sus lecturas, que revisa prolija y sistemáticamente cada día, extrae el conocimiento de ese ser maravilloso, extraordinario que ha tenido la fortuna de conocer y compartir su vida, sus sueños durante los exiguos nueve meses que duró su relación. En estos seis

meses restantes, Joselinda logra aprehender ¡cuán idealmente compenetrables y compenetrados pueden llegar a estar sobre esta Tierra –su hogar– estos dos seres, el hombre y la mujer, concebidos, diseñados, creados por una energía celestial, eterna –el Padre Dios– y una fuerza profana, temporal –la Madre Naturaleza– para acoplarse en forma tan..., ¡perfecta! No sólo los cuerpos sino también la mente y el corazón: ¡el milagro cumbre! Como si Dios mismo, enamorado de esta pequeña obra suya, la Tierra, la hubiese desposado y engendrado al ser humano –¡pináculo de la Creación!–, con un corazón para amar y amarse los unos a los otros, la mente para abarcar el Universo todo, y el alma, soplo de vida y esencia espiritual a un tiempo, para añorar sus orígenes: el vientre materno, por un lado, al infinito y al padre por el otro. Y esta alma, inmaterial, no diferencia entre ‘cuerpo masculino’ y ‘cuerpo femenino’, más que almas gemelas éstos no son más que una y la misma alma.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, la espalda apoyada contra el baúl de patagua, Joselinda posa los antebrazos sobre los muslos con las palmas abiertas, y cierra los ojos...

¡Haberte conocido, Rosamundo, después de la Tristeza! ¡Qué más puedo pedir! Saber que volverás, que continuarás en tu hijo, nuestro hijo... Ahora puedo partir yo también, para no volver esta vez. Me entrego con las manos atadas..., y la frente en alto. ¿Qué puede haber más allá de la Nada, más allá de lo Absoluto? Después de haber estado Allí, tal vez por unos segundos –¿cómo medir con nuestras pobres herramientas ‘ese’ Tiempo, ‘ese’ Espacio?–, después de haber aprehendido el universo entero, esas milésimas de comprensión absoluta, apenas unos miligramos de felicidad, haber saboreado el Éxtasis y querer quedarse ahí por toda la Eternidad..., después de todo aquello..., ¡haber tenido que volver! Volver y experimentar esta vez la Nadidad absoluta, volver para vivir la experiencia de que frente a ‘Aquello’, no somos nada. De la oscuridad a la Luz, y de vuelta a la oscuridad: a deambular en las tinieblas por un espacio de tiempo –esta vez sí el tiempo pequeño, ¿dos años?–, dos años de aniquilación, de inanición..., y luego, siempre la Tristeza, la tristeza profunda de no

haber podido quedarse 'Allí', para siempre. Vivir... 'vivir', continuar viviendo sólo para el día en que tuviera que dejar este cuerpo... Hasta el día en que te encontré, Rosamundo. Sé lo que quisiste decirme sobre tu impresión de haberme visto navegar en la copa de los árboles... Tú me salvaste de la Tristeza, y ahora llevo tu Alegría dentro de mí. Y hay que seguir viviendo, Rosamundo, estamos en este mundo, sobre este planeta y nuestra tarea es vivir. Vivir este tiempo pequeño que nos esté destinado. Es un bello planeta, mientras dure. Una joya en medio del Universo. Visto desde el espacio –rubí, topacio, jaspe, berilo, ónice, jaspe, zafiro, turquesa y esmeralda, el oro–, ¿te das cuenta?, la joya más preciosa del Universo hasta ahora conocido por el Hombre. Y nosotros, nosotros, tú y yo, vivimos en él. ¡Qué importan Marte, la luna y las estrellas, Rosamundo! ¡Qué importan el ADN, los genes y la Internet! ¡Aquí! Aquí estamos nosotros, tú y yo. ¡Ahora! ¿Qué importan las autobombas, el tolueno y el URe, Rosamundo? Ahora somos nosotros, tú y yo sobre esta Tierra..., éramos...

Convulsionado por los sollozos, el cuerpo de Joselinda se derrumba sobre el baúl de patagua..., y se queda de súbito petrificado, abrazado a la madera: un vuelco muy tenue, apenas movimiento, algo así como un aleteo de mariposa dentro de su vientre...

¡Rosamundo vive! ¡Vive!

Capítulo IV

Una luz extraña, que no se sabía si era luz o energía pura. Una especie de resplandor dorado: transparencia de ámbar y vibración del aire...

Pilarcita García-Vinuesa jamás olvidaría aquel día, el día en que el pequeño Rosamundo llegó a la vida. La atmósfera particular en el interior de la sala de pre-parto. No sólo el aire, que vibraba con una energía electrizante, sino todo se veía como a través de una gasa de oro. Joselinda, los ojos cerrados todo el tiempo sobre la camilla de pre-parto, parecía ausente, fuera de su cuerpo, las contracciones se hacían notar por el levantamiento de las sábanas, pero ella no parecía percibir las ni ser afectada por las punzadas lacerantes. La piel estirada sobre el rostro sereno, en las comisuras una suave curva, ningún sonido a través de los labios apenas entreabiertos, sólo un ligero tinte en las mejillas traslucía la tensión creciente a medida que la nueva vida pujaba por asomarse al mundo.

—¿Cómo vamos?

Cada tantos minutos la matrona entraba presurosa y sonreía a las dos mujeres sentadas a ambos lados de la camilla sosteniendo los dedos laxos de la parturienta. Introducía en cada ocasión sus manos bajo las sábanas y verificaba el avance de la dilatación. Cuando los minutos se hicieron horas y la expresión de su rostro adquiriría una pátina que fue evolucionando de la seriedad a la preocupación, fue remplazada esta vez por el propio médico, quien, tras media hora de estar sentado con el oído aplicado al vientre de Joselinda, levantó la cabeza con determinación y emitió finalmente el veredicto: ¡CESÁREA!... Joselinda abrió los ojos y se incorporó con viveza, primero la

sorpresa y luego la protesta llameando en la mirada. Por breves instantes ambas miradas, la del médico y la de la parturienta, sostuvieron un duelo mudo de espadachines hasta que, finalmente, ante la coraza invulnerable del especialista, Joselinda rindió la hoja sin decir palabra. Reclinándose nuevamente, resignada, hizo un gesto a Macarena Larraín y ésta alargó al médico un pequeño reproductor de música que éste tomó en sus manos luego de escuchar la breve petición y asentir con la cabeza, en silencio.

La vibración de ámbar se trasladó junto con la camilla desde la sala de parto hasta la sala de operaciones y parte de ella quedó flotando en el exterior, inundando el pequeño hall en el que Pilarcita y Macarena, de pie ante las puertas oscilantes se quedaron esperando, tensas, con el oído extendido como antenas para capturar el primer vagido, la primera señal de vida... Antes de ello, no obstante, tuvieron que escuchar el sonido de las cuerdas de la viola de Zukerman deambulando largamente por los Abruzzos de Italia.

Desde este pequeño espacio de distribución, se abría la sala de espera alargada, enfrentando los ventanales de la amplia sala de Neonatología hacia donde eran conducidos los bebés provenientes del pabellón de cirugía. Pilarcita García-Vinueza, el oído atento a los pasos líricos de Haroldo resonando en el interior del pabellón, dirigió la mirada hacia la figura del hombre hundido en uno de los sillones, los codos sobre las rodillas y la cabeza doblegada entre las palmas. El corazón se le contrajo en un espasmo doloroso que trató infructuosamente de suavizar frotándose el pecho con el puño cerrado.

El abogado de elite, Diego Gore, sobrevive a su propio infierno, a la muerte “*y qué muerte, por Dios?*” del hijo dilecto, la joya de su corazón de padre. Mientras el hijo vivía, existió la esperanza. Si no la certeza, al menos la ilusión de que con el tiempo, todo cambiaría. En lo más profundo de su corazón, siempre estuvo la esperanza. Pero la muerte de Diego..., más que eso, la forma que escogió la muerte para llevarse a un joven tan colmado de virtudes..., ni en sus peores pesadillas pudo Gore imaginar que el Mal

podiera alcanzar, rozar siquiera a su familia, a un miembro de su familia arrastrándolo tan bajo. De todas las enfermedades que atacan al género humano: ¡¡SIDA!!..., ¡el mal más abominable de todos los tiempos!

Por entre las puertas de batiente de la sala de cirugía se cuele, serena y parsimoniosa, la “Marcha de los Peregrinos”. Tras esta cortina bucólica, el silencio religioso del pabellón, interrumpido cada tantos minutos por el tintinear de los instrumentos quirúrgicos sobre la bandeja de acero, transmite a las dos mujeres pegadas a las batientes, la concentración extrema del equipo operatorio. La vibración del aire aumenta su frecuencia proyectando parte de la energía hacia el exterior del quirófano. Las mujeres perciben en sus cuerpos la tensión eléctrica y se contemplan, incrédulas, a través de esta luz ámbar... Haciendo un esfuerzo, Pilarcita vuelve una vez más la vista hacia la figura hundida en el sillón.

Por la mente torturada de Gore desfilan uno a uno todos los enigmas develados por Joselinda el día anterior: la travesía del Canal de la Mancha, el encuentro con Claudio, los grafitos del horror, el año de introspección y reflexión en Lovaina, la historia de Genoveva de Brabante, los juegos silentes de Dieguito niño que nadie advirtió, su sensibilidad artística, su sentido profundamente humanitario... Comprende ahora que su hijo sacrificó toda su tierna juventud por la obediencia a ellos, sus padres, y la subyugación a sus sueños inmediatos... Luego, el silencio auto infligido del joven Diego (*Diego hijo, Diego abogado, ¡Diego hombre!*) al retraerse ante la injusticia —a sus ojos, entonces conocedores de la verdad— defendida por su propio padre... Los escritos de Camus, el afianzamiento de aquel sentido humanitario que un libro anterior, escrito para niños, y su propia observación del mundo tejido a su alrededor, le habían despertado y hecho cuestionarse con anterioridad. Los molinos de viento, la pantomima... Y finalmente, el contagio sin culpa de Rosamundo. Pero por sobre todo, el dolor puede más, dolor por la ausencia del hijo, víctima inocente del mal más abominable del siglo en

esta Tierra. El corazón de Gore, como una esponja que ha absorbido toda la amargura del mundo, henchido al máximo, amenaza con reventarle el pecho...

El oboe irrumpe en el pabellón con la vibrante galopa del tercer movimiento “Serenade”, haciendo trepidar la luminosidad dorada y las mujeres supieron, de alguna manera extraña, que el pequeño Rosamundo había hecho su irrupción triunfante en el mundo de los fenómenos temporales.

En el interior de la sala de parto, una Joselinda plenamente lúcida bajo los párpados cerrados, el rostro resplandeciente, con su cuerpo inferior inmunizado al dolor a través de la anestesia epidural, concentra toda su energía mental y cordial en la invocación: “Rosamundo..., ¡ahora! ¡Es el momento!”

La matrona, profesional eficiente y de larga práctica, no advirtió el haz etéreo que se introdujo sutilmente por la fontanela anterior del cráneo del recién nacido que en ese preciso instante recibía sobre la mantilla de hilo extendida entre sus manos...

Al abogado de elite, Diego Gore, le desfilan por la mente martirizada, como un *dejà vu* desleído, destartalado, su propia infancia en el limbo protegido del hogar patriarcal, confort y bienestar conseguidos a través del mercadeo incansable e insaciable de los primeros ancestros inmigrados, acumulación y abundancia del dinero y todo lo que el dinero puede comprar: la mejor educación para los hijos, camino seguro hacia la cumbre dentro de esta sociedad altamente permeable a la educación formal (que sus progenitores no tuvieron), y a la riqueza material. Acceso a los círculos cerrados, al conocimiento y al trato de personas influyentes, relaciones con los pares, la inserción lenta y sostenida en los circuitos del poder, todo se le fue multiplicando como los panes y los peces prometidos a los siervos del Señor. Todo encajaba de modo milimétrico dentro de un gran esquema que se repetía *ad infinitum* en el mundo sin fronteras de la ambición personal..., hasta el día en que Diego los dejó. Y luego, la segunda deserción, la definitiva, la deserción de la vida, el no estar más aquí. De pronto toda su propia vida,

sus logros, su posición social y económica, el ahorro, las reservas, todo aquello le pareció irreal, un mundo ilusorio, en medio del cual lo único verdaderamente real era que Diego ya no era más. Lo único real, aquí, ahora, es la ausencia de Diego, su no existencia, la nada misma, el vacío absoluto...

Cuando el dolor se le ha hecho insoportable, Gore ve avanzar desde el pabellón de cirugía, empujado por una enfermera un carrito semejante a una cápsula, una gran bombona de acrílico transparente sobre ruedas, a cuyos costados vienen trotando Pilarcita García-Vinueza y Macarena Larraín, los rostros maravillados, los ojos brillantes. El hombre se levanta pesadamente, un zombi que se inclina a mirar al interior de la burbuja..., y siente el corazón estallarle finalmente dentro del pecho. Algo se le quiebra allí, dejando un reguero de cristales de hielo rotos: “¡Diego!”

Casi 33 años han transcurrido desde el día en que Pilarcita le regalara el primer hijo, su hijo mayor, el primogénito, fruto del profundo amor que siente y sigue sintiendo por esta mujer que ahora toma su mano, enmudecida como él, contemplando juntos esta reproducción en vivo del hijo perdido.

Al cabo, Pilarcita García-Vinueza de Gore recupera el habla perdida en las últimas horas: “Es Dieguito, amor, ha vuelto a nacer”...

EPÍLOGO

Joselinda está contagiada. Sabe que le queda poco de vida. La devastación acelera su curso en el cuerpo parcialmente desmineralizado, descalcificado por la gestación tardía. No podrá contra la enfermedad, no tiene recursos. Comprende que su tiempo se acaba.

Joselinda supo desde siempre lo que tenía que hacer.

Tomó al niño en sus brazos y dirigió sus pasos hacia las calles céntricas de la ciudad, en busca del estudio de los padres de Rosamundo. Fue introducida de inmediato a la suntuosa oficina del abogado Gore. Después de saludarla con su habitual cortesía y sus modales impecables y tras besar al niño en la frente, Gore le indicó el sofá de piel marrón tomándola al mismo tiempo del codo con la punta de sus dedos. Joselinda declinó con igual cortesía el sofá y desprendiéndose de la mano que intentaba dirigirla, tomó asiento en uno de los sitaliales que enfrentaban el escritorio. Esperó que el abogado ocupara su sillón y, mirándole directo a los ojos, habló con autoridad.

—Él lo requiere todo. Escuche bien. Estoy infectada. Es probable que el niño también lo esté. Ahora sabe que Rosamundo es inocente. Rosamundo el hombre, Rosamundo el niño. El padre nació en cuna de oro, en la casa de David y nada le faltó. Cuando llegó a ser hombre y se hizo libre, eligió. Eligió y renunció. El hijo nació en una buhardilla, en lo alto de una vieja casona venida a menos, pero también debe conocer para ganar su libertad y escoger su propio camino, para llegar a ser y hacer. Mientras tanto, nada debe faltarle: seguridad, abrigo, alimento. La casa de David, que se proclama bendecida en bienes materiales a través de los siglos, debe hacerse cargo. Mañana, después de la visita al cementerio, deberán llevarse a Rosamundo con ustedes.

Cuando Joselinda hubo salido con el niño, Gore cerró la puerta con llave y se

encerró con sus papeles y sus documentos. Trabajó todo el día a puerta cerrada y no salió a comer. Se le escuchó hablar por teléfono con frecuencia, la secretaria estuvo atendiendo y pasándole llamadas de vuelta en lo quedó del día: el Banco, las Financieras en las que tenía invertida gran parte de su fortuna, la Notaría que conservaba bajo siete llaves sus documentos más secretos; llamada internacionales.

La Pilarcita García-Vinueza nada pudo contra esa puerta fortificada ni con su línea interna muda, inerte. *“Gore está loco”, se repetía midiendo en cuatro o cinco pasos su oficinista con estanterías y escritorio de línea plana y sillas de vinilo. “Hoy se gradúa el Andresito de Ingeniero y Gore no tiene intenciones de salir. Hay que ir a la casa y bañarse, perfumarse y vestirse para la ceremonia. ¡Pero este hombre se volvió loco, nunca había hecho cosa igual...! Y mañana se cumple un año desde la muerte de Dieguito... Hay que programar la visita al cementerio, las flores..., coordinar con Macarena... Habrá que comprar algunas flores para el Pilo también, ¡pobre Macarena, aún no se repone de su pérdida!... Pasar a buscar a Joselinda y al niño, si Macarena no alcanza. Pero este hombre..., ¡tendré que hacer todo sola, como siempre!”*

—¿Qué está pasando aquí?! —encara finalmente a la secretaria con el tono de voz sutilmente superior empleado con el personal, el timbre justo para no sonar autoritario ni avasallador..., aunque marcando claramente la diferencia.

La secretaria le informa de la visita temprana de Joselinda.

—Y, ¿a qué ha venido?... ¿Con el niño, ¿dices?

La secretaria levanta las cejas y los hombros al unísono..., al tiempo que pasa la siguiente llamada entrante a la oficina de su jefe. El teléfono del bufete Gore parecía haber enloquecido, al igual que su patrona, la secretaria ya estaba con la cabeza a dos manos. No obstante, en medio de la creciente ofuscación, había algo de triunfalista en el campanilleo de los teléfonos. Sonaban..., algo así como ¿¡campanas al vuelo!?

La secretaria pensó que estaba comenzando a enloquecer también.

¿FIN?...

*Lo que puede el sentimiento
no lo ha podido el saber
ni el más claro proceder
ni el más ancho pensamiento
todo lo cambia el momento
cual mago condescendiente
nos aleja dulcemente
de rencores y violencias
sólo el amor con su ciencia
nos vuelve tan inocentes*

Violeta Parra
Volver los diecisiete